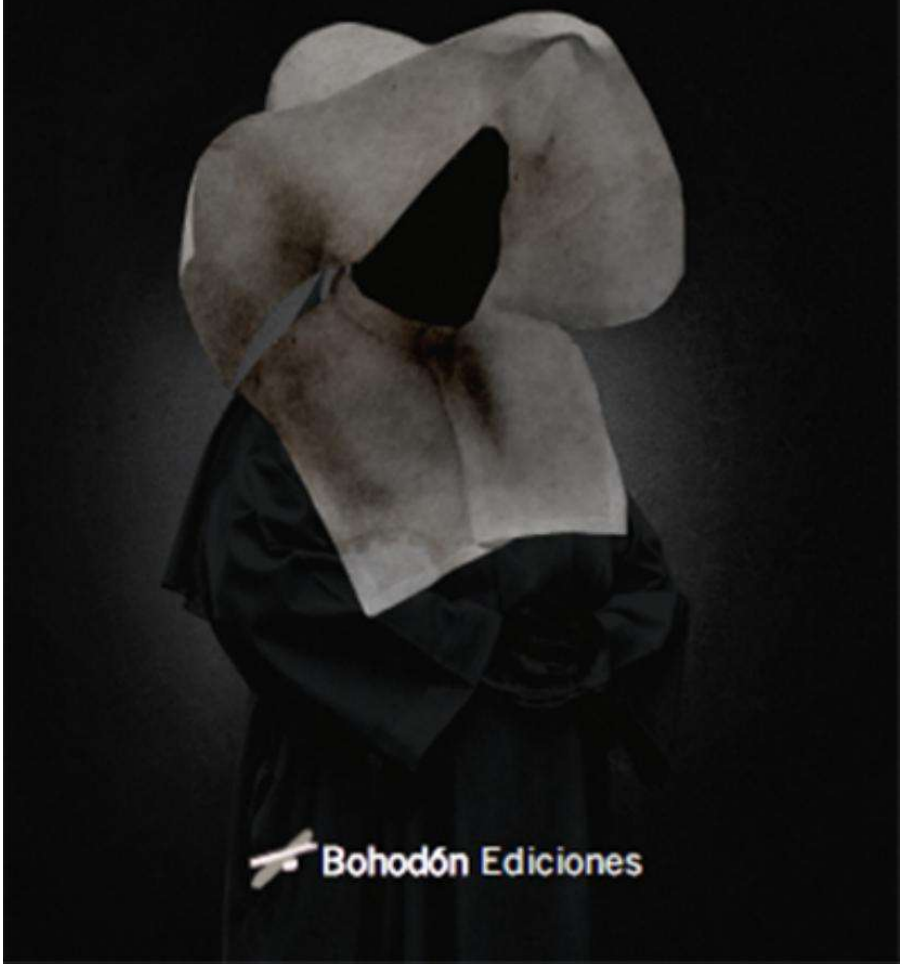
EL CRIADERO

Gustavo E. Abrevaya

Bohodón Ediciones

EL CRIADERO

Gustavo E. Abrevaya



Bohodón Ediciones

Gustavo Eduardo Abrevaya

EL CRIADERO

Para Norma, que todavía se enamora de mis mamotretos.

Para Matu, Rocío, Rami, Agus, Cele y Facu.

Para mis seis chanchitos: Santino, Fidel, Ela, Pepo, Lucho y Lisa.

Ellos le dan sentido a esto.

A la memoria de mi madre, la querida Viole, que inició esta historia.

Y a Hugo, especialmente, que trabajó conmigo cada letra.

Siempre en mi recuerdo, maestro.

Los monstruos de Abrevaya No es el psiquiatra y escritor argentino Gustavo Abrevaya un tipo plano sino complejo, para fortuna de sus amigos, entre los que me encuentro, divertido y entrañable en lo humano y también en lo literario, y, además, profundamente sensible. Tantos años indagando en el fondo de las mentes humanas, por su profesión, se le notan en su escritura psicologista y a veces oscura. Es un autor al que primero leí, y luego conocí, y con él se rompen los prejuicios de Margaret Atwood sintetizados en esta frase tan vitriólica como cirrótica: «Querer conocer a un autor porque te gustan sus libros es como querer conocer a un pato porque te gusta el fuagrás».

Me gustó el fuagrás y no me decepcionó, sino todo lo contrario, conocer al pato de tan formidable hígado del que me separa un océano pero con el que estoy tan unido como si fuera mi vecino de abajo.

El criadero, esta novela que el lector tiene en sus manos, es un texto tan breve como extraordinario escrito desde un absoluto estado de gracia que requiere también un oficio tremendo de destilación literaria para armonizar fondo y forma.

Gustavo Abrevaya consigue atrapar al lector desde el primer párrafo de esta narración sencillamente terrorífica y endiabladamente bien montada que funciona como una bomba de relojería perfecta que estalla en su último renglón estremecedor.

El psiquiatra argentino es un maestro a la hora de construir tramas, personajes y atmósferas opresivas y envolventes. *El criadero*, nombre siniestro por lo que el lector irá descubriendo a medida que se deje devorar por las páginas de esta novela adictiva que ganó el prestigioso premio José Boris Spivacow, nos mete de un zarpazo en un escenario de pesadilla del que, como le sucede a su protagonista, no se sale, es una especie de bucle maldito o un *cul de sac* que Roman Polanski bien podría transformar en película.

Imaginemos un pueblo perdido en el desierto, la nada, que se llama Los Huemules, en referencia a unos míticos ciervos, enclave que no aparece en ningún mapa, cuyos habitantes viven de acuerdo a sus propias leyes primitivas bajo la égida de un sacerdote fanático, y a ese lugar va a parar Álvaro, un obseso del cine que todo lo filma con su cámara, y su novia Alicia para experimentar en sus propias carnes el concepto literal de lo que es un forastero, el que está o viene de más allá de la foresta, es decir, un posible peligro para la persistencia de un sistema profundamente endogámico, hasta lo enfermizo, que rige en ese lugar habitado por seres que parecen de otro planeta. Para saber lo que ocurre, una escalada de hechos inquietantes que se suceden en una gradación imparable, hay que leer el libro, o que este te devore, porque a medida que el

lector avanza por sus páginas con los vellos erizados y el característico escalofrío en la espalda, siente el mordisco de esos perros también protagonistas de esta historia de amenazas ocultas.

Si hubiera que buscar un adjetivo, uno solo, para *El criadero*, yo elegiría el de *siniestro*, y me quedaría corto, aunque no faltan zarpazos de humor negro y salvaje en la narración para darnos un respiro. Abrevaya bebe en esta novela absolutamente redonda del Goya de su última etapa, el de las pinturas negras; del Kafka de *La metamorfosis*; del Buñuel surrealista de *El ángel exterminador*; del H. G. Wells de *La isla del doctor Moreau*; del primer David Cronemberg de cuerpos tan torturados como sus mentes; del David Lynch enloquecido marciano de siempre de sus películas más oscuras como *Blue Velvet* o *Carretera perdida*; del Julio Cortázar genial y onírico de *Las babas del diablo*; y de la literatura del horror de Howard Phillips Lovecraft y sus *Mitos de Cthulhu*, lo leído y lo visto de los que seguramente se ha alimentado este autor argentino para ofrecernos esta novela que emociona, hace sufrir, duele, conmociona y vuelve del revés el estómago al lector.

El criadero es una hibridación monstruosa de novela negra, *thriller*, fantasía y terror que nos hace pensar en el horror conradiano y, por extensión, en el de las juntas militares argentinas que él, y muchos de

sus colegas, sufrió como mordiscos de perros rabiosos en sus carnes y cuyas heridas perduran.

José Luis Muñoz (escritor)

Lacrimosa dies illa, qua resurget ex favila

iudicandus homo reus.

Misa de Réquiem

CAPÍTULO I

INTROITUS

—Cámara panea lenta: va de derecha a izquierda y vuelve a derecha —explicaba Álvaro con la cámara calzada en el hombro, de pie en el medio de la carretera, grabando bosquejos—.

Se ve la ruta vacía hasta el fondo, el desierto a los lados y un sol brutal que cae a plomo, lo que va acompañado por la iluminación, que es diáfana y brillante para que los contrastes con interiores sean fuertes, en la línea de John Ford, digamos *La diligencia*, o en algunas producciones de Peckinpah, *La pandilla salvaje*, esencialmente, como vos te das cuenta. Desde el asfalto sube ese vapor que ya conocés, que desdibuja las imágenes y les da ese movimiento como si flamearan, es un efecto óptico bastante clásico, y en el horizonte se dibuja una especie de charco: tan ilusorio como un espejismo. ¿Ves, Alicia?

Un título podría ser *Espejismo*. O *Vapor y arena*. Es casi mediodía y Álvaro y Alicia, porque así los vamos a llamar, mi amor, como nosotros, es nuestra aventura, recordalo, hasta podría ser que vos seas la actriz y hagas de Alicia y, claro, yo de Álvaro, es mi modo de inmortalizarnos, están parados en medio de la nada, es un lugar algo menos árido que el Sahara de *Lawrence de Arabia*, para darte una idea, esperando que pase algún auto a socorrerlos. Ahí juega la idea de vacío: de gente, de vida, de socorro, de proyectos. Estamos hablando de la precariedad de la vida, eso tiene que quedar claro, pero implícito. El vértigo se juega cuando el vacío es la única presencia, ¿te gusta eso?,

¿lo ves? —le preguntó Álvaro a Alicia, extasiado con el contraste de unas hierbas rústicas que crecían al borde de la ruta—. *La presencia del vacío,* es bien contradictorio y de una belleza en fuga, una apuesta fatal al oxímoron, los opuestos jugando con el destino de un hombre que no acepta las reglas, el título parece algo bergmaniano.

Ahora, cámara gira 180 grados y se ve el auto, que es una cupé Chevy roja, modelo 76, una belleza, recostada sobre la arena, dos ruedas sobre la ruta, la cupé, trágicamente inclinada hacia la derecha, está con el capó levantado y el motor humea. Esto debería dolerle bastante al espectador, es un dolor estético, más todavía por la indiferencia del héroe hacia su codiciada máquina. No la ama, pero la necesita, ojo con eso, un pacto que se ve a diario. Ah, cómo me gusta esto. Suena música de Ry Cooder, sí, sí, como en *París Texas*, me encanta. Aunque nosotros estamos más cerca de David Lynch, que también tiene sus

carreteras vacías, te lo recuerdo. Álvaro está ahora caminando, va y viene pesadamente, su andar indica la pesadez de su humor, el tipo está fastidiado, pero entero, evaluando la situación: cuánto tiempo les queda, las variantes posibles, busca soluciones, sobre todo soluciones, y las precisa rápido, porque sabe que es cuestión de velocidad mental. Esto es lo que hace él mientras Alicia, ¿qué podría hacer esa rubia

oxigenada a lo Jean Harlow? Si un día dejara de oxigenarse el pelo, quedaría igual que vos, mi amor, morocha y con rulos, como a mí me gusta —apuntó Álvaro relamiéndose, mirándola a los ojos, tan negros como sus rulos—. Pero entre tanto, vamos, mostrame tu sagacidad y espíritu de autocrítica, ¿qué puede hacer mientras su pelo esté platinado?

Por supuesto: toma sol. Está apoyada en el auto, con sus obligados lentes oscuros modelo Marilyn, sabés cuáles digo, ésos como un antifaz negro con incrustaciones plateadas en las puntas, bastante clásicos. Un pañuelo cubre su cabeza, tiene ajustadísimos pantalones rojos modelo pescador, una blusa blanca anudada sobre la cadera, se le ve el ombligo, es muy importante ese dato, y en los pies, por supuesto, tiene puestas chatitas negras. Un icono, la mina. Álvaro es el perfecto complemento, el ying del yang, duro y distante, mal afeitado, perfil castigador, el pucho cuelga de su boca, los Ray Ban espejados reflejan el horizonte mortífero mientras se mantiene con una sonrisa suave, apenas insinuada. Por supuesto, está con sus eternos, derruidos jeans azules, su campera de cuero negro y sus viejas botas de piel de víbora. Otro icono el pibe. Las botas podrían tener chapas en las puntas y en los tacos, ¿no te parece? Eso es, plano de las botas de Álvaro alejándose de Alicia, se escucha el ruido de las chapas cuando los tacos se apoyan sobre el asfalto..., ¿te va esa? Chapa y taco, chapa y taco, un efecto pesado, denso, con el horizonte vaporoso. Es una belleza esto, víboras metálicas arrastrándose bajo el sol del desierto y de fondo la guitarra *slide*: suena un blues lento.

Otro título interesante: *Víboras de acero*. En inglés mata: *Iron snakes*. Combina la idea del reptil con la velocidad y dureza de fin de siglo, alude a la sociedad industrial y cibernética, el acero metido en la naturaleza. Pero hablamos de la naturaleza del reptil, veloz, agresivo y rastrero. Una víbora ya no sobrevive sólo con su instinto, necesita una armadura. Me gusta. El único problema es que podría sonar a cienciaficción o alguna huevada *cyber punk*, de ésas tan modernas que se ven ahora.

Bueno, lo dejamos *stand by*, después veo. Alicia espía como al descuido qué va a hacer su poderoso hombre ahora que están sin

vehículo. La yuta les viene pisando los talones y la cupé había sido su libertad: motor de seis cilindros en V, potenciado, con un agregado estilo *Mad Max*, adoro eso, un efecto turbo que aumenta su rendimiento de golpe, un treinta o un cuarenta por ciento. Yendo a ciento cincuenta kilómetros por hora, cada vez que Álvaro tira de esa palanqueta mágica la cupé salta a doscientos o doscientos veinte en treinta metros.

A esa velocidad la cana queda atrás en un toque, parados como postes en medio de la ruta, un prodigio logrado por su amigo Firulo, un desaforado que vive para los fierros.

Con esa bestia bramando por la carretera nunca los hubieran atrapado, pero ahora, aquí, varados en este desierto y con este calor...

—Hubiera estado bien revisar el agua en la última estación de servicio —lo interrumpió Alicia distraída, mirando al horizonte. Encendió un cigarrillo con un viejo Zippo gris que había sacado de su cartera, apoyada en el baúl del auto, desde donde observaba a Álvaro.

—Hubiera. Ese Zippo no va a faltar en mi *road movie*, te aviso desde ya —le advirtió Álvaro metiendo un índice en el campo de la lente. Estaba grabando la escena con su cámara.

Y con su cámara miraba a Alicia, la miró cuando sacaba el cigarrillo, cuando encendía el Zippo, al tomar lumbre hizo un *zoom* y tomó ese primer plano de sus labios excesivos y rojos; cuando ella se dio vuelta fastidiada la siguió grabando mientras decía con gesto implacable:

—Alicia evita la cámara subjetiva que es la feroz mirada de Álvaro. Ella fuma temerosa y recuerda la navaja automática en el jean del hombre pero, sobre todo, piensa en el que anida en su campera, en las 13 marcas grabadas en las cachas de nácar. Esa arma lo viene acompañando desde que están juntos, puede que más aún. Y tiene un gatillo dulce y complaciente. Por otra parte, el filo de la sevillana le produce náuseas, es capaz de cortar cables de alta tensión. Sí, Alicia no jode con Álvaro, que ahora se apoya sobre la trompa de la cupé. Está pensativo, silencioso como una cobra, o bueno, como un alacrán, un escorpión es mejor. Suena Ry Cooder cuando Álvaro gira su mirada hacia el sur. Plano detalle de los intensos ojos negros acechando la ruta, en el reflejo de esos ojos está lo que ven: nada. Vuelca suavemente su cabeza y parece reconcentrarse. Alicia sabe de la fineza de su oído.

Sí, algo viene, percibe un zumbido en marcha, algo vago que aún se

confunde con los ruidos de los insectos, con la brisa deshidratada. Eso sólo puede ser un motor de buen tamaño que todavía está fuera de la vista. No es un auto, tampoco es un camión, porque ya habría aparecido la caja como una pequeña mole cuadrada cortando el horizonte. En aquel desierto circulan camiones enormes, con acoplado, transportan... algo, no sé qué, alfalfa o *whisky* de contrabando, no importa mucho por ahora. Y no es que Álvaro conozca la zona —le explicó Álvaro con un índice en alto que esgrimía de lado y que de pronto apuntaba al pecho de la mujer—, es simple perspicacia. Allí no hay campos como para que circulen camionetas con ovejas ni, tampoco, 4x4 familiares buscando lugar donde hacer camping y colgar los pañales sucios de sus hijos moqueantes y cagalones. El viento sopla desde el sur y trae el ruido de esa máquina que ya se perfila en el horizonte, se la ve, su silueta es una especie de fósforo quemado, negro, humeante, que desciende por la carretera, desaparece de la vista al tomar una hondonada y al momento vuelve a mostrarse.

Un fósforo negro con destellos plateados que viene atronando el aire a dos kilómetros y se acerca a esa velocidad sólo puede ser una cosa: viene una Harley, ninguna otra máquina es capaz de hacerse notar así.

—Vos estás equivocado —informó Alicia, que ya había apagado el cigarrillo. Asomaba el filtro hundido a medias en la arena—. No se necesita tu *road movie*. Apenas un teléfono, o la decisión de caminar. Algo vamos a encontrar, no me voy a quedar a vivir acá mientras vos presentás tu película en el Sundance Festival, mi amor. Bajá o vas a caer herido por las águilas.

—No sé si tomar eso como un elogio, dulce mía, es alto mi vuelo y este desierto exacerba mis musas. No jodas, ya va a aparecer un camioncito con un gaucho adentro y nos va a acercar; a vos, a mí y a la cupé. Parece el fin del mundo, pero no es más que un camino donde al veinte por ciento de los autos les ocurre algún desperfecto. Son estadísticas, esas cosas que te aburren tanto. No hay estaciones de servicio, es verdad, no pasó nadie en los últimos quince minutos, eso también es cierto, pero acá vive gente, aunque no la veas. Y tarde o temprano pasan en sus camioncitos para repartir sus estupideces del campo: frutas, chanchos y lupines. He dicho. Y ahora, mujer, vas a someterte al rigor masculino —anunció Álvaro mientras se desabrochaba el jean y se le acercaba poniendo su famosa cara del monstruo pervertidor de colegialas.

—Elizabetha, *I give you eternal life* —recitó Álvaro mostrando sus incisivos. Y era Gary Oldman, qué duda podía caber.

—Salí, tarado —reía Alicia—, acá no que nos van a ver. —Seguía riendo con cara virginal. Y era, desde ya, Winona Ryder.

—Mejor, porque entonces van a venir y nos van a rescatar, hembra rebelde, tengo que darte tu lección del día. —Álvaro anunciaba y babeaba, hacía ruidos obscenos, se relamía—.

Y si alguien nos está mirando, mi exquisita prometida de Transilvania, entonces que le aproveche, démosle un buen show. He recorrido océanos de tiempo para encontrarte, no lo olvides jamás, Elizabetha, ah, amada mía, me evocas gloriosas batallas contra el invasor turco, mi espada se yergue en tu honor.

Cámara hace un picado y se detiene en el gesto felino de Alicia, detecta la puntita de su lengua asomando entre sus hipertrofiados labios color fuego, el gesto de sumisión y deseo ante la majestuosa irrupción de su hombre. Ella entrecierra los ojos y cae de espaldas sobre el asiento trasero de la cupé.

Él ingresa entre sus piernas. Álvaro ha empujado a Alicia dentro del auto, la espalda de ella sobre el asiento, las piernas de los dos entrelazadas y ya desnudas, los pantalones caídos a medias. Sonaron las risitas en el aire transparente y seco.

Quince minutos después, un destemplado *ejem* interrumpía la demostración de afecto.

—Ejem. —Se escuchó como una explosión seguida de una breve tosecita.

Los amantes se sobresaltaron. Álvaro se incorporó de un salto; la erección era, todavía, eficaz, lo que no duraría más de unos segundos; se acomodó, mal, el jean, mientras velaba a la mirada del intruso la desnudez de Alicia, que se cubría las caderas como podía con la camisa de él, su pantalón rojo como sus labios desbordantes descansaba en medio del asfalto.

—¿Y usted de dónde salió? —preguntó sofocado Álvaro, notando la bicicleta del hombre debajo de su entrepierna.

—Disculpe la interrupción, caballero. Es que me pareció que necesitaba ayuda... y, perdón, me refería al auto, no me malinterprete.

En ese punto, y por maniobras de pudor excesivas, la camisa de Álvaro produjo una extraña torsión en la cadera de Alicia y un fondo oscuro relumbró entre sus piernas cuando le respondía el señor que ahora

estaba mirando hacia el cielo sin dejar de sostener el manubrio de su bicicleta y haciendo furtivos visajes al interior del auto.

Como pudo, Alicia se acomodó la camisa y se incorporó de rodillas sobre el asiento, las manos apoyadas en los hombros de Álvaro, espiaba la conversación poniendo su mejor aspecto de recompuesta.

—¿Hace mucho que está acá? —le preguntó, tratando de evitar un nuevo desliz de su precaria vestimenta.

—Acabo de llegar, iba para mi casa, y vi el auto con el capó levantado, entonces me pareció que andaban en problemas, así que me acerqué. ¿Quieren que llame a alguien?

—¿Conoce algún mecánico?

—Mecánico, mecánico, no, pero el Tolo puede solucionar cualquier problema. Arregla motores de barcos.

—De barcos —confirmó o preguntó Álvaro.

—Es mecánico y marinero, mecánico naval es el título, de eso vive el Tolo, si usted está en medio del mar y se le rompe el cárter no va a llamar al Automóvil Club, no le parece

—rio el hombre.

—¿Y vive lejos el Tolo?

—Hay que ubicarlo, pero despreocúpese, ahora mismo me voy a la casa del farmacéutico, que tiene teléfono, y lo buscamos. Él le deja un mensaje y si no le salió algo a último momento seguro que para la mañana lo recibe. ¿Cuánto va a tardar en venir? Para esta hora, rato más, rato menos, ya lo tiene tirado abajo de su cupé. Lo que no arregla el Tolo no tiene arreglo, créame, maestro. Lindo auto, ya no se ven máquinas así.

—Para mañana —dijo desolado Álvaro—, ¿qué hacemos?

—¿Y dónde vamos a dormir? —preguntó Alicia.

—En el hotel —contestó el hombre.

—Qué hotel —preguntó Álvaro, convencido de que el mundo estaba vacío en miles de kilómetros a la redonda.

—La Gaviota, estará a unos tres kilómetros, sigan derechito nomás, no

hay modo de equivocarse. Cosa de ponerse a caminar —explicó alegremente.

—La Gaviota, marineros... ¿Tres kilómetros?

—Usted lo ha dicho.

—Por la ruta.

—Sí, señor.

—En el desierto.

—Estamos en el desierto, mi amigo. Pero no se vaya a confiar, marineros hay en todas partes. Igual, para que no se pierda, le cuento que el hotel está a la salida del pueblo.

Tiene luces rojas en la entrada, usted me entiende, es un mueble, disculpe señora, va toda la muchachada. No hay manera de perderse, lo conoce hasta el loco del pueblo.

—¿El pueblo? No sabía que había un pueblo por acá. Y cómo se llama el pueblo, don...

—Tanco, es un gustazo, se llama Los Huemules, ¿se imagina? El pueblo, digo, Los Huemules, vea qué nombre. Dicen que había muchos, una manada entera parece que hubo, y andaban todos por acá. Pero yo nunca vi ninguno, ni siquiera los huesitos de un huemul muerto vi, así que de eso no hablo. Habrán ido al sur, vaya a saber, con esas historias de las migraciones. Las Casas, así llamamos al pueblo, entiende, es más familiar, como era antes, cuando lo fundaron nuestros padres; y la verdad es que mucho no ha crecido, señor...

—Álvaro es mi nombre y ella es...

—Alicia, según veo —interrumpió el hombre llamado Tanco.

—¿Cómo supo?

—¿No dice eso en su camiseta?

Alicia no bajó los ojos, pero supo que el hombre había avistado su camiseta sudada y escueta, los pechos se trasparentaban debajo de su nombre impreso. Y mientras el pudor le tomaba por asalto las mejillas, recordaba como de costado que no se había movido en ningún momento y que seguía apretando los hombros de Álvaro, quien no había dejado de interponerse entre ella y el hombre de la bicicleta.

Ojo veloz el viejo, le sonó el pensamiento con tono de corneta. También, tuvo show gratis vaya a saber cuánto tiempo, viejo de mierda, terminó de pensar la corneta y cerró el asunto.

—Tanco, Álvaro y Alicia, ya estamos presentados. Gracias por su ayuda, señor Tanco.

—Así somos en Las Casas, señora. —El hombre se tocó el borde de la boina y salió pedaleando hacia la hondonada. Álvaro se quedó observándolo por un momento, oyendo a Alicia protestar y vestirse a un tiempo. Estaba pensando en su Harley viniendo del mismo lugar, cuando Alicia resopló y le habló directo al oído.

—¿Me estás escuchando? Alcanzame el pantalón, por favor.

Álvaro miró el pantalón rojo de Alicia soleándose en la carretera.

—Quién te va a ver —dijo.

CAPÍTULO II

KYRIE

1) **Basura, gaviotas y manitos de rata.**

Caminaron los posibles tres kilómetros, ahora están caminando otros tres y van a caminar aún tres más. Supusieron que el pueblo podía haber quedado atrás, pero dado que no había motivos claros para creer firmemente en eso, continuaron así, charlando de cine y de viejos verdes y mirones, vaya uno a saber si ese Tanco calculaba las distancias mejor que ellos, el asfalto no se cortaba y la caminata tampoco. No vieron ninguna clase de indicio; buscaron una estación de servicio, por ejemplo, siempre tan proclives a estar cerca de los pueblos, junto a los muebles, o un cartel que dijera Los Huemules 1 km o bienvenidos a Los Huemules, o al menos una miserable flecha, tampoco hubo una luz roja ni, opción suprema, un parpadeante aviso luminoso que indicara el hotel La Gaviota, esa escena de *Psicosis* —aclaró Álvaro—, la llegada al Bates Motel. Por supuesto que la llegada debería haberse producido de noche, pero esa era otra historia. Y como nada hubo, decidieron seguir, suponiendo que tenían poco sentido del camino recorrido, tan director de cine independiente Álvaro, tan actriz de teatro callejero Alicia, la de los pechos sudorosos y evidentes, don Tanco, viejo de mierda.

—Viejo de mierda —dijo ahora Alicia, y chasqueó la lengua.

—Qué —preguntó Álvaro diseñando encuadres y *travellings* mientras sonaba Ry Cooder y su guitarra *slide*. Su mirada era una lente que veía las sandalias de Alicia caminando allí, abajo, a su derecha, las sandalias avanzaban penosamente sobre el asfalto caliente, las piedras salpicaban la ruta, arrugaban los pasos. Álvaro y Alicia huyendo heridos de la Policía, es una fuga épica, sonrió Álvaro que, sin chapas ni botas de piel de víbora, y viendo las penosas sandalias de Alicia, agradeció al cielo por sus Nike Air—. Por qué decís eso —dijo, con el confort interpelado en sus pies, punzaba la pena por las sandalias de Alicia, tal vez hubiera debido ofrecerle ¿qué? ¿Llevarla en volandas? Claro, por qué no. ¿Cargarla en los hombos? Y, podría ser, por un rato, ¿con qué derecho podría él estar caminando tan cómodo y su mujer no? ¿Quién se creía que era? ¿Woody Allen? Hubiera dado un brazo por ser Woody Allen. ¿Y hacerle upa, al menos?

—Podrías hacerme upa —salpicó Alicia literalmente al pasar.

Álvaro se quedó detenido mirándola caminar. Desde atrás veía el

ángulo de ella que más amaba, montado sobre dos piernas que veneraba y en las bases los pies sufriendo como los apóstoles el rigor del desierto. Alicia de espaldas era su derelicción.

—¿Qué dijiste?

—Nada, te adivino el pensamiento. Y antes dije "viejo de mierda". Pero si te interesa, todavía antes de eso dije que el lugar tenía que ser el basurero ese.

—Cómo va ser un basurero, qué decís. Los basureros no van delante de los pueblos porque ahuyentan a los turistas.

No digas pavadas.

—¿Y de dónde salió tanta basura? Acá a nadie le interesa el turismo, no seas tan simple de espíritu. Además había gaviotas, podés creerme, tengo mejor vista que vos.

—Alicia, Alicia, no hay gaviotas en el desierto. Se necesita agua, mi amor. Un poco nomás. Y no sé de dónde viene la basura, la traerán en camiones. Quién va a ser tan sucio de descargar basura en su propia puerta, usá la cabeza, cielito.

—¿Y por qué se va a llamar La Gaviota el hotel ese choto de mierda que no aparece, y me recago en el viejo y en todos los huemules? ¿Eh? ¿Podrás explicarme ese misterio de la vida?

—Debe ser porque no le vigilé el agua a la cupé.

—No me busques porque me vas a encontrar, Álvaro. Estoy de un humor horrible.

—Se nota, dulce mía. Y te recuerdo que pronto va a bajar el sol.

—Menos mal, debo estar toda colorada ya.

—Como tus pantalones. Y como tus labios color cereza, mujer. Y ya que estamos, te indico que cuando baja el sol en el desierto, hasta los huemules se cagan de frío.

—Podías haberlo dicho antes, ahora dejé mi buzo en el auto.

—Me acabo de acordar. Mirá, hagamos algo, te voy a dar crédito y vamos a volver a buscar tu basurero. Si usted, señora, me demuestra que eso que volaba eran reales e indiscutibles gaviotas, entonces, cielo mío, yo le prometo que me voy a poner a buscar

furiosamente el hotel para que usted no tenga frío y pueda darse una ducha bien caliente y después mirar alguna porno, bien apretadita a su hombre, los dos tomando rico vino patero, directo de las viñas de ira del desierto de los huemules perdidos. ¿Le gusta el programa, mi cielo?

Alicia no contestó, o su respuesta podía ser ese cabeceo inexpresivo que se hizo notorio cuando pasaba junto a Álvaro, ya en dirección al basurero, donde llegarían casi dos horas después, ella declarando ya su intenso frío, abrigada como estaba con la campera de cuero de Álvaro, las medias de Álvaro y aún su pañuelo al cuello, pero no sus Nike Air porque eran demasiado grandes y porque el cambio hubiera dejado al hombre descalzo, lo cual resultaba a todas luces inadmisible, algo que Álvaro, en una suerte de resignación feliz, no dejaba de agradecerle, ya como último consuelo, aunque si ella se las hubiera pedido, él se las hubiera cedido, creía Álvaro dudando un poco de su magnífica generosidad. Tal como sostenía antes y reafirmaba en ese preciso momento, Alicia verificaba detrás de la segunda montaña de basura dos asuntos clave: 1) Las gaviotas, pese a que ya casi oscurecía, andaban por ahí volando unas, revolviendo restos otras y 2) tras una curva sembrada de caca de —posiblemente—

gaviota, plumas blancas y deshechos pueblerinos, alumbraban las luces rojas saludando al viajero cansado, incomprensiblemente lejanas a la carretera.

— *Quod erat demonstrandum*, mi reina, me prosterno ante tu sabiduría y admito que no tengo defensa, por lo que en este acto vuelco al rey, jaque mate, stop, tiro la toalla, exhibo mi bandera blanca, depongo las armas, ésta es mi rendición incondicional. ¿Qué puedo hacer para que tu ira no se desate sobre mi zafia testa? Pero te aclaro que aunque esto de las gaviotas explique el nombre del hotel, igual sigue siendo un incordio lógico

—admitió picadísimo Álvaro, que no había podido dejar de oír a Ry Cooder, esta vez un apoyo musical con clima de llegada al refugio.

Entraron al hotel. Oscurecía. Desde el salón se veía una avenida entintada de amarillo por las luces de yodo que asomaban, algunas encendidas, otras parpadeantes, entre las copas de árboles añosos. Había poco tránsito pese a que aún era temprano, acaso fueran las siete de la tarde. Un camioncito cruzó por una calle lateral dos cuadras más abajo, donde la avenida hacía un declive para subir una cuadra después. Se adivinaba una plaza a la derecha, de donde se seguía que seguramente andaban por allí la municipalidad, la iglesia,

tal vez un cine y un bar. Al fondo, las luces faltaban o se habían apagado tras parpadear vaya a saber por cuánto tiempo: pasando la plaza, la avenida era una gran sombra. Un calendario en la pared indicaba, si nadie había olvidado arrancar las hojas, que era lunes, lo cual parecía una razón plausible para tan poco movimiento.

—Hoy es lunes —volvía a adivinarle el pensamiento Alicia—. Pero en esta pocilga debería haber alguien que atienda a la gente.

—Si se anima a atravesar el basural. Quién va a venir a pasar la noche acá, por favor, explicame ese misterio —estaba diciendo Álvaro mientras daba palmadas a la usanza y trataba de meter la cabeza por la ventanilla.

—Un mueble tiene que ser discreto, acepto que por ahí esto es demasiado, pero acá debe ser medio espeso meterse en un albergue sin que se entere hasta el verdulero.

—Especial o simple. —La voz brotó desde el fondo de la ventanilla sin mostrar el rostro, lo que debió ser un gesto de discreción, muy comprensible, atento a las reflexiones de Alicia.

—Especial —dijo ella al mismo tiempo que él decía:

—Simple —algo obvio que rectificó al instante—: especial.

—Y luego a ella—: vos te lo merecés. —Y al fin a la ventanilla—: Hay tele, supongo.

—Por el canal 3 hay películas eróticas. El baúl de disfraces va sin cargo. Son cincuenta pesos el turno.

—Cincuenta pesos. ¿Y para pasar la noche? —preguntó al borde de la desesperación Álvaro.

—Cien. ¿Lo va a tomar, señor?

—Sí —aceptó Alicia y estiró la mano esperando la llave.

Luego miró a Álvaro, hasta que él sacó dos billetes y se los dio a la voz oscura.

Vislumbraron una manito de rata que en un solo movimiento dejó la llave y retiró los billetes. Luego la voz dijo:

—Segundo piso, habitación 202.

2) **Alicia detrás del espejo**

Entrando a la habitación, nada resultaba novedoso, salvo la idea misma de un albergue transitorio en el desierto, detrás de un basural habitado por gaviotas, a la entrada de un pueblo que por ser las siete parecía demasiado vacío. La decoración fue la previsible:

muchos espejos con muchas rajaduras, luces rojas y azules, los controles de la televisión y la música estaban a la derecha de la cama, cubierta con un acolchado satinado y viejo.

Un asiento con aspecto de diván corto, apenas reclinado, sugería un juego erótico no exento de ingenuidad. A un lado vio el arcón de los disfraces: más tarde, juntos, iban a abrir la tapa, de notable cartón pintado. Notó, porque siempre lo notaba, que las cortinas eran pesadas, parecían de pana marrón y polvorienta; estaban corridas. Detrás, una ventana con las persianas bajas y un equipo de aire acondicionado que no funcionaba completaban los elementos de interés. No podía decirse que el clima fuera sofocante, posiblemente habría algún modo de ventilación que no estaba a la vista aunque, de todas formas, el olor a desodorante era fuerte. Dedicaron un rato a discutir si el aroma era antitabaco o floreal y al fin llegaron a un acuerdo: era olor a telo.

Álvaro fue inspeccionando los rincones, miró detrás del televisor, buscaba formas de conectar su cámara. Y también grababa sin mucho orden, encendía la máquina, la volvía a apagar. Cuando Alicia se metió en el baño, al encender la luz se transparentó un espejo y se preparó para ducharse mientras Álvaro se dedicaba minuciosamente a grabar la escena.

Guardaba un silencio cauteloso; a ella no le gustaba que él la espiara y, de haber sabido, hubiera puesto el grito en el cielo por su pudor violado y otros feminismos; ella hubiera preferido invitarlo a compartir la ducha o que diera la cara —la cámara, para el caso— y entrara a grabar a la vista de ella, que no lo iba a privar de una buena danza del tipo puedes dejarte el sombrero puesto. Porque no era cuestión de desnudeces, más bien de miradas. Ahora Álvaro pensaba que, cuando le tocara el turno a él, iba a tener que cuidarse de que el espejo no volviera a transparentarse, so pena de que Alicia descubriera la verdad grabada. Algún botón regularía eso, pensó, y siguió, dichoso, grabando. Usaba el *zoom*, registraba detalles, tomado por la excitación cambiaba las angulaciones, picado y contrapicado, ensayaba *travellings* siguiendo los movimientos de ella. Primeros planos: la cámara observaba la mano dejando ir a la camiseta que

llevaba el nombre de Alicia, los dedos finos en un breve movimiento de pinzas que se abrían y la camiseta caía, ahora un pie abandonaba la sandalia, luego el otro, mientras seguía una exacerbada fiscalización del pantalón que se deslizaba con esfuerzo en la curva de la cadera, primero salía una pierna, luego la otra.

Una escena: Alicia de espaldas, mirándose al espejo, mientras la ducha entibiaba el recinto y un foco del botiquín recortaba su silueta en contraluz, cepillándose el cabello negro y copioso, los rulos inacabables.

Registraba el aire distraído de la mujer, detentando la supremacía de haber accedido a lo que ella nunca sabría, mientras un mordiente goce de héroes olímpicos le acicateaba

las pupilas, sumaba avidez a la gesta del mirón. Alicia, la ingenua, ahora entraba a la ducha y se enjabonaba mientras Álvaro, el malicioso —como Acteón espiando a Diana, exaltado por el riesgo de ser visto en el momento mismo de estar mirando, ese desafío loco al poder de los supremos—, grababa sin detenerse: el agua y la espuma resbalando por los pechos temblorosos, los hombros huesudos y tantas veces mordisqueados, luego un giro y entonces era la espalda culminando en el siempre privilegiado lugar de ensoñación. Vendría al fin un gesto fugaz de Alicia en el momento de hacer comparecer su mano entre las piernas: el vello goteó interminable y la cabeza de la mujer giró apenas hacia abajo cuando la esponja se detuvo algo más de lo previsible; había sido una detención privada, excluyente, mientras se acompañaba con un tarareo vagamente parecido a algo que habían escuchado en alguna radio local, cuando todavía viajaban en auto.

Alicia cerró la canilla, estiró la mano hasta el toallón y, mientras seguía tarareando, comenzó a secarse. Álvaro apagó la cámara.

SEQUENTIA

CAPÍTULO III

DIES IRAE

Al amanecer, cosa razonable, cantó un gallo. El turno era hasta las doce, pero el gallo fue una experiencia casi mística y Álvaro abrió los ojos. Lo que vio le endulzó el despertar: los disfraces, pueblerinos, pero bien utilizados hasta la madrugada, ahora estaban desparramados por el suelo. Un vestido de princesa pobre pero honrada seguía durmiendo abrazado a una especie de calza roja con máscara del diablo incluida.

Más allá estaba la cámara, que había dejado de grabar en algún momento, cuando ya dormían extenuados, la piel dulce y el abrazo apenas sostenido. La cama tenía olor a sexo fuerte.

Sonrió.

Alicia no estaba.

Álvaro miró la hora y supuso que estaría en el baño. Cuando se dormía nuevamente alcanzó a notar que el espejo no se había transparentado.

A las diez menos cuarto sonó la chicharra. Levantó el teléfono y la manito de rata le anunció que terminaba el horario del desayuno. Agradeció, dijo que ya bajaban y colgó.

—Es hora de levantarse, mi princesa campesina —comunicó a su mujer, dormida a sus espaldas. Giró a su derecha.

Alicia no estaba.

El espejo del baño seguía opaco. Se levantó y buscó por el cuarto, desorientado, pensando que no había muchas posibilidades de encontrar nada especial, dado que todo estaba a la vista. Faltaba la ropa de Alicia, entonces debió haber salido en algún momento después que había cantado el gallo, cuando estaba en el baño con el espejo sin transparentar. Fue al baño, encendió la luz y el espejo se transparentó. No entendía, supuso que habría bajado a desayunar. Levantó el teléfono y preguntó por su mujer. La voz de la manito de rata le informó que no la había visto, aunque la discreción siempre indicaba que era mejor no mirar demasiado, pero que el desayuno se servía en un bar a doscientos metros del lugar, podría ser que la señora estuviera allí. Los albergues

transitorios nunca tienen comedor, señor, aclaró el hombre. Álvaro colgó, se metió en el baño y se duchó, sintiendo que del otro lado del espejo nadie lo estaba mirando. Se vistió rápido y bajó a desayunar. Alicia debía estar tomando café con pan y manteca y leyendo noticias del vecino en el diario local, aburrida y con ganas de irse a casa y terminar con ese viaje siniestro. Estuvo de acuerdo con ella, decidió que esto era lo primero que le iba a decir cuando la viera, esperemos que el Tolo ese sepa arreglar el auto y nos vamos a casa, ya estoy harto del desierto y las manitos de rata escondidas.

Caminó los doscientos metros y llegó al barcito.

Alicia no estaba.

Se sintió extraño. ¿Qué estoy haciendo en este lugar, qué tengo que ver yo con esta gente? Me quiero ir a casa. Se sentó a una mesa y vino el mozo.

—Buenas —dijo el mozo—, ¿viene de La Gaviota?

—Buen día, sí, acá tiene la llave. ¿Por casualidad no habrá visto a una mujer de rulos negros y pantalones rojos? Usa sandalias y una camiseta que dice Alicia —preguntó.

El mozo hizo una mueca, pareció pensar por un largo momento mientras Álvaro se preguntaba cuántas mujeres desconocidas de rulos negros y pantalones rojos podrían haber pasado por ese lugar, a esa hora, en ese pueblo de mierda. Una sola, concluyó, cuando el mozo dijo:

—Sí, estuvo por acá hará una hora. —Álvaro escuchó y sintió que al menos empezaba a ubicarse.

—Una hora. ¿Y no vio para dónde fue?

—Se fue con el Tolo, creo yo, a arreglar su Chevy, sería.

Tranquilícese, maestro, no creo que tenga nada, ese auto es un fierro.

Álvaro hizo lo que le dijo el mozo: se tranquilizó, creyó que su auto no tenía nada, que ese fierro era materialmente irrompible y que su mujer... ¿qué razón tenía ella para ir a la ruta con un desconocido, aunque fuera porque había que arreglar el auto? Ella siempre terminaba metida en líos y entonces él tenía que salir a socorrerla. Alicia desconocía el significado de la palabra “miedo”, sencillamente, era capaz de meterse en cualquier situación confiando en su instinto,

porque la gente era buena y si había tipos peligrosos era por un problema social, claramente, de oprimidos y excluidos por el sistema, así que todo era cuestión de hacer la revolución, o alguna clase de cambio por

el estilo. Antes de hablar, ella recomendaba el paredón para la mayoría de los que oprimían al pueblo. No le parecía muy clara políticamente, pero ella no hacía grandes distinciones.

Llegó el café con leche acompañado por unas tostadas que resultaron deplorables.

Terminó de desayunar, fumó un cigarrillo y decidió volver al hotel. Faltaban tres horas para que terminara el turno, pero no tenía demasiada confianza en esa gente. Así que inspeccionó la habitación para no olvidar nada, miró debajo de la cama, en el baño y el placard, tomó sus cosas y cuando salía notó que estaba el bolsito de Alicia, todavía colgado de una silla. Ni siquiera eso había llevado. Miró la hora, después miró la avenida y se dio cuenta de que lo que venía era una espera insoportable. Entonces, mientras notaba que la ventana del cuarto estaba abierta, cuando anoche estaba cerrada y con las persianas bajas, y al mismo tiempo desestimaba el asunto, se decidió a atravesar la basura y salir a buscar a su mujer. Y a su auto.

Caminaba por la ruta, cargando su cámara y el bolsito de Alicia. Llevaba puesta su campera de cuero y todavía no era tanto el calor, podía soportarla bien, era preferible a llevarla en la mano. Miraba hacia delante, esperando que ella apareciera de un momento a otro, aunque le faltaban todavía casi los tres kilómetros enteros. Imaginaba a su mujer —junto a un *desconocido*— con su camiseta sexy, ya comentada por don Tanco, allí, en medio del desierto, violada o, peor, seducida.

No podía evitarlo, esa mujer lo desquiciaba con tanta ingenuidad. ¿Quién era ese Tolo para decidirse a acompañarlo sola? ¿Y por qué carajo no lo había despertado? Era un asunto de hombres eso de arreglar un auto. ¿Qué podía entender ella de radiadores y bielas fundidas? ¿No sabía que la gente podía ser jodida? No sabía. Siempre era así y no había razones para creer que ahora iba a cambiar nada.

Caminaba y el sol subía perceptible en la luz y en su espalda; sudaba, pero seguía decidido a aguantar la campera. El asfalto era una cinta infinita, llegaba hasta el fin del universo y doblaba hacia abajo. Cuando ascendía por una lomada alcanzaba a ver el horizonte redondo. Delante de él cruzaron la ruta unos arácnidos, del tamaño de

ratas, eran negros y veloces. Se detuvo, los vio desaparecer entre la arena y el sudor en su espalda se enfrió en dirección a la piel de gallina. Nunca se había podido entender con las arañas, si es que eran arañas esas bestias horrendas. Fobia, eso decían que era, una estúpida fobia irracional ante la presencia de cualquier clase de cosa negra y pequeña que caminara con más de cuatro patas. Todos los bichos eran peligrosos, no importaba por qué; pero éstos especialmente, porque el auto estaba descompuesto y ellos pertenecían a otro ecosistema. Ahora pasaban otros dos, uno más grande. Retrocedió un paso y pensó que podía haber más de esos bichos por detrás, pero no se animó a mirar.

Aliens, eso eran, espantosos monstruos habitantes del espacio desértico, correteando de derecha a izquierda, que huían no tanto asustados como decididos a mimetizarse entre las espeluznantes zarzas, dispuestos a acecharlo hasta tomarlo desprevenido. Quizás estuvieran ya alojados en su auto y cuando intentara irse — *con Alicia,* porque cuando la tuviera al alcance de sus manos y de su furia la iba a levantar en peso, iba a gritarle hasta desgañitarse y después, sin preguntarle nada y violando todos sus derechos de feminista progre, la iba a poner dentro del auto como a una muñeca y le iba a dar gas al acelerador, y aunque ella chillara no iba a bajar de los 180 kilómetros por hora hasta llegar a casa—, los *aliens* repugnantes del desierto comenzarían a atacarlos saliendo como emanaciones fantasmales desde los conductos del aire acondicionado, de las toberas, de entre los pliegues de los asientos.

Siguió caminando, viendo a los monstruitos negros cruzar para un lado y para el otro, enojándose con su mujer. Al rato vio un relumbre. Avanzó y el destello adquirió color rojo y luego forma: su cupé. Aún estaba ladeada, a un costado de la ruta, hacia la izquierda. Trató de ver movimiento, pero la cupé parecía tan sola como la habían dejado el día anterior.

Apuró el paso, cargó la cámara al hombro y la encendió. El *zoom* mostraba la misma imagen amplificada: Alicia no estaba. Apuró el paso y cuando estuvo cerca, el Tolo salió de abajo del auto: un hombre corpulento que se ponía de pie y se reclinaba luego sobre el motor. Después se erguía y veía venir a Álvaro, le hacía una seña y se metía en la cabina, daba encendido, el motor respondía con una queja dolorosa, volvía a intentar y otra vez, un chillido metálico, afónico. El hombre llamado Tolo salía de la cabina, volvía a hacerle una seña, se encogía de hombros y gesticulaba. Álvaro supo que lo de su auto era complicado. Siguió observando, pero Alicia no estaba allí. No podía estar detrás del auto y no había otro lugar fuera de su campo visual.

—¡Malas noticias! —gritó el Tolo. Álvaro apretó el paso.

—¿Qué me dice? —preguntó, y estaba pensando en Alicia.

—Fundió biela, caballero. Va a tener que hacer rectificación completa. Tiene para unos días.

Álvaro estaba a menos de diez metros y escuchaba explicaciones sobre repuestos difíciles de conseguir, modelos viejos, distancias, demoras en la llegada del envío, arreglos provisorios, cambio de aceite.

—Me dicen que mi mujer vino con usted —dijo o preguntó Álvaro, y oyó la respuesta con algo de aturdimiento.

El hombre contestó que no era así, él no la había visto y le parecía que ella había preferido volverse al hotel a esperarlo allí. Había estado en el bar, supo el Tolo por fuentes que no mencionó y, según le habían dicho esas mismas fuentes, de movida ella había comentado su intención de acompañar al mecánico con la esperanza de volver manejando el auto y sorprender al esposo con un arreglo tan rápido como imposible, a la vista de su reciente inspección, pero después se veía que lo había pensado mejor y había vuelto a despertarlo a él. ¿A Álvaro? Al menos eso le habían dicho al Tolo, no, el mozo no, gente del lugar. ¿Qué gente, quién?, insistió Álvaro. Usted no conoce, qué cambia un nombre para usted, lo que importa es lo que digo que oí, ella volvió al hotel a despertarlo.

—Despertarme, ¿pero cómo, si yo fui del hotel al bar y no la vi en ningún momento?

Habría ido a hacer compras, entonces, supuso el Tolo, en Las Casas había un centro de ventas de productos locales que podía ser interesante para cualquier mujer joven: artesanías, chucherías, dulces. Podía estar tranquilo, en Las Casas nadie se perdía, dijo.

—Puede estar tranquilo, don, en Las Casas nadie se pierde —estaba diciendo el Tolo y ahora le señalaba su motocicleta, apoyada detrás del auto, le indicaba que había que volver al pueblo y traer la chata para acarrear la cupé hasta el taller, podía quedarse en el hotel, pero él le recomendaba una pensión de su confianza, veinte pesos la noche, eso incluía desayuno y almuerzo, pero la cena era barata. No había más que esperar.

Y ahora que me acuerdo, dijo el Tolo dándose una palmada en la frente, pero, si soy un chambón, cómo se me pasó, mire, cuando me meto con los fierros me olvido de todo, disculpe don, me lo dijeron de

pasada, fue justo cuando me venía para acá, y se ve que no lo retuve, debo andar mal de la memoria yo, resulta que le mencionaron la pensión a su señora. ¿Quién?, preguntó Álvaro. Uno, jefe, no se preocupe, le habían explicado que cualquier repuesto demora un día en llegar, a lo menos, se ve que ya no estaba tan optimista con lo del auto, entonces ella preguntó si había algún lugar más barato, por si había que quedarse, y le dieron esa información, un buen lugar, comida casera, buen precio, habrá ido directamente para allá, seguro, maestro, por eso no la vio. Queda en la avenida, abajo, ahí nomás de la plaza, decía el Tolo y Álvaro se calmaba, Alicia estaba en la pensión, por supuesto, ahora estaba todo claro, ella se había fijado en el precio, Álvaro le agradecía la consideración, casi sonreía. El auto se podía arreglar, escuchaba, con poca plata, acá nadie tiene dinero, escuchaba y se iba aliviando, buena gente pueblerina, no como en la capital, así que podía dejárselo por la cuenta del Tolo,

admitía la recomendación y entonces se abandonaba, se dejaba hacer, aceptaba la indicación del hombre y montaba al asiento trasero de la motocicleta, el hombre daba la patada y la máquina ronroneaba contenta, daban un rodeo, se alejaban, la cupé volvía a quedar sola.

CAPÍTULO IV

TUBA MIRUM

Pero Alicia no estaba en la pensión. Y la dueña, la mujer del Tolo, una gorda de jeans grandes como una carpa y blusa grasienta, que se llamaba Fabiana, dijo que no la había visto nunca, aunque debía ser de ella, que le habían dicho que estaba tomando sol en la plaza. Leía recostada contra un roble añoso, habían dicho, y nadie la conocía.

—Leía. ¿Qué podía estar leyendo si no tiene nada para leer? —preguntó estúpidamente Álvaro, que tenía el bolsito de Alicia colgando del hombro, con todas las posesiones de ella dentro.

—Cómo voy a saber yo, señor. Pero haga algo, deje sus cosas en la habitación y vaya a la plaza. Tan grande no es el pueblo, seguro que ella está más cerca de lo que usted cree.

Acá no se pierde nadie. ¿Adónde va a ir?, camina un rato y ya está otra vez en el desierto. Hágame caso, pase a la pieza, se refresca un poco, se tranquiliza y sale a buscar a su mujer.

Le sirvo un cafecito —ordenaba o sugería la señora Fabiana, no había pregunta allí y Álvaro no se animó a rechazar la oferta, pasó a la habitación, dejó la cámara sobre la cama matrimonial, fue al baño, se refrescó un poco y trató de tranquilizarse; cuando salió había una bandeja con café sobre la mesita de luz. Humeaba. Se sentó en la cama y, obediente, bebió todo el café. Cuando terminó, se dio cuenta de que no le había puesto azúcar.

Siguió obedeciendo y salió a buscar a su mujer. La plaza quedaba a una cuadra, caminó.

Y apenas pisó el pasto seco, vio el roble pero allí no estaba Alicia. Se dedicó un momento a observar el lugar, algunos chicos jugaban en el arenero, un caballo pastaba adentro de la plaza, la municipalidad parecía vacía, dos señoras con pañuelo blanco en la cabeza entraban en la iglesia. Había un barcito a un lado, con algunos parroquianos; estarían tomando vino y jugando al truco, supuso.

Cruzó la calle y fue al bar. Cuando entraba, pasó el Tolo con su chata y le tocó un bocinazo alegre.

Lo miraron. Jugaban al tute, o podía ser al truco, no entendía nada de juegos de naipes.

—Buenas —saludó, y se acercó al mostrador. El hombre que atendía lo observó con cara de pocos amigos.

—Qué le sirvo —dijo el hombre. Álvaro pensó un momento y pidió ginebra, un vasito nomás. Odiaba la ginebra, y más a esa hora, pero necesitaba simpatía.

—Me dicen que por acá anduvo mi mujer, parece que la vieron leyendo recostada contra el roble. Morocha, de rulos.

¿Sabe algo, jefe? —Le alcanzaron el vaso y apuró un trago corto. Disimuló una mueca y notó que su voz traía una humildad forzada. La cara del tipo no anunciaba gentileza y se estaba sintiendo ridículo por beber una bebida alcohólica que le disgustaba más que el tipo del bar.

—Averigüe en la comisaría, acá no vino nadie —fue la respuesta seca, demorada y sin pensar. Álvaro escuchó "comisaría" y supo que aquello estaba empeorando. La expresión del tipo era una mezcla de no sé nada y de me importa un carajo. Giró hacia los parroquianos.

—¿Nadie vio nada?

Lo miraban con los naipes en la mano, los garbanzos en la mesa, el vasito de vino vuelto a llenar. Uno fumaba chala, otro cigarrillos negros sin filtro. Todos tenían alpargatas, algunas desflecadas, casi deshechas, jeans ignotos y pantalones de tambero, camisetas derruidas, bigotes amarillos por la nicotina. Y a todos les faltaban varios dientes.

Uno de barba crecida, que apuraba un vasito de algo transparente, usaba una boina negra ladeada. Álvaro pensó en el Che y se enojó por la libertad con que actuaba su cabeza.

—Por qué no se sienta y cuenta un poco —invitó el hombre de la boina—. Si su señora no está acá, en alguna parte andará, en Las Casas...

—No se pierde nadie, ya escuché eso —completó Álvaro de mal modo.

—Bueno, no se ofusque, entiendo su posición, pero la verdad es que no le puede haber pasado nada. Estamos en Los Huemules, caballero, éste es un pueblo de trabajo y de paz, ¿entiende? Acá es toda gente buena, cómo no le vamos a ayudar. Manolo, otra ginebra para el señor, yo pago. Usted necesita calmarse. —Álvaro estuvo a punto de rechazar la bebida, pero prefirió no herir susceptibilidades. Cuando apareciera Alicia, los iba a mandar a todos al carajo y se iban a volver

a casa sin detenerse ni para tomar

un café. Bebió la segunda ginebra y contó lo que ya sabían: el auto fundido, la noche en el hotel, su mujer que no aparecía. Al final, cuando la ginebra lo mareaba y el calor era excesivo, recordó que estaba con el estómago vacío. Preguntó la hora. Las dos, le dijeron, y pensó que eso no iba nada bien. Se habría levantado a las nueve y media, diez menos cuarto a más tardar y ya no había visto a su mujer. ¿Dónde podía meterse todo ese tiempo? Deseó verla, abrazarla, llenarle la cara de besos, juró que nunca más se iba a enojar con ella. Todo lo que esperaba era que ella le dijera adónde se había metido. Ni siquiera, con que apareciera de una vez alcanzaba. Lo único que quería era volver a casa.

Pidió algo de comer, cualquier cosa. Le trajeron un sándwich de salame y queso. Lo comió con culpa, se acongojaba por Alicia, tomaba más ginebra y se hundía en sus pensamientos mientras escuchaba un ruido lejano que sonaba como un parloteo de loro.

Vea al intendente, parece que decía el loro, Alvaro pensaba en Alicia, si ella venía, pensaba, y se alejaba, el peso del universo volvería a repartirse entre los dos, pensó, no me oyó, oyó.

—No le oí qué cosa. —Se sobresaltó, mareado y con gusto a ginebra y grasa de chancho.

El pan costroso derramaba miles de miguitas sobre su jean, sobre su campera, sobre sus zapatillas Nike Air.

—Le digo que vea al intendente, él debe saber qué se hace cuando pasan estas cosas raras. Y si no, mejor todavía, vaya a la pensión a descansar y déjemelo por mi cuenta.

Igual el intendente también hace siesta, así que usted se va a dormir, yo también, a las cinco me corro a la casa y cuando se despierte ya tenemos algo más firme, ¿qué me dice?

—¿Y qué va a hacer el intendente? —Álvaro convidó cigarrillos rubios, pero nadie aceptó. Sacó el Zippo de Alicia y encendió el cigarrillo. Se le hizo un nudo en la garganta y se pasó la mano izquierda por el pelo.

—Y, por ahí él sabe algo más. No sé qué decirle, maestro, acá nunca pasa nada.

Álvaro dudó un momento, se dio cuenta de que se estaba

desmoronando, así no avanzaba, tenía que calmarse. Y agradeció el gesto, le dio la mano al hombre de la boina, quiso pagar, pero no lo dejaron, saludó a todos y se fue a la pensión.

Cuando cruzaba la plaza vio salir de la iglesia a las dos mujeres de pañuelo blanco.

CAPÍTULO V

REX TREMENDAE

El hombre de la boina, que se llamaba Romano, así se presentaba, solo por su apellido, resultó ser un puntero del intendente, alguien que andaba a diario por la calle palpando el ambiente social, si había broncas, quejas, esas cosas: un operador político, precisaba.

Porque al intendente le gustaba mantener el contacto con su pueblo y él era el encargado de hacer funcionar eso. Le había adelantado el asunto de Álvaro y el intendente lo quiso ver sin demoras, la situación lo justificaba. Romano lo acercó en un jeep y se comprometió a buscarlo después.

Álvaro, parado frente a un gran portón metálico, se detuvo a mirar.

La casa del intendente era, en realidad, el casco de una estancia que se pretendía una especie de palacio modesto, algo más pequeño, en realidad, que los palacios estilo Luis XV, por ejemplo, estilo que remedaba pomposamente, con aires de grandeza mancillados por un cierto barniz de grasa que no lograba cubrir las fisuras del dinero dudoso. Se lo veía demasiado poderoso, era un poder raro, Los Huemules no le parecía una zona rica. Una reja rodeaba lo que debían ser unas cuatro manzanas de parque, en el casco de la estancia.

Romano le había avisado de que las tierras del intendente continuaban detrás de las arboledas —que hacían una pared espesa, reforzada con arbustos bajos y frondosos— y daban la vuelta al horizonte. Debía gastar mucho dinero en irrigación solamente, tomando en cuenta la sequedad del clima. El hombre se limitaba a vivir en su casa y, de hecho, no salía nunca, ni para cumplir con sus funciones; había trasladado la intendencia a su habitación, o algo así le había parecido entender a Álvaro. Al frente estaba la gran piscina, que era olímpica y rectangular, mediría unos treinta metros de largo y tenía doble trampolín en un extremo, un tobogán azul y escaleras que se hundían en el agua en la punta opuesta, con varias mesitas alrededor, adornadas con sombrillas. Un muchacho saltó del trampolín más alto tomándose las rodillas en estilo bomba y cayó al agua produciendo un estruendo moderado, sin que le prestaran atención las dos mujeres que tomaban el sol tiradas en las reposeras. Vio canchas de tenis, adivinó un quincho importante, para muchas personas, supuso animales detrás de las plantas frondosas, al fondo, en un espacio que simulaba un bosque, detrás de un lago artificial con cascada y todo; era algo que podía haber sido un zoológico privado.

En medio del parque estaba la casa, así la llamaban, con grandes escalinatas blancas y un portal imponente. Las fastuosas ventanas estaban trabajadas para parecer vitrales y

quizás lo fueran. Detrás se vislumbraba la casa de huéspedes, a lo lejos las casas de la servidumbre. Había perros por todos lados y gente que vigilaba discretamente.

Lo recibió una mujer joven, uniformada de mucama, lo que incluía la cofia. Entraron.

Álvaro recordaba a Xanadú mientras la mucama lo guiaba por corredores interminables y salones majestuosos, hasta que llegaron a una sala enorme, decorada con cuadros que debían ser originales, pero Álvaro no conocía ninguno y eso, de un modo extraño, le agregó inquietud.

No entendía qué venía a hacer a ese lugar. Él sólo quería volver a casa con su mujer.

La mucama le indicó una puerta entornada, del otro lado de la sala, y lo dejó avanzar solo. Pisaba y sus Nike Air chillaban contra el suelo de madera. Había varias cabezas de huemules colgadas de las paredes. Y armas de caza: escopetas, rifles, pistolas. Le llamó la atención que hubiera pistolas, no imaginaba que podían usarse para cazar animales.

Cruzó la puerta y el intendente estaba allí, esperándolo.

El hombre pesaba tal vez ciento ochenta kilos, calculó, y debía medir unos dos metros.

Estaba echado sobre su costado derecho, la mano que sostenía su cuello como de vaca parecía una columna y el vientre, avanzando en el espacio que los separaba, era una cuantiosa media esfera caída, una cúpula derrotada y resignada al almacenamiento de grasa. El pletórico dirigente descansaba sobre una carísima *chaise longue*, con terminaciones plateadas en forma de cabezas de águila en los extremos, por delante y por atrás, los cuellos descendían hasta volverse emplumadas patas que se apoyaban en una alfombra seguramente persa. Una manta que parecía oriental, y una incierta cantidad de almohadones gruesos, adornados con borlas doradas y aplastados por la mole que era el hombre, completaban la decoración de aquella gruesa reposera.

Frente al intendente, una mesa ratona abundaba en platos vacíos, a medio vaciar y llenos, con comidas rápidas, salamines, quesos,

aceitunas, cuencos con pescaditos fritos, maníes, papas, menjunjes diversos, trozos de pollo, bananas, melones, copas a medio llenar con bebidas doradas que podían ser champán, o vino blanco o licores, y gaseosas, y panes en la panera y fuera de ella, en distintas etapas de deglución, enteros, masticados, en trocitos, restos de triples y de otros tipos de sándwiches, de pan árabe y de pan lactal, y una profusión de miguitas salpicadas aquí y allá. Detrás, una pantalla de televisión de 65 pulgadas transmitía fútbol, parecía que europeo. Alguien sentado en un sillón puesto de espaldas a Álvaro, hacía zapping con otro canal deportivo que pasaba un partido de básquet de la NBA, pero sólo se veía su mano derecha manejando el control remoto. A un lado del intendente, una mujer muy baja, que quizás fuera enana o al menos cretina, lo asistía, secaba su interminable sudor, le daba de beber, le

acercaba pequeños y sucesivos refrigerios. En los breves descansos tejía algo, parecía una bata o un mantel. Caía la tarde y el calor no cedía, pese al aire acondicionado

—parecía que lo habían regulado bajo— y al ventilador de techo que colgaba exactamente por encima del gordo.

Cuando Álvaro se presentó, tuvo el impulso de hacer una reverencia. Fue un instante, quedó como detenido a mitad de camino entre la postura de pie y la reclinación de la espalda.

El gordo apenas si lo miró, pero la cretina detuvo su crochet en un punto durante el mismo tiempo, una manito sostenía el hilo y la aguja, la otra la trama, sin levantar la vista. Cuando él se sentó, ella continuó tejiendo.

Hubo un silencio. La voz del locutor comentaba la cara de angustia del arquero ante el tiro penal que estaban por ejecutar.

—Buenas tardes —comenzó Álvaro—, yo vine porque mi mujer no aparece y me dijeron que hablando con usted quizás...

—Algo me dijeron —interrumpió el intendente—, y dígame, joven, ¿qué hacían por acá?

—Estábamos de paso hacia el sur, íbamos a los lagos, alquilamos una cabaña. Yo quería preparar el guion de mi película y para eso siempre busco tranquilidad. Soy director de cine.

—Se escuchó al locutor gritando el gol y bajaron un punto el volumen. “Formidable”, alcanzó a escuchar Álvaro.

—Director de cine, ya veo, es muy interesante. Y dígame, ¿filmó algo conocido, joven?

—No creo que lo conozca, yo hago cine independiente, mis películas circulan por las universidades, por los clubes de cine, inclusive algún video pirata anda por ahí dando vueltas y la verdad es que eso me da un poco de orgullo.

Filmé poca cosa, algunos cortos y un medio metraje. Nada importante.

—Y qué clase de películas hace usted. —Hubo un corte publicitario y el volumen volvió a subir. Se escuchó una venta telefónica, un sistema infalible para adelgazar, dieron el número de teléfono y recomendaron consultar al médico por cualquier duda. Álvaro se sintió incómodo.

—Mayormente documentales, temas realistas, la miseria en el cono urbano, la marginalidad. Algo experimental. Ahora quería hacer una *road movie*.

—¿Qué cosa?

—Una película de caminos, es un género, vio, como París Texas.

—No sé qué es eso, no creo que haya una ruta que una París con Texas, por lo menos yo no tengo información. Será otra película, una de esas fantasías con platos voladores, supongo. Dígame, ¿tiene antecedentes? —A lo lejos se oyó la voz del locutor: comenzaba el segundo tiempo.

—¿Usted me quiere decir si tengo un currículum? —El gordo se envaró, si cabía tal estado de su espalda detrás de esa marea de grasa.

—Policiales —explicó, tras un suspiro que sonó como una tuba.

—Antecedentes policiales, ¿y eso qué importancia tiene?

—Limítese a contestarme, joven. Tengo que saber con quién estoy hablando, ¿no le parece? Igual lo voy a averiguar, no se preocupe, pero mejor es que me lo diga usted. Es un asunto de confianza.

Álvaro pensó un instante, tomó aire y dijo:

—Sí, en el barrio donde crecí es imposible no tenerlos. El ambiente es muy mezclado, gente que nació allí y gente que tuvo que mudarse por problemas económicos, falta de trabajo, en fin, esas cuestiones; eso termina borrando las diferencias y al final es lo mismo. Todos

estábamos fichados y deben andar por ahí. Mis antecedentes, digo.

—Trataba de mostrarse relajado, pero un oscuro temblor le mordía el estómago.

—¿Qué antecedentes tiene? —insistió tensamente amable el gordo.

Detrás hicieron zapping, se escuchó música y luego sonó un bramido, el dedo en el control remoto se detuvo: alguien había hecho un doble. A Álvaro le pareció que podía ser Michael Jordan y tuvo el impulso de mirar. Amaba el vuelo de ese jugador.

—Poca cosa, señor, éramos tan chicos… Alguna vez habremos robado un auto con mis amigos, para pasear, lo íbamos a devolver, pero nos agarraron antes. En mi barrio eso era una pavada. —Hubo un silencio, la mujer detuvo su tejido, pusieron "mute" en el televisor. El gordo lo escrutaba. Se oían las palas del ventilador girando.

—¿Manejaba usted? —preguntó el intendente.

—No, yo no tenía registro. Y también hubo una demora por ebriedad, tenía catorce años y me vino a sacar mi padre de la comisaría. Puede ser que ni figuren porque era menor, pero ve, se lo digo igual. Por la confianza. —A un tiempo volvió el sonido, la mujer retomó su tejido y el gordo comentó:

—Es bueno que lo diga. Se ve, locuras juveniles, todos las hemos hecho. ¿No tiene nada más que decir?

—No, después de eso me asusté y nunca más me metí en líos. ¿Usted cree que se podrá hacer algo?

—¿Por sus antecedentes?

—No, yo estoy hablando de mi mujer.

—Ya veremos… Siempre se puede hacer algo si las cosas están dentro de la legalidad.

¿Y por qué venían por esta ruta perdida?

—No sabía que hubiera otra. Es la que encontré en el mapa.

—Esta ruta no figura en ningún mapa. Yo jamás autoricé eso.

—¿No figura? Entonces no comprendo, nos habremos perdido.

—¿Está seguro?

—No, cómo voy a estar seguro. Yo creía que venía por una ruta que...

—No importa —lo interrumpió el intendente—, ¿qué pasó entonces?

—¿Con qué cosa?

—Con su auto, no haga preguntas idiotas. —El intendente levantó la voz y el locutor la bajó.

—No le había entendido. No sé… parece algo de la temperatura. Creo que no le puse agua al radiador y, bueno, fundió biela.

—¿Qué auto es?

—Una cupé Chevy, modelo 76, un modelo bueno. Es roja y nunca me dio problemas.

Bueno, hasta hoy.

—¿Quién es usted, joven? —El tono del gordo portaba exasperación.

—No sé qué decirle. Me llamo Álvaro, mi mujer Alicia, nunca me meto en problemas, me gusta el cine independiente. Creo en Dios, pero no comulgo. ¿Qué quiere de mí?

¿Me va a ayudar?

—Temblaba y no lo podía ocultar. Quiso encender un cigarrillo, pero el gordo hizo un gesto con la palma en alto y lo volvió a guardar. El acto de sacarse el cigarrillo de entre los labios y volver a ponerlo en la cajita lo hizo sentirse humillado.

—Bien, así que tenemos una joven pareja viajando a los lagos del sur, a una cabaña, van para escribir un guion, todo muy idílico, un auto viejo y emblemático que se descompone en una carretera perdida que no figura en ningún mapa, un joven con antecedentes borrados o algo por el estilo, que dirige cine y no se mete en líos. Me gusta eso, y que no sea ateo me gusta más, pese a lo cual debería confesarse, porque eso no hace daño y es necesario. Bien, sobre todo apruebo su sinceridad. Aunque las temáticas de sus documentales me parecen remanidas, le comento, eso de los marginales, en fin, si usted viene de esos lados puede que le interese como algo personal, pero si quiere que le diga mi opinión, es un asunto que ya no va. La gente necesita otra cosa, más banderas, más motivos para luchar. Los marginales

existieron siempre, eso no dice nada que valga la pena ser reiterado. Espero que no se le vaya a ocurrir filmar acá sin mi autorización.

—No, ni se me cruzó. —Álvaro se sintió algo más relajado y también más estúpido. La confianza que de pronto parecía surgir con ese tipo lo calmaba, pero le daba escalofríos.

Tenía la sensación de estar confiando en un cocodrilo.

—¿Y a qué hora llegaron? —estaba preguntando el intendente.

—Serían las siete, yo calculo. La verdad es que no me fijé.

Ya oscurecía. Sí, debía ser esa hora. Estábamos muy cansados, así que fuimos a la habitación...

—¿En dónde?

—En el hotel, La Gaviota, ése que está detrás… frente al basurero.

—¿Y por qué fueron allí? Serán casados, me imagino.

—Eh, no, convivimos, ella es separada y el divorcio todavía no salió, ¿me entiende?

—Ya veo —comprendió el intendente con una mueca. La cretina le alcanzó un vaso largo con un refresco azul y una pajita.

Después le hizo un gesto que a Álvaro le pareció de familiaridad. Esa mujer que no llevaba uniforme no era del servicio, debía ser su esposa. El hombre se servía maníes de un tazón que estaba sobre la *chaise longue*.

—¿Gusta?

—¿Qué cosa?

—Maníes, un refresco. —El intendente hizo un ademán.

Masticaba y de su boca salían disparados algunos trocitos, eran pequeñas explosiones de restos de maníes masticados.

Después sorbió su refresco azul. El hielo tintineó.

—Gracias, estoy bien —dijo Álvaro.

—De modo, mi amigo, que hace ya varias horas que su...

novia no aparece y está muy preocupado.

—Imagínese —admitió Álvaro, sintiéndose vagamente comprendido y recordando los ignotos cuadros originales.

—Y, digo yo, ¿sería posible que ella lo hubiera abandonado?

—No le entiendo… —Ahora pensaba en las cabezas de los huemules.

—Es claro, quizás ella se hartó de esta aventura, de su auto roto y, digamos, de dormir incómoda. Muy bien podría haber ocurrido que se hubiera tomado el buque, ¿usted me entiende?

Diga si no es lógico: usted duerme a pata suelta, la chica se despierta temprano, sale a desayunar, porque, la verdad, ¿qué va a hacer a esa hora en ese cuchitril que eligieron

para pasar la noche?, no va a mirar televisión. Quizás alguien se ofreció a acercarla a algún lugar, un caballero con el auto en buenas condiciones, bien podría ser, no creo que una mujer tan moderna, en fin, que convive con un hombre sin formalizar, tenga demasiados problemas en subir al auto de un desconocido. O sencillamente se tomó un ómnibus y se volvió a casa. Pasa todos los días. ¿Ya meditó acerca de esta posibilidad?

—Yo no creo que ella haga eso. Mi mujer **no** es... eso no va con su ideología. —Álvaro pronunció la palabra “ideología”

y algo se tensó.

—Bueno, bueno, solamente estoy tratando de evaluar variantes para poder pensar un poco. Discúlpeme, tendría que ir al baño. A ver, querida, ¿podrás ayudarme? —dijo el gordo mirando a la cretina.

Estiraba la mano en su dirección. La mujer dejó de preparar una bebida y se le acercó.

Le ofreció su brazo esmirriado —que a Álvaro le recordó la manito de rata del hotel— y tomó la bestial mano del intendente. Después ella se afirmó en sus piernas y se inclinó hacia atrás. Comenzaron a hacer fuerza, ella tiraba hacia su lado y él intentaba incorporarse, pero el éxito demoraba en llegar, entonces ella se esforzaba más, Álvaro observó que sus venas se hincharon y hubo ruido de dientes apretados. Él jadeaba, hacía un gesto de contrariedad, parecía que lo iba a lograr, pero volvía a caer sobre la *chaise longue* haciendo un ruido como de bolsas de papas. Vuelta a empezar, manito, tironeo,

jadeos, ruido de dientes, gesto de contrariedad, bolsa de papas. La escena duró un rato mientras Álvaro vacilaba en ofrecer su ayuda, se daba cuenta que estaba asistiendo a una escena más bien íntima. Al fin el hombre desistió.

—Lo dejamos para después. —Hizo un gesto con la mano, resopló y volvió a beber su líquido azul y tintineante—. Dígame, qué aspecto tiene su concubina, anotá, querida.

—La ratita sacó un block de alguna parte y un lapicito a su medida y se dispuso a tomar notas.

—Mide un metro sesenta y cinco, más o menos, es de piel blanca, tiene el pelo negro enrulado y frondoso, usa pantalones rojos, una camiseta blanca, debe estar bastante sucia ya, la camiseta, digo, y dice Alicia en las…, este, en el pecho, porque ése es su nombre, ya le dije, tiene sandalias de cuero y usa lentes oscuros del tipo Marilyn.

—¿Qué?

—El modelo, como los usaba Marilyn Monroe, la actriz, son como un antifaz, vio, negros con incrustaciones plateadas en los extremos. Lindos lentes, retro, quiero decir, antiguos, se entiende. Ella es muy linda, también es actriz.

—Cómo no voy a conocer a Marilyn Monroe, ¿qué edad cree que tengo?

—No sé calcular la edad de la gente, señor, nunca pude.

—Así que su novia es actriz, qué interesante, eso podría ser de mucha utilidad. ¿Su cara es conocida? ¿Actuó en alguna película importante?

—No, ella solamente trabajó en mis documentales. Era la conductora.

—Ah, qué lástima, pero no es tan importante, si no salió de Los Huemules no va a ser difícil encontrarla, aunque por ahí se desmayó..., pero cómo, ¿todavía no fue al hospital?

—No se me ocurrió —titubeó Álvaro.

—Mire, le voy a dar un consejo, antes de pedir ayuda a gente ocupada, empiece por lo más sencillo. Si ahora estuviera en el hospital, eso lo resolvería todo. ¿Ella no tiene ninguna enfermedad?

—No. —Lejos en la sala se oía el ruido de gente gritando, alentaban a

un equipo. La cretina tejía y destejía.

—Bueno, es igual, por ahí fue a dar una vuelta y sufrió un vahído, eso podría ser. Y si no, habría que ir a ver al comisario, eso tampoco lo hizo, me imagino.

—No, yo vine porque Romano, el de la boina, me dijo...

—No haga todo lo que le dicen, no sea ingenuo. Cuando los jóvenes hacen lo que les dice gente desconocida, se meten en líos, ¿entiende eso? Le voy a decir una cosa más: no estamos en las mejores épocas, ¿me sigue? Acá mismo, en Los Huemules, hay de todo, se dicen cosas de pura malignidad, la gente inventa historias, miente, casi todos mienten. Se necesita tener mano muy firme para gobernar este pueblito de mierda, porque si no, enseguida se bandean y hacen pavadas.

Demasiada ginebra, gente ignorante, se la pasan hablando todo el día, no quieren trabajar, cobran unos manguitos y ya se van al boliche a jugar al truco. Usted los vio,

Romano no se pierde una, pero mejor no me haga hablar de eso. Mire que joden con eso de los huemules. ¿Ya le contaron la historia?

—Tanco dijo algo, pero no me acuerdo bien, que se fueron al sur, me parece, o eso creía él, y dijo que nunca vio ni los huesos de un huemul. No sé, será una especie extinguida, son como ciervos, ¿no? La verdad es que eso no me interesa, yo lo único que quiero es encontrar a mi mujer y volver a mi casa —explicó sin ganas Álvaro, sintiéndose aturdido.

El zapping continuaba furibundo: deportes inasibles, música cortada al nacer, propagandas, noticieros, alguna película en inglés, otra mal doblada, vuelta a los deportes.

—¿Ve lo que digo? Ese Tanco apenas los conoce y ya está diciendo tonterías, imagínese lo que hablarán cuando se pasan toda la noche escabiando, pero yo sé cómo los voy a enderezar a éstos. Vea, joven, están pasando cosas raras, no le conviene salir de noche, yo sé que a usted le va a parecer ridículo, pero en el campo la vida no es como en la ciudad, acá se manejan otras creencias. Qué va a hacer, son así. Dicen tanta pavada, creen en tanta superchería que al final ven una sombra y dicen que vino Belcebú. Y eso no es gratuito, sabe, el que cree que vio al diablo, al minuto siguiente seguro que ve a un servidor satánico entre los vivos y después agárrese. Si por mí fuera, mando dos o tres a fusilar y al resto a hacer trabajo forzado y así iban a

aprender. Lo que Natura no da, Salamanca no presta, no le pida peras al olmo. A este país lo pudrieron desde la raíz, ¿me sigue?, esa gente es como las vacas, lo único que les interesa es mascar la misma porquería todo el día. Pero yo estoy cambiando eso, sé que va a llevar mucho tiempo, pero estoy dispuesto a dar mi vida si es necesario, porque yo, señor, soy un patriota, y mis raíces están sanas. Un patriota está preparado para morir en cualquier momento, porque este país, mi sincero y emblemático amigo, fue regado con sangre de hombres como yo en primerísimo lugar, pero también de cobardes y traidores. Nunca es mucha la sangre derramada cuando se juegan los destinos de una nación, y no importa nada que estemos hablando en un pueblito de morondanga; los grandes incendios comienzan con cigarrillo mal apagado y terminan devastando una provincia entera. Cuando la patria llama hay que estar con las botas puestas, porque a los tibios los vomita Dios, no olvide nunca eso. Yo voy a dar mi vida como lo hicieron mis ancestros, no tenga ninguna duda, pero antes que eso ocurra voy a limpiar a unos cuantos, ya los tengo a todos bien fichados, son una manga de mestizos taimados y borrachos. Ah, Dios, nunca voy a entender los mestizajes, ¿cómo pueden rebajarse?

Gente medianamente sana, inmigrantes, algunos de buena cuna, yo conozco a todas las familias que fundaron el pueblo. Y uno los ve degradarse, se acuestan con cualquiera, indias, sifilíticas, mulatas con taras genéticas, gitanas, débiles mentales, hasta con judías

se emparejan, con tal de que tengan un agujero entre las piernas les alcanza, y discúlpeme la rudeza. Parecen animales. Son animales. Esas mezclas corrompen la sangre y después salen estas porquerías que usted habrá visto por ahí, gente enferma, mongólicos, oligofrénicos, son unos engendros perversos, andan babeándose, solo se interesan por las actividades más repugnantes, allí en la plaza, masturbándose a plena luz del día, son todas monstruosidades, vómitos de Dios que alguien tiene que limpiar si es un buen cristiano. Y ése es apenas un punto.

Tendría para hablarle largo y tendido. Para eso me sirve Romano, me informa de cada detalle, aunque viva bandeándose entre el alcohol y sus cavilaciones humanistas. Pero no se preocupe, él también está fichado, si hay algo que no puedo tolerar es a los vacilantes. Servime otro refresco, mi amor. —La mujer le cambió el vaso y sonó un nuevo tintineo—. Usted me cae simpático, es joven y moderno, por lo que veo, me impresiona como un tipo sano, culto y sincero, sobre todo sincero, eso es bueno; usted no cree en lo que no ve, aunque cree en Dios, lo que indica una inteligencia despierta y aguda. No me equivoco, ¿verdad? Haga caso, joven, no baje al nivel del populacho,

no los oiga y sobre todo no salga de noche, hágame el favor, es peligroso. Y roguemos porque su hermosa señorita aparezca antes de que venga la noche, yo sé por qué se lo digo. Usted no va a encontrar a nadie que sepa mejor que yo lo que pasa en este pueblo, por eso soy el intendente. Ya va a tener noticias mías, vea al comisario de mi parte y pase por el hospital. Si va a la iglesia no va a estar de más. Lamento que se tenga que ir.

Querida, acompañá al señor.

CAPÍTULO VI

RECORDARE

1) **La crueldad bien entendida**

Romano lo estaba esperando en el jeep; miraba hacia la entrada. Parecía ansioso, fumaba y bebía de una petaca. Lo siguió con la vista desde que asomó por el portal de la casa, mientras se acercaba por el camino de grava, cuando le abrieron las rejas y hasta que se sentó en el auto. Entonces dirigió su vista hacia delante, encendió el motor y arrancó. Recorrieron el camino de vuelta en medio de un silencio inhibido. Al fin habló el puntero:

—¿Cómo le fue?

Álvaro demoró en contestarle.

—No sé si me va a ayudar. Parece un tipo… —Álvaro intentó huir de la palabra, pero al fin cedió— cruel. ¿Usted qué cree?

—Decir eso es poco prudente, señor, y yo no tengo por qué escucharlo. Al intendente es mejor no caerle mal. ¿Usted cómo le cayó, si se puede saber?

—El dijo que bien, pero no podría decirle.

—Créale, él nunca miente, ¿qué motivo podría tener para mentirle? —Romano pareció oscurecerse y un momento después continuó hablando—: Acá es dueño y señor y nada ocurre sin que él lo sepa. Es como un rey, hace lo que le parece y no le da explicaciones a nadie.

—¿Y no se quejan?

—¿De qué se van a quejar? Pero además, escúcheme, acá no hay quien se anime, es peligroso, esto está lleno de alcahuetes. A mí no me gusta demasiado, pero es lo que hay. Yo creo que es mejor andar bien con él, es un tipo que sabe pagar favores.

—Y cobrarlos también, me imagino.

—Véalo de este modo: este pueblo casi no existe, acá no llegan subsidios ni coparticipaciones, a nadie le importa lo que pasa en Las Casas. ¿Usted sabe que hubo

un gobernador provincial que ni sabía que existíamos? Increíble, ¿no?

Y el intendente viene de una larga familia de terratenientes, todos grandes como él, je, eso fue un chiste, sus tierras tienen cuatro generaciones por lo menos. Esto no empezó ahora.

—¿Y qué es lo que no empezó ahora? —Habían llegado a la pensión, Romano detuvo el jeep en la puerta.

—No haga preguntas, métase en su habitación y espere. Si hay algo que hacer, y a él le parece bien, va a ser hecho.

Álvaro bajó del auto. Eran las seis y todavía había luz.

Tuvo un impulso desobediente de salir a caminar hasta que la noche lo encontrara perdido, pero en lugar de eso, se metió en la pensión.

2) **La dama desaparece**

Fabiana cocinaba un guiso que se olía hasta el pasillo. Canturreaba algo que venía de la radio encendida, sonaba extraño.

Álvaro prestó atención sobreponiéndose a la voz desafinada y al olor a cebollas rehogadas en aceite. Creyó reconocer a Mozart, aguzó el oído y la voz de Fabiana cacareó un coro celestial: el Réquiem. Quedó allí, con la llave en la mano, parado frente a la puerta de su habitación, con un nudo en la garganta.

Abrió la puerta, se sentó en la cama, encendió un cigarrillo con el Zippo de Alicia y nunca antes Ry Cooder le sonó tan lejano. Pensó en su película, en los dos huyendo de la Policía mientras ella protestaba por su imprevisión. Haber cargado el radiador, si sabía que venía perdiendo agua. Se odió y se negó a pensar lo que se le imponía, aunque pretendiera escapar: ahora estarían en la cabaña, tirados en una piel de oso soñada un año entero, encendiendo leños en el hogar, aunque hiciera calor, desnudos, haciendo el amor hasta quedar molidos y felices.

Miró la cámara. La noche anterior —hacía menos de un día—

había funcionado hasta apagarse sola con ellos dos como únicos protagonistas de una regular película pornográfica donde ella jugaba el papel de campesina ingenua y con los rulos goteando y él era el diablo de rojo y un poco gordo que la poseía hasta que ya no daban más. Y todo estaba grabado. Quiso ver a Alicia, de pronto tuvo miedo de olvidar su cara.

Encendió y puso el ojo en el *view finder*, vio la imagen en blanco y

negro, allí estaba la carretera, notó fallas en los ángulos, le gustaron algunos planos, confirmó la iluminación a lo John Ford. Alicia protestaba por el lugar y la falta de agua y su cara volvía a hacerse familiar, ahora él se acercaba anunciando sus intenciones de bautizar aquella aridez con el sudor propio y ajeno; mujer, había dicho, vas a someterte al rigor masculino. Y había imitado a Drácula. Un corte y se encendía el espejo en la habitación, ahora era la escena de la ducha, extrañamente silenciosa porque la cámara no reproducía bien el audio. Allí estaba ella, y aún seguía ajena a ese ojo que había espiado su cuerpo jabonoso. Luego venía otro corte, porque ahora la máquina estaba apagada y él, algún día, le iba a contar de su grabación subrepticia. Cuando salió envuelta en el toallón blanco —los ojos resplandecían después de la ducha, la piel parecía más clara, los rulos goteaban, todavía podía oler aquel perfume de recién duchada—, volvió a encender la cámara; él grababa y ahora veía lo grabado y recordaba sus comentarios jugando a la obscenidad. Alicia, en respuesta, hacía la diva que él siempre le reclamaba: ella le dedicaba todo su repertorio de mohines, guiñaba un ojo y era Marilyn tomada en un plano medio, esperando que pasara el metro para que su pollera acampanada volara al cielo, luego venía un primer plano y entornaba los mágicos párpados como Greta Garbo, incendiaba la cámara y la regocijaba con un vaporoso gesto de frenesí imitando a Rita Hayworth, ahora se sentaba y era Marlene Dietrich que arrebataba la escena cruzando sus piernas largas, perfectas e interminables mientras Álvaro cerraba el ángulo y ponía distancia para que, en una epifanía, Ingrid Bergman volviera a sufrir la despedida de Rick mientras el avión calentaba sus motores; un fundido y ahora recitaba parlamentos de *Ninotchka*, de *Casablanca*, de *Una Eva y dos Adanes*. Para el final, Alicia reía y la risa sonaba en el recuerdo. Álvaro estiraba una mano sin dejar de grabar, la mano ingresaba en la pantalla por la izquierda, ella hacía un gesto de dama antigua y acosada, retrocedía un paso, topaba de espaldas contra la pared. La mano de Álvaro tomaba el toallón y lo tiraba de lado, quedaba un resto blanco y húmedo en el suelo, a un lado de la pantalla. Ella, victoriana, pura, se cubría los pechos con los brazos y entonces la cámara bajaba hasta el vello del pubis, allí se estacionaba hasta que la mano de Alicia volvía a interponerse. Recordaba: le había ordenado abrir el arcón y ella había obedecido. Vio salir algunos trapos, húmedos y algo apolillados. Ella miró a cámara y, mientras se tapaba la nariz haciendo un gesto de asco, un pecho asomó indolente detrás de algo que tal vez fuera una blusa.

Álvaro se exacerbó y avanzó un paso hacia ella. Éste, mandó, ponete éste; y éste era el vestido de campesina. Las campesinas son sumisas,

mande patrón, dijo Alicia, la sometida, ¿quiere que me ponga ropa interior, patrón? ¡No!, bramó Álvaro con su voz de abusador de colegialas, así va a estar muy bien. Usté va a tener un encuentro con el diablo, indicó, y depositó la cámara cuidadosamente en una repisa grabando el plano en *fisheye:* se veía la cama entera, la ventana cerrada, parte del cuarto, la puerta no

llegaba a entrar en el plano. Era suficiente, la fiesta del desierto iba a quedar registrada.

Allí se metió él, sacó del arcón ese engendro diabólico al que le faltaba la corneta, se lo puso con una solidaria cara de asco, se paró de perfil a la lente y al ver la escena notó su propio bulto protuberante, listo para el juego mayor. Alicia tampoco había podido ver eso, pero pudo seguir el juego hasta el final; hasta aquel final, solamente.

El *view finder* se nubló, Álvaro retiró el ojo, apagó la cámara y se limpió las lágrimas.

Boluda de mierda, pensó, adónde te metiste, siguió diciendo callado, como su cámara sin audio, otra vez lo mismo, siempre tengo que venir a salvarte de tus quilombos, sos una ridícula, seguro que fuiste a acompañar a algún adefesio del pueblo de esos que tanto te conmueven, el idiota andaría perdido llamando a su mamá y chorreando baba, te estoy viendo la cara de sor Teresa, cómo te dolió el corazón, qué otra cosa, lo agarraste de la manito y la pusiste contra tu pecho y el mono te habrá llevado...,

¿adónde te llevó? ¿Adónde fuiste?

Por qué hacés estas cosas, qué loca estás, Alicia, me quiero ir a casa, por favor, vení.

Cerró los ojos y los volvió a abrir. Miró el reloj, ya eran cerca de las doce. Alicia no estaba y era malo salir de noche: hay peligro, le habían advertido el intendente cruel y su puntero vacilante. El olor a guiso había aflojado, pero aún se percibía. La cámara descansaba junto a su vientre, entre sus rodillas flexionadas y su pecho, el brazo izquierdo se apoyaba en ella, el derecho la sostenía sin fuerzas. Alicia no estaba, no, nunca estaba Alicia, pero era ahora que no estaba como nunca antes, en esa pensión, en ese pueblo, en esa cama, a su lado como siempre y nunca estaba y el estómago era un punzón atornillándose, un hielo febril, una llamarada de miedo y culpa: toda la irrealidad del mundo estaba allí, por encima del cinturón, arriba del ombligo. El ombligo del mundo: Alicia no estaba, era verdad, no había vueltas, se

había perdido en el desierto de la mano de un mamarracho. El gordo tenía razón, había que matarlos a todos, fantoches babeantes, monigotes dichosos con sus inmundas delicias. Ahora estarían en la cabaña del sur, sobre la piel de oso, desnudos.

3) **Un hombre que ya no cree**

Abajo estaba el Tolo. Álvaro había intentado dormir un rato y al final se había rendido.

La ventana de su cuarto daba a un baldío, no iba a seguir mirando el video, decidió bajar a fumar un cigarrillo y a mirar por la ventana del salón. El Tolo fumaba y cuando escuchó pasos, giró la cabeza.

—No puede dormir. —La brasa tomó fuerza, hubo un suspiro y se cubrió con una evanescencia de humo.

—Dormité un rato, pero ahora me desvelé. ¿Y usted?

—Yo duermo poco. Su auto va a estar listo en dos días, conseguí todos los repuestos, tuvo suerte.

—Qué suerte tengo —dijo Álvaro y encendió su cigarrillo.

La llama del Zippo alumbró por un momento el salón y vio la cara del Tolo mirándolo.

—Venga, siéntese, vea esto.

Álvaro se acercó y miró por la ventana. La avenida, igual que la noche anterior, estaba vacía y amarilla, quedaron en silencio. Un viento leve movía las copas de los árboles, más allá, la plaza era un erial y al fondo la avenida se sumergía en la negrura. Llegaba un chirrido. Álvaro miró al Tolo.

—Son las hamacas —explicó el marino mecánico.

—Qué pasa con las hamacas.

—Se mueven.

—Será el viento.

—Esto no es viento.

—¿Y los árboles?

El Tolo no contestó. Fumaba y miraba a la calle. Las copas de los árboles susurraron y el chirrido varió, se iba, volvía.

—Los mueve una brisa, pero eso no mueve las hamacas.

—Y por qué se mueven.

—¿No sabe? ¿No le dijeron nada? Raro, don, acá enseguida cuentan todo. Le hablaron de los huemules, me imagino.

—Emigraron.

—Eso dicen ellos, pero mienten. Estuvo en la casa del intendente. ¿No vio nada?

—Vi las cabezas en las paredes. No sé qué tiene eso de importante.

—Depende, ahora no hay más huemules. Apenas las cabezas que vio allá, pero antes había.

—¿Y qué les pasó? —La pregunta era una gentileza apenas.

—Éste es un pueblo aficionado a la caza.

—Y a mí qué me cuenta. Mi mujer no aparece y usted me habla de ciervos y perros.

Álvaro dio una pitada larga y enseguida otra más, tosió un poco, se rascó la cabeza y bajó la vista. Hubo un silencio.

Los dos hombres quedaron oteándose en las sombras, alumbrados por las brasas de los cigarrillos, callados mientras la madrugada se deslizaba en silencio. Las copas de los árboles siguieron susurrando.

—Tiene razón —dijo el Tolo después de un rato. Tosió y se dio vuelta a mirar la calle vacía.

Álvaro apagó el cigarrillo y se puso de pie. Cuando pisó el primer peldaño se detuvo y le habló a la sombra que fumaba:

—¿Qué pasó con los huemules?

—Desaparecieron, fue un exceso. Nunca hubo regulaciones ni temporada de caza y se fueron muriendo todos. Afuera hay jaurías de perros cimarrones, ¿sabía eso? Los tenían para cazar y cuando no hubo más huemules los dejaron sueltos, sobrevivieron igual que las fieras. Pueden ser peligrosos —dijo el Tolo, y su sombra se encogió de

hombros.

Álvaro subió dos peldaños y volvió a detenerse.

—¿Pasa mucho eso acá?

—¿Qué desaparezcan animales?

—Hablo de la gente, no me importan sus huemules.

—Deberían importarle. No, es raro que ocurra, a veces se ven algunos accidentes raros, gente tirada en la ruta, coches que volcaron en una recta.

Las hamacas rechinaron. La brisa cedió un instante y continuó luego. Hubo un gemido.

—¿Y eso?

—Ya le dije, las hamacas. Se están moviendo.

—¿No escuchó algo? Como una voz, alguien se quejó, me pareció oír.

—Puede ser. A veces se escuchan cosas. Y si uno presta atención y se fija, puede ser que vea algo también. Por eso no hay que salir.

—Mire, Tolo, no me hable de fantasmas. Alguien habrá allá afuera.

—Quién.

—No sé, uno de esos mongólicos.

—A veces salen, es verdad, pobrecitos, son como ángeles, pero ellos no entienden nada.

En ese momento sonó un estampido, claro, nítido, recortado en el silencio. Después la brisa volvió a mover las copas.

Y se oyeron chirridos.

—¿Ve lo que digo? —apuntó el Tolo—. No hay que salir.

—¿Usted nunca sale?

—Ya no. Antes creía, y también salí de noche, pero ahora no creo en nada.

—Cuénteme, por favor, usted sabe algo.

—¿De su señora? No vaya a creer en todo lo que le dicen.

Yo no sé qué pasó con ella, pero acá ocurrieron muchas cosas.

Qué sé yo si ella tiene algo que ver. ¿Usted está seguro de que vinieron acá de casualidad? Le pregunto porque su auto hubiera podido seguir lo más bien, era cosa de no escatimarle agua. Hay que ser distraído para olvidarse de eso. Y el tablero anda perfecto, así que usted tenía que haberse dado cuenta.

—¿Qué me está diciendo? Nunca en mi vida se me hubiera ocurrido venir a pasar mis vacaciones a este lugar, ni sabía que existía hasta que apareció el viejo ese de mierda, Tanco.

El auto se fundió y quedó allí donde usted lo fue a buscar.

No sé qué misterio quiere ver en eso.

—Vea, si es así, puede ser que su señora esté, no sé, en alguna parte. Mejor no pregunte más, no creo que valga la pena.

Vaya mañana al hospital y...

—Sí, ya sé, y a la comisaría, ya me lo dijeron —interrumpió Álvaro.

—... a la morgue le conviene ir —continuó recomendando el Tolo—. A la comisaría también, seguro. Son los lugares donde se busca a la gente que no aparece. Su mujer no tenía documentos, según he sabido. Nadie la podría reconocer, así que si le pasó algo y anda por ahí, a usted lo deben estar esperando. Haga eso y despreocúpese, los huemules no muerden.

Que descanse, don.

CAPÍTULO VII

CONFUTATIS

1) **Los perros cimarrones**

Comenzó por la morgue. Aprensivo, trataba de conjurar sus miedos enfrentando la peor opción de entrada. Caminó por la avenida hasta la municipalidad, preguntó y le indicaron dar la vuelta. La morgue quedaba en la misma manzana, en realidad era el mismo edificio, le explicaron, pero se entraba por una puerta trasera de roble. Decía Morgue Judicial en una chapa dorada, no podía confundirse. Los pies le pesaban y aunque seguía con sus Nike Air, tuvo la impresión de que llevaba borceguíes de plomo.

Temblaba, y tembló más cuando dio la vuelta a la esquina y vio la puerta de roble.

Morgue Judicial, decía la chapa dorada. Golpeó con una mano de bronce que colgaba a un lado, sobre el marco. Tres golpes dio temblando y esperó sin dejar de temblar.

Encendió un cigarrillo, resopló, miró alrededor, tembló y notó, en la vereda de enfrente, en diagonal, un gran portón verde de metal:

Hogar Diferencial de Niños Expósitos

Agnus Dei

Golpeó otra vez con la mano de bronce y entonces oyó una voz:

—Ya va —anunció la voz—, un momento, qué apuro habrá para entrar acá, yo no entiendo.

La puerta se abrió y apareció un hombre de edad mediana, calvo y muy delgado. Tenía puesto un delantal de algún material sintético que había sido blanco y que ahora abundaba en sangre negra y seca y en otros restos de algo que Álvaro prefirió no reconocer. Usaba guantes de goma verdes y holgados —se adecuaban más para lavar vajilla—, y en la mano izquierda tenía un escalpelo de colores inciertos en la punta y en la hoja.

—¿Qué dice? —preguntó. No parecía sorprendido, lo estaba esperando. La voz, le pareció a Álvaro, chillaba como anoche las hamacas.

—¿Nos conocemos?

—Del bar, el otro día, yo estaba allá mirando como jugaban al Truco cuando usted vino.

Se veía que estaba nervioso.

—Ya sabe a qué vengo.

—Sí, claro, yo soy el eviscerador, ese es mi trabajo, soy un científico, pero acá hago de todo, por los recortes presupuestarios, vio. No sé si voy a poder ayudarle, pero tengo un par de NN y por ahí, quién le dice, podamos aclarar un poco la situación. Yo me imagino quiénes son, pero está peluda la cosa.

Pase y le muestro.

Entraron, el calvo avanzaba y Álvaro lo seguía.

—¿Por qué está peluda la cosa?

—Están irreconocibles, es un desastre lo que les han hecho; a las dos, eh, no dejaron ni las migajas. Pero va a andar, yo soy optimista.

—¿Son mujeres?

—Sí, bastante jóvenes, entre veinte y treinta años una, seguro, la otra habría que ver. Y

por ahí andará. Pueden ser vecinas, pero como todavía no hubo denuncia, no es del todo seguro.

A veces les pasa algo en el desierto y ahí quedan. Después las traen medio comidas por las alimañas y se hace jodido saber quiénes son; yo diría que en general se las reconoce fácil, pero con estas me está costando más de la cuenta. Mire, yo conozco a todo el mundo, así que me encargo de reconocer los cuerpos, aunque no es mi trabajo, ya le dije, acá hago de todo. Y si no puedo yo, siempre viene alguien. Habrán sido los perros cimarrones, seguro, bichos peligrosos, dan trabajo a la morgue. Pero con éstas comieron como jabalíes, han roído hasta el hueso, vea, a una le falta el maxilar inferior, se lo sacaron de cuajo. Y a la otra le comieron toda la frente y un parietal está impracticable, si usted me entiende. Qué va a hacer, son gajos del oficio, dijo la mandarina.

—¿Qué cosa les pasa? —preguntó Álvaro, sintiendo que su estómago se retorcía.

—¿A quiénes?

—A... no sé, a las que quedan de noche en el desierto, los...

las muertas.

—Una goma pinchada, pongamos por caso, no saben repararla, esperan a que venga el príncipe azul a resolverles el problema y como no llega, salen a caminar. Total, las vacaciones empiezan cuando uno sale de casa, ¿no? Como el pueblo no se ve, se pierden, hay piedras por todas partes y en una de ésas pisaron mal y zas, ya está, se fracturaron un tobillo. Ahora es cuestión de tiempo, se sientan a frotarse el pie y a esperar, quizás el príncipe todavía esté en camino, ¿me entiende?

Cuando se quieren acordar ya es de noche y, como habrá notado, por estos pagos cuando oscurece, hiela, sabe, y además andan los perros cimarrones. Pero, sobre todo, amigazo, por las noches no se sale en Las Casas, me oye, nunca, nunca salimos, y menos todavía al desierto, así que a esas horas ni el papa recibe ayuda. No es tan difícil, no vaya a creer, incluso le pasa bastante a la gente de acá, aunque todos saben muy bien cómo es la milonga. Será que no aprenden, tanto tarado dando vuelta no habrá venido de un repollo. Y a los que no son del pueblo, mire lo que le digo, clavado que uno de cada cuatro se quedan

de noche y a la mañana me lo traen a la oficina; son estadísticas propias. Lo que no entiendo es por qué ahora hay más mujeres que antes, será la modernidad, se animan a todo y después pagan las consecuencias. Una mujer sin su hombre al lado no va para ninguna parte. Bueno, llegamos, es acá. ¿Ve por qué tardé en abrirle? Está lejos de la puerta y estaba trabajando.

Pasaron a una sala con las paredes revestidas de azulejos blancos. Había varios mesones de metal, algunos con cuerpos cubiertos. Álvaro los vio y se detuvo.

—Tranquilo, viejo, lo que usted busca está en la heladera —dijo el hombre calvo.

Dieron la vuelta por un corredor y entraron a una habitación amplia: al fondo había una heladera de almacén, con las puertas enchapadas en madera y el motor en el techo. Los pasos hicieron eco.

—Es lo más moderno que conseguimos, pero anda muy bien, eh, industria alemana, lo mejor de todo, acá un cuerpo me dura meses. Bueno, veamos. —El eviscerador abrió la puerta y aparecieron dos bolsas negras para residuos, una al lado de la otra, dos formas humanas sentadas espalda contra espalda; después se inclinó y comenzó a abrir una de las bolsas.

—Espere —dijo Álvaro—, un momento. Y si está Alicia, ¿qué pasa?

—No sé, viejo, se la lleva a casa, qué quiere que haga, es su mujer.

—No, yo…, escuche, así no, ¿por qué no abre usted y me dice lo que ve?

—¿No se anima?

—No. Le pido por favor. Yo no puedo.

El hombre abrió la bolsa y echó un vistazo.

—No sé qué decirle. Ésta es la morocha, ¿puede ser? Y es la de veinte y pico.

—Qué más ve.

—Habría que sacarla. —Lo estaba mirando. Álvaro insistió.

—Dígame qué más ve. Qué ropa tiene.

—Difícil saberlo, está destruida, se imagina, dos noches a la intemperie y con los perros esos, mucho no quedó. —El eviscerador manipulaba, corría, hurgaba, levantaba partes improbables.

—Qué ve, ¡la puta madre!, dígame eso nada más.

—Y ésta tiene una camiseta, podría ser, o un buzo, no sé decirle, son jirones. —Hubo una serie de roces, corrimientos, crujidos del polietileno, rasgaduras de tela.

—¿Qué color?

—Parece claro, pero esto es una mugre bárbara, vea qué asco, sangre seca, masa encefálica por todos lados. —Levantó una mano enchastrada y se la tendió a Álvaro.

—No puedo.

—Cómo que no puede. Tiene que reconocer el cuerpo.

—Yo no sé si es mi mujer. Mejor me voy y vuelvo después, no puedo hacer esto, si ella está en el hospital y yo estoy perdiendo el tiempo con usted, no, no, me voy a buscarla allá —dijo Álvaro; se dio vuelta y empezó a caminar.

—Mire que por ahí la sacamos, eh. No pierda las esperanzas, maestro, se necesita un poco de paciencia. —Álvaro se alejaba y el hombre seguía hablándole, alzaba la voz—: Es un mal momento y ya está. Hay que tener un poco de huevos, viejo, está buscando a

su hembra, qué cagón de mierda. No demore, jefe, lo voy a esperar hasta las cinco, mire que después cierro el boliche y me las tomo a morfar un asado a mi casa.

El portazo silenció al eviscerador.

2) **La turbulencia es el resultado de todo pensamiento** Pasó frente al portón verde donde se leía: *Hogar Diferencial de Niños Expósitos Agnus Dei***.** Allí estaban los mongólicos del intendente. Se detuvo un momento y sin pensar mucho, cruzó y tocó el timbre. Se oyeron voces de algarabía, ruidos guturales, un clamor patético y pueril que se elevó cuando sonó el timbre. Álvaro retrocedió, trotó hasta la esquina y se escondió detrás de un nogal. Unos segundos después se abrió el portón y asomó la cabeza de una monja cubierta por un tocado de visera larga; no se distinguía la cara. La cabeza giró, primero de derecha a izquierda y luego volvió a la derecha, pero no vio a Álvaro

detrás del nogal, en la esquina. El portón volvió a cerrarse. Algo lo decidió y encaró hacia la iglesia. Adentro rezaban; a un costado de la nave, una mujer parada detrás de un micrófono, leía con voz monocorde un salmo en latín. Los feligreses respondían amén.

No se veía al cura. Álvaro recorrió los pasillos laterales, se detuvo frente a una imagen de la Virgen, una mujer de pañuelo blanco en la cabeza rezaba de rodillas. Más allá, sobre un túmulo orlado con molduras barrocas, un sarcófago algo pomposo alojaba el cuerpo de un obispo: Jean Dupree, decía en una placa de mármol adornada con flores frescas e indicaba fechas: 17131796. *Benedictus tu eres* rezaba en letras doradas en bajorrelieve. Una mujer en silla de ruedas contemplaba el sarcófago y cuchicheaba.

Se produjo un silencio tras el último amén y hubo un murmullo: entraba el cura. Álvaro se sentó en un banco y observó al hombre: vigoroso, con gran autoridad, alto, de sotana negra, anciano y canoso, lo vio tomar el micrófono cedido con devoción por la mujer.

Sin anunciarse, alzó una palma hacia la feligresía y comenzó a hablar:

— *Confutatis maledictis* — advirtió.

El aire se había congelado. Su palma se cerró y fue un puño coronado en un dedo admonitorio.

— *Flamis acribus addictis.* —El dedo señaló al cielo primero y perforó al infierno después.

— *Voca me cum benedictis.* —Ahora abría los generosos brazos y daba paso a la esperanza.

—Amén. —Se oyó.

— *Oro supplex et acclinis.* —Prosternado y suplicante.

— *Cor contritum quasi cinis: Gere curam mei finis.* —Porque la hora había llegado y era el momento de la contrición.

—Amén. —Se oyó.

Siguió otro silencio, en el fondo de la iglesia hubo un suave rumor que resonó un momento con claridad y se acalló abruptamente; volaron algunas palomas bajo la cúpula. El sacerdote mantenía la vista fija en la gente, tensaba el suspenso, el micrófono agrandaba su respiración.

— *Offertorium* —anunció—. Oremos.

Domine Jesus Christe, Rex gloriae

Libera animas omnium fidelius defunctorum De poenis inferni et de profundo lacu.

La voz del anciano creció en vigor y severidad. Clavaba sus ojos en los ojos de la gente, parecía hablarle a uno por uno.

Arrobados, quizás temerosos de la ira del Señor encarnada en aquel padre imponente, seguían sus rezos sin distraerse: *Libera eas de ore leonis Ne absorbeat eas tartarus, ne cadant in obscurum Sed signifer sanctus Michael Repraesentet eas in lucem sanctam*

Quam olim Abrahae promisisti et semini ejus.

Calló nuevamente y volvieron a sobrevolar las palomas.

Junto a Álvaro, una mujer lloraba sin ruido, las lágrimas caían sin detenerse. La voz del hombre atronó implacable. Parecía furioso:

Hostias et preces, tibi, domine, laudis offerimus Tu suscipe pro animabus illis, quadem hodie memoriam facimus

fac eas, Domine, de morte transire ad vitam Quam olim Abrahae promisisti et semini ejus.

Luego nada, apenas su respiración algo más rápida pulsaba detrás del micrófono y hacía ecos en toda la iglesia.

—Amén —dijo un momento después.

—Amén —contestó una polifónica voz de feligreses.

—Nadie sale vivo de aquí —comenzó el cura y a Álvaro se le erizó la espalda—. No habrá salvación si no es con Jesús —advirtió—, porque es así, nadie sale vivo de aquí.

Hasta el día del juicio final los muertos no se levantarán y sólo entonces habrá clarines en el cielo y el gran pozo se abrirá para que caigan los impíos. Pero nadie sale vivo de aquí. Y todos estamos en manos de nuestro Señor Jesucristo, debemos saberlo: sólo con Él habrá salvación. Quien se aparte de su camino sembrará la discordia y caerá sin remedio. Librarnos de los pecados es nuestra única, solísima esperanza, así es de simple y puro tal como fue escrito en los santos evangelios. Debemos aceptar que Dios se manifiesta por caminos

misteriosos y que Él no tiene por qué hablar claro. Y cuando la voz de Dios habla, atruena el universo para los que bien saben escuchar.

Y he escuchado a los pecadores, a los usureros, a los fariseos que negocian frente al templo sus avariciosas mercaderías, las superfluas manifestaciones de los gozos que sólo el dinero compra. El cielo será de los humildes, ha sido dicho, y es verdad, pero cuidado, la humildad ante Dios es saber que, aunque tengamos poderes, tierras y riquezas, nada, pero nada, se Le compara, porque nada vale como Su bella e indivisa mirada. Habrá que ver quién soportará ser visto por Él cuando la hora llegue. Porque, hermanos, hijos míos, mi rebaño, Él nos creó a su imagen y semejanza y no nos hizo de otras formas. No nos hizo horribles ni traidores, no nos dio cuernos porque ésos fueron para su ángel caído, Dios lo mantenga siempre en su morada oscura. No nos dio tres ojos ni cuatro manos, no. Dios nos dio entendimiento y un lugar, en la tierra ahora, para que moremos y tengamos casa y pan, y luego allá, junto a Su trono, donde será el último y definitivo lugar. ¿"Entendimiento", he dicho? Cuidado. La turbulencia es el resultado de todo pensamiento. Es por eso que nadie sale vivo de aquí.

Porque cuando pensamos nos equivocamos, perdemos nuestro camino, quedamos a merced de las turbas, porque sólo es el pensamiento de Dios el que nos lleva a buen puerto. Él, que es todo misericordia y amor, nos enseña a pensar como es debido, nos dice la Verdad que es única y que no admite opiniones ni disensos. No hay polémica en la Palabra del Señor, sólo obediencia y contrición. ¿Quién será el soberbio que alce su voz para dudar de la palabra sagrada? Sobre él caerán las maldiciones, de él será el lugar reservado para los que pudiendo permanecer en la luz, optaron por la oscuridad.

Y para los otros, esos corderos de Dios, serán la luz y la gloria eternas.

—Amén —dijeron los corderos de Dios, y hubo un intenso silencio.

Luego el cura continuó su sermón:

—Hagámonos merecedores de Su gracia, limpiemos nuestro hogar, no permitamos la disolución de nuestros valores más puros, porque ese es el exacto e irrecuperable comienzo de todos los pecados. Hoy es un día como otros, es decir, un día excepcional, que ya no volverá. Nunca, jamás retornarán esta hora ni esta luz ni este encuentro en esta casa sagrada. Habrá otros, es verdad, pero nunca más este mismo y precioso día.

Entonces, ¿hemos cumplido con la Palabra del Señor? ¿Perderemos

esta oportunidad divina e irrepetible de estar a su lado? Siempre es tiempo de redención, pero al final del camino los pecados pesarán.

El sacerdote dio por terminado su sermón e hizo un gesto.

Entonces de a uno, respetuosos y ordenados, los feligreses fueron pasando a los confesionarios. Eso tomaría un rato y luego volverían, se arrodillarían, recibirían el cuerpo de Jesús y al cabo serían bendecidos.

Nadie sale vivo de aquí, había dicho el cura.

Álvaro se mareó y quiso tomar aire.

3) **Al servicio de la comunidad**

El sol pesaba radical sobre la plaza, iluminaba el arenero, agobiaba a los parroquianos, ahuyentaba a los transeúntes.

Un perro flaco jadeaba echado a la sombra de un árbol. Álvaro, que iba recto hacia él, de pronto lo vio y se detuvo a un metro; el perro levantó su cabeza y lo observó por un momento, pero decidió seguir con su siesta. Álvaro prefirió no acercársele y dio un rodeo por detrás de las hamacas inmóviles. Cruzó la plaza y entró a la comisaría, pegada al cine.

Se presentó al agente de guardia y preguntó por el comisario. Venía de parte del intendente, aclaró. El agente lo miró, se le notaba fastidiado por el calor, tratando de disimular, le ponía cara de interés, pero se hacía visible que estaba ante otra pavada más en un día pesado como aquél. Lo hizo esperar un momento y se metió en una oficina al fondo. Cuando abrió la puerta, Álvaro alcanzó a divisar la figura del comisario. Oyó comentarios, preguntas, le pareció que hubo una palabra de fastidio y, al rato, volvió a abrirse la puerta.

El comisario, como era de esperar, era obeso, aunque menos que el intendente. Estaba sentado detrás de su escritorio, sudaba y resoplaba. Un ventilador de acero soplaba de costado, le sacudía los papeles que sostenía con un cenicero de vidrio.

—¿Qué desea? —preguntó el comisario, que tenía sobre el escritorio un cartelito que decía: *Crio. Inspector Jorge Ayala.*

—No sé si usted está al tanto de mi situación. Habrá oído que soy…, somos turistas, en fin…s¿sabe de qué hablo?

—Usted no encuentra a su mujer, según supe hoy. ¿Cuándo desapareció?

—No sé si desapareció, podría ser que estuviera perdida y quizás tenga amnesia, no sé…algo, un golpe en la cabeza. Ella es muy despistada y si no está conmigo, se pierde fácil. Esto pasó ayer por la mañana, bah, ayer me desperté y ya no estaba, debe haberle ocurrido algo durante la noche, o al amanecer, no sabría decirle, yo no escuché nada, estaba muy cansado y dormí como un tronco.

—Bien, ya entiendo. Como comprenderá, necesito hacerle algunas preguntas, podría ser molesto, pero no tengo alternativa.

¿De acuerdo? Dígame, caballero, ¿ella es de hacer estas cosas?

¿Sabe irse de casa y volver, digamos, tarde? ¿Me entiende?, le pregunto si es una chica, en fin… liberal, de hábitos individualistas, ¿se da cuenta? Ustedes son porteños, allá las costumbres son distintas.

—No —contestó Álvaro, sintiendo que la rabia le encendía la cara.

—Hmm. Entiendo, usted le tiene toda la confianza. Mire que a las mujeres no hay que sacarles el ojo de encima, se lo digo porque conozco el tema. ¿Usted sabe que a dos kilómetros de acá, yendo por la ruta de atrás, hay otro hotel? Y es mejor que La Gaviota, le puedo decir. Allí van, de mañana, eh, las amas de casa con la bolsita del mercado debajo del brazo. Y no con el marido, si me sigue. Y eso por no mencionar las colegialas que llegan con el uniforme puesto y todo.

Hay cada putita acá que ni le cuento. Los padres se van a trabajar lo más tranquilos, total, sus hijas están estudiando. No es ningún delito, nosotros sabemos esto porque somos policías, pero esas cosas rara vez trascienden. Claro, hay una arboleda en la entrada que cubre a cualquiera, es más discreto.

La Gaviota está frente a medio pueblo, es un lugar que no le conviene si lo que quiere es un poco de intimidad.

—Mi mujer no hace esas cosas —contestó Álvaro, controlando el tono de voz. Miraba al comisario, que sudaba, y sentía que estaba por saltarle al cuello.

—Ahá —dijo Ayala. Se quedó pensativo, a él también se le notaba que la historia de Álvaro le importaba un rábano. Tamborileó en el escritorio, sudó un rato, el ventilador sacudió los papeles, que no cedieron gracias al cenicero de vidrio y, finalmente, preguntó—: Y

dígame, con confianza, ¿ella toma alguna droga? Podría ser que estuviera en esa y...

Álvaro explotó:

—Dígame, yo vengo a buscar ayuda y usted me quiere convencer de que mi mujer es la única responsable de esto, que si es una puta o una drogadicta, ¿qué mierda busca? ¿Me va a ayudar o va a seguir con estas pelotudeces?

—Pelotudeces, dice usted. —Los ojos de Ayala, si cabía, se enfriaron más aún—. Yo lamento darle tan mala impresión, pero usted debe saber que nuestro trabajo es así. Yo no puedo destacar hombres a investigar por algo que quizás no necesite ser investigado.

Acá en Las Casas nadie se pierde, si ella no está será por algún motivo y yo no veo por qué ese motivo no puede ser alguno de los que le menciono, que habitualmente suelen ser la mayoría de los casos.

—Porque —Álvaro pensó lo que iba a decir y siguió hablando—, porque ni mi mujer ni yo vivimos en Las Casas. Y su casuística me tiene sin cuidado, yo sé con quién vivo y de lo que es capaz de hacer. Si esto es todo lo que se puede esperar de la Policía, dígamelo ahora y me voy a buscar ayuda a otro lado.

—De todas formas, faltan algunos pasos antes de declararla formalmente desaparecida.

Uno es el hospital y otro la denuncia. Cuando todo esté en regla vamos buscarla, no hay tanto por hurgar. Salimos en comisión y con perros, y si es necesario, la gente del pueblo siempre pone el hombro. No le puedo prometer resultados, como se dará cuenta y, para serle franco, no estoy tan seguro de que me haya contestado a lo que le pregunté. Las mujeres saben dar sorpresas al más pintado. Y si no aparece, quién sabe, puede ser que se haya metido en donde no debía, esto no es el cielo. Y la Policía hace lo que puede, con los recortes presupuestarios no tengo ni para un aire acondicionado, así que fíjese.

El comisario Ayala sacó un pañuelo y se secó la frente, suspiró y se sirvió un vaso de agua. Cuando se lo llevaba a la boca, alzó los ojos hacia Álvaro y le convidó. Álvaro rechazó con la cabeza y esperó a que terminara de beber.

—Mientras tanto —continuó el comisario, le chorreaba agua de la comisura de la boca, le mojaba los mofletes, donde crecía una barba de varios días—, vaya al hospital y pregunte por el director, que es

amigo mío. Si tuvo un accidente es mejor que empiece por ese lado. —Se secó la boca con la mano; tenía los dedos gruesos y las uñas sucias—.

Pero antes hable con el escribiente que le va a tomar la denuncia. Le advierto que si hace esa denuncia y por algún motivo usted debe volver a su casa, cada vez que se lo requieran va a tener que comparecer ante el juez aquí mismo, no importa su lugar de residencia —resopló—, así que le convendría ver a un abogado.

4) **Vea a la mujer con cabeza**

Se sentó en un banco de la plaza y trató de pensar. Se estaba metiendo en un barullo burocrático, no había venido a buscar trámites ni gordos con uñas sucias y ahora tenía que conseguir un abogado. Miró la tarjeta que el comisario le había extendido: Dr.

Abelardo Noseda Martínez, penalista, decía, y había un número de teléfono. El escribiente le había tomado la denuncia con su inmutable cara de desinterés, pero había tenido un inesperado acto de simpatía sobre el final: le había recomendado que viera a ese abogado, dijo con gesto de cumplir siempre con la ley, porque era el mejor y también el único, si no consideraba a un tal Laureano Casero, un viejo fullero y drogadicto que lo único que hacía era enredar a la gente y sacarles el dinero. Además ya estaba casi retirado, así que Noseda Martínez era la mejor opción. De modo que salió de la comisaría, encendió un cigarrillo y cruzó a la plaza a sentarse en un banco y pensar.

Un hombre viejo se sentó a su lado. Olía mal y su aspecto no parecía adecuado para aquel clima: un piloto sucio, un ambo marrón y arrugado, medias blancas, zapatos abotinados sin lustrar, el pelo revuelto, la camisa de varios días, una corbata mal anudada. Apoyó un maletín escolar entre ambos, estiró las piernas y se quedó mirando hacia al vacío. Álvaro se corrió.

—Usted me busca —dijo el viejo de golpe.

—¿Perdón?

—No vea a Noseda, le va a ir peor. Él es parte del asunto, usted me está buscando a mí.

—¿Quién es usted?

—Doctor Laureano Casero, abogado, fullero y drogadicto, como ya le habrán comentado los severos guardianes de la ley, es un alivio tener

una Policía como ésta.

—Seguía mirando hacia adelante—. Y no se moleste en ir al hospital, ya anduve por ahí y no hay nada. ¿Tiene un cigarrillo? —Álvaro le extendió la cajita y después le dio fuego—. ¿Por qué salió esa noche su mujer?

—No sé, no me di cuenta de nada. Si en el bar la vieron cuando bajó a desayunar, ¿de dónde saca que salió de noche?

—A los del bar no les creo nada, conviene pensar al revés de lo que dicen. Ella no estaba en la pieza y de día es difícil que le pase algo. Ocurre, pero no es lo habitual. Así que a menos que usted tenga alguna idea excepcional, yo no veo muchas posibilidades.

—Habría bajado a fumar un cigarrillo, a ella no le gustaba fumar en la habitación

—supuso Álvaro, tanto como para seguir la idea del viejo.

—No le gusta —le reconvino el abogado—, no la mate todavía. Bien, ella salió de la habitación y bajó a fumar un cigarrillo. ¿Puede ser que haya salido a la calle?

—Hacía frío, no creo que ella...

—¿Y si vio algo y se metió donde no debía? —lo interrumpió Casero.

—Podría ser, eso me preguntó el comisario, y la verdad es que ella es de hacer esas cosas, es medio justiciera, siempre se mete en lo que no le importa. ¿Y qué pudo haber visto?

—Ahí me va gustando, así que justiciera, ¿ve? Apenas nos conocemos y ya avanzamos algo. Mire —Casero le entregó con disimulo una tarjeta—, mejor llámeme a este número y la seguimos, no es bueno para la salud que sigamos hablando acá.

—¿Le afecta el calor? Vamos al bar de enfrente, puedo pagarle una cerveza, vamos a estar más frescos —ofreció Álvaro.

El abogado lo miró.

—No sea idiota, llámeme a ese número, hoy a las cinco.

Y vaya al Agnus Dei, pregunte por sor Aurora, ella tiene cabeza, je, algo le va a aclarar.

Yo me voy y en cinco minutos se va usted —indicó Casero y se levantó, salió caminando despacio. Rengueaba. Un zapato tenía un realce para nivelar.

5) **La algarabía de los simples de espíritu** A los cinco minutos, Álvaro salió en dirección al Hogar, dio la vuelta a la manzana y volvió a tocar el timbre. Esta vez esperó a que abrieran mientras volvían a sonar los mismos espeluznantes gritos de alegría.

Apareció una monja que quizás fuera la misma de antes, con el mismo tocado de visera larga que impedía distinguir su rostro. Se presentó invocando el nombre de Casero y preguntó por sor Aurora. Lo hicieron aguardar fuera un momento. Mientras esperaba, vio pasar al comisario en un patrullero, cruzó la bocacalle y siguió derecho.

Se inquietó, aunque le parecía que no lo había visto. Miró su reloj: eran las doce. Tenía la sensación de que hacía más tiempo que andaba tocando timbres. Se abrió la puerta y la monja lo hizo pasar.

—La madre Aurora lo va a recibir. Sígame —le indicó, y se puso a caminar delante de él, la cabeza gacha, el paso nervioso.

Recorrieron pasillos escuchando voces extraordinarias que bufaban tras las puertas; al fin salieron a un patio amplio adonde daban las habitaciones. Álvaro vislumbró sombras detrás de los vidrios sucios, figuras multicolores, extrañas caras ávidas y rientes se empujaban por ver al visitante. La monja seguía caminando sin aflojar el ritmo. Llegaron a una escalera y subieron tres pisos. En el tercero ingresaron a una gran sala con las paredes cubiertas de imágenes religiosas. Un Jesús de ojos penetrantes los detectó desde un cuadro apenas ingresaron y no les sacó la vista de encima hasta que salieron de su campo visual. Más allá, San Jorge mataba al dragón, luego María amamantaba al niño y Ana velaba por ambos. Un gran mural a la derecha advertía los destinos de las almas en el infierno: horrendos dolores, llamas eternas, castigos atroces caían sobre los pecadores mientras la monja de visera ancha redoblaba sus energías y quería alejarse de Álvaro, que se demoraba mirando las imágenes. Le parecieron algo toscas, faltas de profundidad, pintadas por algún aficionado. Notó caras conocidas: el Che, Fidel Castro, Mao, mezclados con rostros anónimos, todos padecían acosados por demonios patéticos de tan horrendos: tenían largos y ortodoxos cuernos, inevitables patas de cabra, babeaban profusamente y reían con bocas de dientes desmesurados, sus ojos achinados y bizcos miraban extraviados, los cráneos eran demasiado chicos o demasiado grandes, algunos cargaban gibas, todos traían risas torcidas y lenguas colgantes

y soltaban lamentables ventosidades en las caras de los comunistas célebres mientras les desgarraban el vientre con sus tridentes. Atrás —alto y poderoso—, Satanás, un buda más bien lunático, amo y señor de los destinos de los descarriados, aprobaba con gesto fiero y vientre voluminoso.

Llegaron a una gran puerta doble y la monja se detuvo. Golpeó con un breve puño que asomó de su manga gris y sin esperar respuesta, abrió. Ingresaron a un despacho grande, mal iluminado, vacío, le pareció.

La monja le señaló una silla y se retiró callada. Álvaro se sentó, no supo si estaba solo, quiso ver, pero la falta de luz lo confundía, cuando se acostumbró a la penumbra pudo distinguir detalles. Cerca del cortinado, una mujer sentada lo observaba en silencio: era una figura rara, iba notando, su forma no guardaba proporción, la veía chica, sólo se movía su espectral cabeza, enmarcada por el tocado blanco. Un rostro apenas, y ningún movimiento, y lo estaba observando. Álvaro esperó, tragó saliva. La mujer sentada era *casi* una cabeza y, a medida que se aclaraba su mirada, parecía crecer en su extraño sillón de ruedas. Era en verdad algo más, pero no mucho: un levísimo cuerpo de muñeca vieja, una menudencia que culminaba a los lados en dos manos desmesuradamente pequeñas, en un torso similar a una urraca, en invisibles piernas que naufragaban debajo de los innecesarios hábitos. Inmóvil para siempre y suspendida de un artefacto ortopédico que la sostenía desde el cuello, sor Aurora parecía esperar a que Álvaro asimilara la novedad.

—Buenas tardes —dijo la cabeza—. ¿En qué puedo serle útil?

—No sé por qué estoy aquí, señora, el abogado...

—Preferiría que me llamara Madre, si no le es incómodo; es el modo en que se dirigen a mí casi desde que tengo memoria.

—Perdón, claro, Madre. Casero, así se llama el abogado, ¿no es verdad? Él parece valorar su juicio, me indicó que viniera a preguntarle por mi esposa, quizás usted ya sepa que no aparece desde ayer, todo el mundo lo sabe acá. El mismo Casero está enterado, pero a él apenas lo conozco. No quisiera hacerle perder su tiempo, pero me estoy desesperando y hasta ahora él me pareció la única persona amistosa de este lugar

—comenzó diciendo Álvaro. La mujer permaneció atenta y él no se detuvo—: Ella, su nombre es Alicia, durmió conmigo anteanoche y no sé qué sucedió, pero cuando desperté ya no estaba. No sé nada de ella,

estoy asustado y solo. Casero cree que Alicia debe haber salido a la madrugada, y que tal vez vio algo que no debía ver, pero no avanza mucho más. También dice que usted sabe cosas, no me explicó a qué se refería porque se fue de golpe, parecía asustado. Ya hablé con el intendente y con el comisario, pero ellos prefirieron suponer que ella se fue sola o que andaba en cosas raras. Mi mujer nunca haría una cosa así, ni consume drogas... No entiendo cómo desaparece una persona y se lo toman con tan poco interés. También fui a la morgue judicial, pero no pude mirar los cadáveres, entonces pensé que el cura podría serme de ayuda, pero hoy

dio un sermón que me pareció... de otra época. Nadie sale vivo de aquí, dijo eso, cómo va a hablar de ese modo, me puso los pelos de punta, así que salí de la iglesia sin preguntar nada. Casero descartó el hospital, él mismo averiguó y dice que allí no estuvo. La Policía me advirtió de que no confiara en él, pero ellos tampoco me parecieron demasiado fiables. Ya no sé adónde ir, Madre.

—Me sorprende de Casero. Su mujer podría haber estado en el hospital y no por eso se lo iban a contar a él, con la reputación que tiene. Dicen que todo se sabe en un pueblo chico, pero esto es un monasterio cerrado y es poco lo que llega aquí.

Que usted haya entrado se debe sólo a Casero; pese a ser un hombre de vida, diría yo, algo disoluta, igual es bien recibido, de modo que me interesó su visita. El timbre suena poco en este lugar. Curiosamente sonó dos veces esta mañana. No sabemos nada de su mujer. —Álvaro escuchó y se incorporó para retirarse—. Espere, no se vaya todavía, usted sabe de mí más de lo que yo sé de usted, aún no me dijo su nombre.

—Tiene razón, discúlpeme. Me llamo Álvaro...

—El nombre es suficiente —lo interrumpió sor Aurora—, guarde el apellido para sus hijos, Álvaro. No sé qué es lo que pudo haberle ocurrido a ella, aquí nos ocupamos de los niños diferenciales. ¿No vio a ninguno desde que llegó?

—También me lo preguntaron. No me fijé bien, vi alguna gente... distinta, el intendente, sin ir más lejos.

—Dupree.

—¿Qué?

—Su apellido es Dupree, de origen francés.

—Dupree... me suena, no recuerdo de dónde; él no se presentó, pero habló de sus ancestros, parece que viene de varias generaciones en el pueblo; eso dijo Romano.

—Romano, cuídese de ese hombre, tanto arrepentimiento es sospechoso.

—¿De qué habla?

—Es un juego ambiguo que suelta la lengua a los ingenuos.

Es posible que sienta remordimientos, pero sigue al lado de Dupree, de modo que conviene ser discreto frente a ese hombre. Lo conozco desde que era monaguillo. Verá usted, mi mundo ha sido siempre la iglesia. Como ya notó, estoy sentada e inmóvil, nací de este modo y eso será así hasta el final.

No controlo casi nada de mi cuerpo, lo único que se mueve lo hace en forma autónoma.

Mi corazón no pide permiso para latir y lo mismo mi respiración, con eso alcanza —sor Aurora se detuvo, suspiró y continuó hablando—: No es que crea que mi historia personal le vaya a interesar, pero supongo que he visto cosas que podrían orientarlo. Lo único que tengo es mi pensamiento, y es lo que pude hacer a lo largo de mi vida.

Tengo cinco títulos universitarios que no voy a enumerar para no ser engorrosa, soy teóloga también y hablo trece idiomas, que incluyen algunos dialectos indígenas, gustos que una puede darse cuando no tiene otra cosa que hacer. Será por eso que dirijo este lugar. Es por recomendación papal, le cuento, lo que me llena de orgullo. El Señor sabrá por qué me dio este destino. Y lo único que me importa es cuidar de mis chicos del mejor modo posible. Pero a veces no me dejan, no siempre es posible cumplir con una misión tan elemental. Le voy a contar un cuentito y espero que lo sepa valorar, es una tradición de este pueblo, de eso no es sencillo salir, las tradiciones comienzan desde la fundación y se mantienen contra toda lógica de modernidad. Ese apellido, Dupree, tiene muchas generaciones en Los Huemules, más de lo que sabe Romano. Una familia extraña. El primer Dupree, llamado Jean, llegó aquí de Basilea cuando no había más que unas pocas casas, y podría ser que por eso desde entonces le digan así al pueblo, no sé si eso es algo familiar o un peculiar modo de olvido. Un tipo extravagante, que se dedicaba a la Demonología. Un chiflado, para mi gusto, pero en aquella época, le hablo de 1760, año más o menos, las cosas no eran como ahora. Todavía estaba el Santo Oficio

de la Inquisición, y eso agrega datos importantes. Igual yo creo que estaba loco de remate. Escribió un libro, *De Verum Naturae* es el nombre corto, en la biblioteca de la iglesia queda el ejemplar, un incunable, como se da cuenta, y no porque sea un gran libro.

El tal Dupree había calculado el número de demonios que habitaban el infierno, aunque es un misterio su fuente. Él dijo haber sabido todo aquello por haberle sido revelado, en fin, parece que en esa época los ángeles descendían más que en la actualidad y tomaban de interlocutores a algunos personajes que accedían al mundo del cielo y del infierno por medio de visiones, y por eso se volvían célebres y poderosos. Dupree relató aquello de un modo algo exaltado, creo yo, quizás porque sus visiones no lo volvieron a abandonar, y sembró su simiente: ángeles caídos, monstruosos, conviviendo con las criaturas de Dios, cruzándoseles a diario por las calles, en sus habitaciones, en sus rezos y sus intimidades, dañándolos, robándoles el alma, porque la presencia de aquellos

espantos era una manifestación de que Satanás no se resignaba. Usted sabe que Satanás se muestra de muchos modos, su forma favorita es el engaño, adora venir con cara de ángel, porque sufre de nostalgia, y por debajo esconde su verdadera piel.

Lo demoníaco, dice Dupree, es mostrar un rostro desagradable y generar piedad, amar lo espantoso, creyéndolo parte de Dios. Y los hombres no veían la verdad de aquellos horrendos rostros por una suerte de ceguera de la que había que curarlos. Él se curó y escribió el remedio. Lo he leído con mucho interés, sabe, esos demonios encierran algo atractivo, son como de la familia, puedo darle la cifra exacta: son 7 príncipes más 7.405.926 diablos, divididos en 1111 legiones de 6666 abortos del infierno. Haga el cálculo, es sencillo. Dupree nombra a los diablos como si él hubiera estado allá abajo, cenando con Asmodeo; los describe con una precisión notable: cuatro brazos tiene Ganga Gramma; incontables llagas revisten el cuerpo de Eurinomo, príncipe de la muerte; tres cuernos con dos caras, una de ellas en el traste, y orejas de zorro tiene Leonardo, gran maestre de las orgías; y al gran duque Astaroth, tesorero del infierno, se lo reconoce por su hedor insoportable. Las descripciones continúan en esa tónica y se vuelven algo reiterativas para un tratado de casi mil páginas. Dupree era sacerdote, pero dejó una progenie, son cosas que ocurren.

El padre Dupree, a quien usted conoció esta mañana, es uno de sus descendientes. El intendente es su hermano. Pero Dios tiene recorridos misteriosos, hay un hijo, aquí mismo, en mi Hogar. Lo pretenden hijo del intendente, pero, tal vez a esto se refería Casero, aquí sabemos

cosas que nadie debería saber.

No es un favor para usted enterarse de esto, podría ser peligroso, pero supongo que usted lo necesita.

—No sé qué tiene que ver esta historia con mi mujer.

—Podría ser que nada, pero francamente, lo dudo. ¿Continúo?

—Dígame.

—El hijo es del padre Dupree, nada sorprendente si se piensa en su tatarabuelo, pero, ya lo sabemos, un sacerdote es libre de mover hilos en los que se juegan las vidas de sus fieles, pero no de engendrar hijos y dejar que pastoreen por allí. Así es que a este hijo le dio el respaldo de todo su poder, lo protege, pero no lo acepta en público, lo que significa que todos lo saben, aunque eso no es razón para que se sepa tanto, si me sigue el razonamiento. Éste hijo es un famoso secreto.

Todos saben que existe, lo han visto en fotos, la mayoría, y personalmente los más allegados, todos sin excepción saben que el chico está aquí y que el verdadero padre nunca viene por él. El intendente decidió responder por eso, lo inscribió como propio, aunque sacándolo de circulación. Y ocurre que esos monstruos, como les dicen alegremente en el pueblo, cargan con una historia negra que viene del primer Dupree.

Fueron tan vívidas sus descripciones, tanto machacó en sus misas con las horrendas figuras de los demonios, que ya se puede imaginar el destino de cuanto hijo malformado apareció en este pueblo.

—Sigo sin entender la relación con mi mujer. ¿Qué ocurrió?

Los esconderían, supongo, ése será el origen de este Hogar.

—Los cazaban. —Sor Aurora hizo una pausa y Álvaro levantó lo ojos—. Dupree venía de Europa, había participado en los tribunales del Santo Oficio y aquí fundó su propio pueblo, su rebaño, decía él. Desde el día en que tuvo sus primeros feligreses, les habló de sus experiencias, así las describía, como experiencias, no decía que eran visiones celestiales, sino que contaba eventos a los que él decía haber asistido en persona: tanto las de la Inquisición como las infernales, él no hacía distinciones, había estado en los dos lugares, así que, entonces, para qué aclarar el sentido de alguna metáfora, si es que la había. Tal vez fuera sincero y para él no hubiera diferencias, o, digamos, teológicamente podría defenderse esta tesis: es imposible

establecer diferencia entre lo que ve el ojo del hombre —y sólo se ve lo que Dios indica— y lo que el mismo ojo de Dios ve y le informa al místico. Así, por ejemplo, ¿qué población existe en el infierno, cómo son, cuáles son sus funciones, las jerarquías, la cadena de mandos? Habrá sido, supongo yo, como una especie de censo divino sobre toda la creación, una rendición de cuentas al inquisidor que redobló su vigor en la lucha contra lo que no fuera cristiano, que era lo demoníaco; aquello que está fuera de Dios es solo el demonio. El efecto que produjo en la gente fue fenomenal, desató una paranoia que en aquellos años era menos descabellada de lo que suena ahora, aunque supongo que eso puede suceder en cualquier momento y en cualquier lugar. Caza de brujas se le llama, le será familiar el nombre. Los primeros casos fueron feroces, al comienzo actuaba la guardia sola, pero después se sumó la misma gente del pueblo. Si los demonios eran esas figuras que sobrecogían de horror a las almas sensibles de la época y si, además, se presentaban como los seres indefensos que eran, eso sólo se explicaba por las mismas argucias de Satanás. Usted conocerá las ordalías, se encadenaba a la acusada de bruja y se la arrojaba al agua: si flotaba era la confirmación de que era cierta la acusación y entonces la mandaban a la hoguera, si se ahogaba quedaba demostrada su inocencia y su alma se

salvaba. Esa misma lógica imperó entonces, ellos se organizaron, entraron a las casas, sacaron a los deformes arrastrándolos de los cabellos, incluso si eran recién nacidos.

Nadie debía escapar de la hoguera. Una pequeña cruzada pueblerina. Y por supuesto arrasaban las casas, se alzaban con todo lo que podían; aquello era una guerra y ellos lo tomaban como un merecido botín. Héroes de Dios, se hacían llamar. Guerreros de Dios, era otro modo de nominarse. Muchas fortunas tradicionales se erigieron de ese modo.

El propio Dupree lideró innumerables tropelías de esa misma calaña.

Usted puede ver su sarcófago en la iglesia. *Benedictus tu eres,* es lo que dice la placa, una injusticia teológica, un verdadero error cósmico, bendecir a ese monstruo. Esas cosas sientan raíces, dejan marcas que trascienden la historia. Tengo sed. ¿Sería tan amable de acercarme esa taza?

Álvaro le puso la bombilla en la boca y la monja bebió. Se produjo un silencio, sor Aurora estaba agitada.

—¿Esto no ocurre más? —tanteó Álvaro vislumbrando una conexión.

—Este pueblo parece estar maldito, nace gente malformada.

No sé si eso tiene alguna explicación, parece una revancha del destino, cuantos más mataron, más nacieron. Usted puede verlo, yo no logré ser la excepción y, sin embargo, aquí me tiene, nunca me pasó nada. Pero a veces ocurren cosas, no faltan los que creen que aquella guerra no terminó. Dupree es un nombre venerado aquí y si se supiera de lo que estamos hablando, no es seguro que yo terminara del todo bien, aunque me respalde el mismo papa.

—¿Quiénes hacen eso?

—Los poderosos, claro. No es tan distinto de aquella época.

—Pero usted me está hablando de política pueblerina. Y con todo respeto, madre, no es por subestimar, pero me suena un poco fantástico. ¿Quién va a creer hoy esas supercherías? Su hogar es la mejor prueba de que hoy se tolera lo que antes era demonizado.

Se produjo un breve silencio y lo que siguió fue un estallido contenido.

—Usted me está subestimando —bramó la monja—, y cree que la gente piensa igual en todas partes. En Los Huemules usted puede encontrarse con que el mismo que se

conecta a Internet sale a la calle y es capaz de patear a un mongólico porque se le cruzó por delante. Y ese santo varón no tiene dudas de que acaba de hacer un bien a la humanidad. Mire, no sé por qué nace tanta gente malformada, realmente no se explica, tal vez la sangre esté irremediablemente enferma, Dios lo sabe.

En este pueblo suceden cosas terribles. Han llegado a secuestrarme pupilos para cazarlos por la noche. Y no es algo que sepa porque me informan, ellos se ocupan de mantenerme al margen.

—¿Qué me está diciendo, madre? —preguntó Álvaro, azorado.

—Los cazan como a huemules, eso le estoy diciendo, con escopetas, con pistolas.

Después los dejan en el desierto y allí quedan, vivos o muertos, a la buena de Dios y de los perros cimarrones. Nadie hace preguntas, y esto continúa. Es una tradición, como tantas, que empieza de un modo y se eterniza de otro. Nadie se come literalmente el cuerpo de Cristo, pero la idea resulta bastante caníbal, si lo piensa por un momento.

No tengo modo de detener esas brutalidades, ni tampoco puedo evitar que desde este lugar les entreguen sus presas, no sé quién o quiénes lo hacen, aquí trabajan muchas monjas.

¿Usted no me cree? Yo no tengo motivos para inventar esto.

Estoy aquí, postrada para siempre. ¿Entiende? Yo soy sólo una cabeza y de eso trabajo.

Administro el hogar con la ayuda de mi secretaria, puedo dar clases magistrales de filosofía presocrática, domino el latín y el griego antiguo, el hebreo me parece una lengua materna, recito poemas en arameo y estaría en buenas condiciones de leer la piedra Roseta, pero el culo me lo limpia la monjita de turno. ¿Queda claro? Y ya hablé demasiado por ser usted alguien desconocido. Por favor, presione ese botón y vendrán a buscarlo.

CAPÍTULO VIII

LACRIMOSA

El estómago era una roca mientras caminaba bajo el sol, de la roca brotaban temblores que serpenteaban por su espalda y se extendían a los brazos. Era difícil respirar sintiendo que la espalda se sacudía sola. Algunos autos pasaban como hornos abrumados por el calor y la sequedad del ambiente, se alejaban rateando por la avenida.

En la esquina del Hogar estaban Ayala y Romano, cuchicheando. Cuando vieron a Álvaro, callaron, Romano giró un momento hacia él y después continuó charlando con el comisario. Álvaro siguió en dirección hacia la pensión, atravesó la plaza, el perro siguió dormitando a la sombra, los parroquianos, que aún bebían ginebra, lo miraron pasar.

Dobló en diagonal, Tanco pasaba en bicicleta y Álvaro creyó que se iba a detener cuando se cruzaron, pero el hombre desvió la vista y siguió pedaleando.

Cruzó la avenida, caminó dos cuadras y en una calle lateral reconoció la cola de su cupé asomando del taller del Tolo. El auto estaba desarmado y por abajo asomaban las piernas del mecánico, que tarareaba un tango. Álvaro entró al taller.

—¿Quién está? —preguntó el Tolo sin dejar de trabajar.

—Álvaro, vine a buscar algunas cosas. ¿Tiene para mucho con esto?

El Tolo se apoyaba en un carrito de rulemanes. De un envión se corrió hacia fuera.

—Qué dice Álvaro, mañana va a estar listo. —Álvaro abrió el baúl y se puso a revisar sus bolsos—. ¿Hubo novedades?

—No. Hablé con todos, me parece, y acá me tiene. Hasta con la madre Aurora hablé, la del cotolengo.

—¿Usted habló con ella? —La sorpresa del Tolo no denotaba mucho más, pero la pregunta inquietó a Álvaro.

—¿Hice algo malo?

—No, bah, nunca se sabe. —El Tolo comenzó a incorporarse, tenía una llave en la mano derecha y grasa en la cara—.

Mire, Álvaro, esto no me gusta, me parece que está haciendo demasiadas preguntas, no sé dónde le van a llevar. Sinceramente, le recomendaría que salga del pueblo. Yo le puedo dar una mano, le presto mi camioneta y usted se va a Arizmendi, eso está a cien kilómetros al sur, se instala allí y espera. Yo mañana me corro con su auto hasta allá, se lo entrego y se vuelve a su casa. Cuando esté lejos va a poder hacer mejor las cosas que acá, solo y sin idea de lo que es esto.

Álvaro lo miró con odio.

—¿Usted me vio cara de cagón? ¿Se cree que me voy a ir tan tranquilo sin tener noticias de mi mujer? No, mire, lo que voy a hacer es ponerme muy pesado, voy a romper las pelotas hasta que me den una respuesta coherente. No puede ser que nadie sepa nada, yo no entiendo qué mierda pasa en este lugar ni me interesa saberlo, pero no me voy a rendir tan fácil.

—Tenía un bolso en la mano y lo zamarreaba delante de los ojos del Tolo, que ya se había puesto de pie—. ¿Hay teléfono en la pensión?

—¿A quién va a llamar?

—Qué le importa. ¿Me lo va a prestar?

—Hable con mi señora —contestó el Tolo, y se metió debajo del auto.

Álvaro salió y caminó hasta la pensión. Cuando llegó vio al patrullero que arrancaba y doblaba la esquina, manejaba el escribiente. Entró y no había olor a guiso, llamó, pero Fabiana no contestó. A lo lejos ladró un perro. Buscó el teléfono, pero tenía un candado, miró la hora: faltaba un buen rato para las cinco.

Entró a su habitación y supo que alguien había estado allí.

El escribiente acababa de doblar la esquina. No faltaba nada, no habían revuelto sus cosas, todo parecía en orden, pero alguien había entrado y no había sido Fabiana. La cámara de video estaba en una posición distinta, sobre la cama, como él la había dejado, dentro del estuche como siempre la dejaba, pero el estuche estaba sin trabar, cosa que él nunca hacía. La encendió: habían estado mirando; allí estaban los dos haciendo el amor, el disfraz de diablo había caído junto a la ropa de campesina. Algo, una sombra, una vaga alusión a una idea, se insinuó primero y goteó lento después, el goteo se acumuló, la respiración aceleró su marcha y Álvaro quiso ver más. Audio, necesitaba el audio, quería ver todo, entender todo. La noche

que habían pasado en La Gaviota la cámara había grabado sin detenerse hasta que se le había acabado la cinta. Salió de la

habitación, llamó a Fabiana y no hubo respuesta. Buscó el televisor del living, pensó en poner la cinta en la videocasetera, pero no se animó, entonces entró en la habitación matrimonial y allí encontró un televisor chico. Lo llevó a su habitación, conectó la cámara y miró.

Hacían el amor, Alicia lo cabalgaba y giraban, él cabalgaba a Alicia y volvían a girar, ahora él se ponía de pie y exhibía a la cámara el poder de su virilidad, ella lo abucheaba.

Rieron.

Rebobinó. La risa se replicó. A Álvaro le sorprendió volver a escuchar la voz de su mujer, recordó que conocía de memoria esa risa, que el timbre era inconfundible cuando el tono iba del erotismo más extravagante a la sensualidad más ingenua.

Recordó su erección y tuvo una erección y entonces su cuerpo recordó la humedad que había emanado aquella noche de entre las piernas de Alicia. Recordó más. Recordó un gemido entre incontables gemidos, bronco y confiado, tan familiar, allí estaba Alicia, cariñosa tras el final, él se iba quedando dormido, ella protestaba, dale Álvaro, un ratito más, le besaba la oreja, le soplaba en la nariz, Álvaro manoteaba para espantar al mosquito, ella se acomodaba los rulos, que volvían a caerle sobre la cara de sueño, le lamía el cuello, le hablaba, Álvaro, no seas malo, dame un besito, él bufaba, ella volvía a reírse, le hacía cosquillas con el pelo, él se daba vuelta, ella se sentaba frente a la cámara, Álvaro veía sus pechos grabados en la cinta y odiaba al escribiente porque Alicia estaba desvelada y él dormía y ahora Alicia había desaparecido y él comenzaba a despertar y se le caían las lágrimas viéndose dormir. La cámara insistía desde hacía dos noches en que nada podía pasarles, capturaba sus ronquidos y el gesto entre fastidiado y tierno de ella, que ahora sacaba un cigarrillo y entonces todo ocurría como habían supuesto con Casero, ella estaba por bajar y la piel de Álvaro se erizaba, la veía vestirse con su camiseta que decía Alicia en la pechera y que ya estaba roñosa y sudada, se ponía el pantalón rojo, iba y venía, entraba en el plano y salía de nuevo, pero volvía a aparecer; buscaba las sandalias cuando algo ocurrió y desvió la mirada hacia la ventana. Caminó hasta la ventana, corrió la cortina, levantó la persiana, y miró. Álvaro rebobinó, Alicia buscaba las sandalias, algo ocurría, Álvaro volvía a rebobinar, subía el volumen, ahora se escuchaba un *pup*, era como un golpe algodonoso, otra vez retrocedía, *pup*, se oía, *pup*, y empezaba a entender, *pup*, y Alicia

desviaba la mirada y el *pup* que ocurría era un tiro, opaco, distante, exiguamente grabado; lejano a los oídos de Álvaro, el tiro llamaba a Alicia que iba hasta la ventana, levantaba la persiana, corría la cortina y asistía a una escena que la cámara nunca pudo grabar.

Un momento miró, luego observó al plácido Álvaro, que siguió durmiendo, percibió su respiración, un ronquido fugaz, se dio vuelta. Y Alicia, dudando, volvía a mirar por la

ventana, había un gesto captado en tres cuartos de perfil, el gesto podía ser de sorpresa, de espanto, de rabia, se daba vuelta, se ponía las sandalias y salía del cuarto. La cinta continuó un rato más y Álvaro siguió viéndose allí acostado, tan dichoso y agradecido, durmiendo hasta que la pantalla se llenó de brillantes, estridentes puntos blancos, grises y negros.

OFFERTORIUM

CAPÍTULO IX

DOMINE JESU

1) Romper un candado es un asunto muy serio A las cinco en punto rompió el candado y llamó a Casero.

Dos veces sonó el teléfono y el abogado atendió.

—¿Averiguó algo? —preguntó Casero, sin más prolegómenos.

—Alicia bajó durante la madrugada, eran las doce y cincuenta y tres, si quiere mayor precisión.

—¿Cómo sabe esos datos?

—Está grabado, mi cámara quedó funcionando; registradas hora y fecha.

—Tengo que ver esa cinta —demandó el abogado.

—No puede.

—Cómo que no, podemos armar un gran quilombo, ir al periodismo, hay que estudiar lo que muestra.

—Usted no entiende, es una grabación íntima y no se la voy a mostrar a nadie. Además, dice poco, pero se ve que ella escuchó algo, un tiro, me parece, se asomó a la ventana y bajó a la calle. Además, ya la vio la Policía y ni la tocaron.

—¿Se metieron en su habitación?

—El escribiente, no sé su nombre, se habrá ido contento después de mirar mi vida sexual. La miró en el visor y como en esa función no hay buen audio, no registró el tiro.

Mire, por ahí ni siquiera llegó a esa escena, habíamos acabado hacía un rato.

—Mainieri, ese pibe es tan boludo que es mejor no cruzársele, es capaz de matarlo de boludo que es nomás. Tengo dos novedades. Su mujer estuvo en el hospital.

—¿No me dijo que allí no había estado? A sor Aurora le sorprendió que usted creyera eso.

—Y a mí me sorprende que sor Aurora me crea tan ingenuo. Lo que hice fue verificar que negaban su paso por allí.

Álvaro, le evité ese momento porque es delicado que usted haga esas preguntas. Pero tengo una enfermera amiga y en el catre se pone charlatana. Pasé una buena tarde, algo calurosa. Ella dice que Alicia llegó traída por tres tipos, alrededor de la una de la madrugada, no le pareció que estuviera herida, pero si no tenía nada, no se entiende para qué la llevaron.

Estuvo una hora y se la llevaron, no sabe adónde. Tres horas más tarde pasó el comisario, dijo que estaba de ronda, preguntó si estaba todo en orden, se quedó a tomar unos mates y se fue.

—Y eso qué quiere decir.

—Los comisarios no hacen rondas, aunque estemos en un pueblo de mierda.

—¿Quiénes la llevaron?

—Romano y Mainieri, quién más. Al tercero no creo que lo conozca, se llama Tanco.

—Lo conozco, estoy acá por él.

—Usted es medio tarambana m'ijo, de gente así hay que huir como del demonio.

—Y yo cómo voy a saber con quién estoy hablando. El tipo apareció de golpe y ofreció ayuda. En medio del desierto no me voy a poner a elegir. A mi mujer no le gustó nada, pero hicimos lo que nos dijo. Al menos está viva.

—A la una de la madrugada, sí. Después no sé lo que habrá ocurrido.

—¿Y cuál es la otra novedad? —preguntó Álvaro, tratando de alejar esa duda.

—Sor Aurora le habrá contado.

—Dijo muchas cosas.

—Esa noche hubo cacería.

—No sé de qué me habla, ella nunca mencionó algo así —mintió Álvaro.

—No debe saber lo que pasó, nadie le informa de nada.

—¿Qué cuentos son éstos, de qué me están hablando? Está bien, tiene razón, la madre Aurora me contó esa historia, pero me parece que no está bien del mate, qué quiere que le diga, basta con mirarla. La gente no hace esas cosas, Casero, no sea ridículo —insistió, todavía le parecía un disparate aquel asunto de los deficientes y los cazadores nocturnos.

—Mire, si se acerca a mi estudio podemos hablar con más claridad.

—Usted me parece un poco paranoico, Casero. Todos son medio paranoicos acá.

—En Las Casas es un estado de salud mental, y yo prefiero verle la cara. Venga ya, todavía hay tiempo.

—¿Tiempo de qué?

—Antes de que oscurezca.

—No sé, mire, necesito pensar. ¿Cómo se llama la enfermera?

—No le voy a decir.

—Puedo averiguarlo.

—Se va a joder la vida, y se la va a joder a la enfermera, no sea cabezón, venga a mi estudio, si se hace de noche se puede quedar a dormir acá.

—¿Qué mierda pasa a la noche? ¿Salen los vampiros?

—Usted va a morir boludo, muchacho; si no quiere no venga, todavía tengo que hacer un par de llamadas.

—Estoy saliendo —dijo Álvaro de mala gana, y colgó.

2) **El realce en el zapato**

El estudio quedaba en el centro comercial, a dos cuadras del cotolengo, en el quinto piso del único edificio del pueblo, entre un quiosco y una casa de electrodomésticos. El

edificio se llamaba Huemul I y, parecía, había sido el comienzo de un suntuoso crecimiento jamás cumplido, lo que se veía ya desde la entrada, en avanzado estado de destrucción por la humedad.

Un caño roto chorreando agua desde siempre descascaraba las paredes y dibujaba manchas negras y verdes de moho.

Álvaro cruzó la entrada, vio la jaula del ascensor vacía y se detuvo frente a la puerta tijera. Pulsó el botón de llamada y un quejido áspero que se cortó al dejar de pulsar le informó que el asunto iba para largo. Volvió a llamar y llegó un chirrido metálico, un bostezo allá, arriba; el ascensor parecía darse cuenta de que alguien volvía a reclamarlo, pero antes de salir del largo sueño era probable que pasara primero por el baño, después desayunara y al fin se decidiera a contestar. Soltó el botón y el quejido metálico volvió a detenerse. Insistió y entonces sonó un aullido amargo, malhumorado, siguió una sacudida y otra vez hubo silencio.

Miró hacia arriba: eran pisos antiguos, demasiado altos, y la escalera a disposición del público liberaba de responsabilidad al propietario por los accidentes ocasionados por el uso del ascensor. Se decidió y trepó los cinco pisos, convenciéndose a medida que subía de que jamás llegaría, insultando al abogado y a toda la humanidad. Cuando llegó le dolían las piernas y le faltaba aire. Todavía jadeando, recorrió el pasillo oscuro hasta que encontró la puerta del estudio:

Dr. Laureano Casero, abogado penalista, civil y comercial.

Le faltaba derecho internacional, pero eso era bastante razonable. La puerta, como el resto del edificio, estaba en ruinas; era un panel de madera y vidrio esmerilado, con varias rajaduras que, en una esquina, habían formado un triángulo donde el vidrio había caído. Álvaro espió por el agujero y vio al abogado sentado en su escritorio, tenía la camisa arremangada y un lazo de goma ligaba su brazo izquierdo. En la mano derecha tenía una jeringa. Álvaro golpeó la puerta.

—Un momento, por favor —pidió Casero con voz sofocada.

Y después dijo—: bueno, pase, pase.

Álvaro abrió la puerta y entró. Fue derecho al escritorio, mientras el abogado terminaba de inyectarse.

—¿Qué está haciendo, Casero?

—No se asuste, es insulina. Soy diabético.

—No sabía que la insulina se daba por vena —comentó Álvaro.

—Yo me la inyecto en el culo si es necesario, y a usted le importa un

carajo lo que yo hago de mi vida —comentó con dulzura Casero, apoyando el frasquito en el escritorio.

—Mientras no me joda la mía…

—Trate de no joderse solo, a usted le cuesta muy poco por lo que veo.

—¿Para esto me hizo venir? —preguntó Álvaro torciendo el cuello, trataba de leer el contenido del frasquito.

Casero se lo acercó y le indicó:

—Lea tranquilo, no se vaya a quedar bizco. —Álvaro leyó una etiqueta pegada en el frasco que decía insulina, escrito a máquina. Después, turbado, levantó la vista y miró al abogado a los ojos.

—Para qué vine, Casero.

—No sabe de qué hablaba antes. Me refiero a la cacería.

—La monja me contó una historia ridícula de mongólicos y caza de brujas de hace dos siglos. Dice que en este pueblo nacen chicos deformes, contó no sé qué fantasías de internos de su hogar que desaparecen y de diversiones de niños ricos.

Francamente, viejo, esto es el fin del milenio y a mí me parece que esas historias no tienen sentido.

—El sentido se lo da la historia. Mire —dijo el abogado y le mostró la pierna corta, el zapato con realce—, difícil zafar de esto, acá la gente que no tiene deformidades por fuera las tiene por dentro. Raro, ¿no? Esto es un feudo, Álvaro, este pueblo tiene dueño y el dueño se llama Dupree. Usted conoce a dos, pero es una familia completa, un clan en realidad, acá se hace lo que ellos quieren. La democracia quedó más allá del basurero. Si este pueblo parece olvidado es porque ellos lo deciden así. Y hay una especie de tradición: esto está lleno de deformes y ellos mismos no zafan, véalo al intendente, habrá conocido a la esposa, pero igual cada tanto los muchachos salen a cumplir con la historia y se dedican a la cacería. La madre Aurora le habrá hablado de

los demonios, ésas son boludeces, pero ellos no lo dejan caer, y entonces van y sacan algún pibe del hogar, no es difícil, ¿qué podría hacer la superiora?

—Pero a ella la recomendó el Vaticano, no está sola.

—Ahá, igual no puede hacer un carajo. Y del Vaticano jamás preguntaron nada. En fin, vaya uno a saber lo que se cocina en el mundo, tan lejos estamos. Es un juego, hay que tomarlo de ese modo. Agarran a un idiota más o menos ágil, no puede ser uno postrado, se da cuenta, eso sería poco deportivo, lo largan a la noche y le dan tiempo para que se esconda. Después lo cazan. Y si no lo encuentran porque se escondió bien, lo más seguro es que al final lo encuentren los perros cimarrones.

—Casero hizo una pausa, parecía plácido—. Por eso nadie sale de noche, ¿me sigue?, es mejor quedarse a mirar HBO, para qué se va a meter, si encima puede cobrar usted.

Creo que eso es lo que le pasó a su mujer. Apareció en medio del tiroteo y se la llevaron.

—¿Y ahora dónde está? —preguntó Álvaro, mirando al abogado, que había cerrado los ojos. Ya lo iba a tocar en un brazo cuando los abrió y dijo:

—Estoy tratando de averiguarlo, no recuerdo que haya pasado esto, no debe serles sencillo el asunto. Una cosa es reventar a un oligofrénico por el que nadie va a pedir nada y otra cosa bien diferente es secuestrar a una mujer que viene de paso y con el marido haciendo preguntas por ahí. Por eso me meto, mire, yo ya estoy afuera de todo, la, este, la diabetes me está comiendo vivo, en cualquier momento me quedo ciego o me da un infarto. No les vale la pena meterse conmigo, es gastar pólvora en chimangos, así que entonces, alguna vez en la vida, alguien les tiene que poner un palo en la rueda.

—Creía que a los diabéticos no se les paraba.

—¿Y eso? —Casero pareció despertar del todo.

—Como antes me habló de su amiga, la enfermera charlatana.

—¿Usted no me tiene confianza? Lo que yo hago en la cama con una mujer no es de su incumbencia, y si piensa que se las puede arreglar solo, entonces váyase al carajo, yo igual voy a seguir metiendo la nariz hasta donde me dé el cuero. A esta altura lo hago por deporte —replicó con toda gentileza Casero.

Ahora sus ojos estaban brillantes y se lo veía funcionar sin fisuras.

—Me cuesta creerle, no se pueden tapar esas cosas para siempre, alguna vez... —Álvaro se detuvo y el abogado completó la frase:

—Algo se sale del cálculo y alguien viene a averiguar. ¿Era eso lo que iba a decir?

—Sí, pero igual no me parece. Debe haber alguna explicación más lógica, asuntos políticos, no sé, por ahí Alicia vio a dos tipos peleando y... no sé qué decirle.

—Escuche, Álvaro, lo que no cierra es adónde la llevaron.

No hay muchos lugares, uno puede ser la estancia de Dupree, pero eso sería raro, no están preparados para retener a una persona secuestrada, ellos no hacen esas cosas.

—Entonces la mataron.

—Yo no quiero ir tan rápido, muchacho, no tanto. Es preferible ir de a un paso por vez, si no hay cadáver no hay asesinato, para qué abandonar otros caminos posibles. Ya pedí un Habeas Corpus , no es que el juez sea fiable, pero al menos les complicamos un poco la vida. Y llamé a sor Aurora para que haga una investigación en el hogar, quiero saber si faltó un pibe esa noche, no creo que averigüe mucho, pero por ahí sacamos algo en limpio.

— *Habeas Corpus,* usted es gracioso, primero me dice que esto es un feudo y que salen a cazar idiotas y ahora me sale con esa pavada. El único idiota cazado voy a ser yo.

—No, la única cazada que a usted le interesa es su mujer, si la quiere ver como una idiota es su problema. Pero se equivoca, ella reaccionó como se reacciona en el resto del mundo.

—Me está pareciendo un ingenuo, Casero.

—Piense lo que quiera. Acá nos están forreando con este camelo de los demonios y entre tanto, nadie comenta nada. Si yo logro sacar esta historia de acá y hacer que alguien gordo se interese, entonces me voy a morir tranquilo.

—Trate de no morirse hoy.

—Voy a poner todo mi empeño —prometió el abogado y sonrió.

3) **¿Y si el abogado estaba equivocado?**

En la puerta de la pensión estaba estacionado el patrullero.

Álvaro entró listo para la pelea, listo para perder y para que se lo

llevaran. Listo para que lo pusieran con su mujer, adonde ella estuviera en ese momento, deseando acabar aquello, queriendo verla, desaparecer él también, eso alcanzó a pensar cuando abrió la puerta de la habitación y encontró a Ayala y a Mainieri mirando el video.

—¿Qué está haciendo? —articuló la pregunta con la impresión de que era otro deforme a punto de ser cazado. Su espalda se contrajo, le dolieron las vértebras, su respiración se agitó, se le hincharon las venas del cuello, tuvo ganas de salir corriendo.

—Linda yegua tenés vos, pibe, apagá la cinta, Mainieri.

—Ayala se incorporó y le dio un empujón mientras Mainieri manipulaba la cámara—.

Oíme, pendejo, va a ser mejor que te quedes en el molde. ¿Me estás oyendo? Esto no es joda, así que escuchame bien: acá somos gente de trabajo, hacemos las cosas como se debe y ningún nene bien de la ciudad nos va a venir a investigar. Esto es una familia y las familias no ventilan sus asuntos, los arreglan con la puerta cerrada. ¿Está claro eso?

Vos estás en mi pueblo y te estás poniendo muy cargoso, quedate piola y no jodas más, dejá a los mongólicos tranquilos, no hables con la loca del hogar, aflojá con el abogado ese de mierda, mirá que te estás metiendo en problemas. Y si seguís se te va a poner muy feo. Estás advertido, pichón, en Las Casas no andamos con vueltas.

—Ya me estoy enterando —balbuceó Álvaro, pensando en su video con Alicia desnuda adentro.

—¿De qué te estás enterando? Oíme bien, escuchá a la gente decente y tu suerte va a mejorar, vos estás metido en una nube de pedos, sos de afuera y no te avivás de cómo viene la mano, así que enterate ahora: tu yegua está en la morgue —le informó Ayala y salieron del cuarto.

Álvaro quedó aturdido, pensó que era una mentira, dio una vuelta en redondo, miró la cámara y salió a hablar por teléfono.

—Casero, es Álvaro, estuvo Ayala en la pensión y dice que Alicia está en la morgue.

—Temblaba.

—Voy para allá.

—Pero ya es tarde. Va a anochecer.

—No sea boludo, vaya a la morgue, son dos cuadras.

—El eviscerador ya se fue.

—Yo sé donde vive, lo voy a traer de una oreja.

Se encontraron en la puerta. Casero estaba parado junto al pelado: sin su ropa de trabajo parecía menos siniestro. Entraron, caminaron hasta la sala del fondo y abrieron la heladera.

Sin decir nada, el eviscerador se puso su delantal sintético, sus guantes violetas, recuperó su aire tétrico y sacó la misma bolsa de antes.

—Yo le decía que aguantara. Seguro que es esta, ¿quién va a ser si no? —comentó mientras forcejeaba con la bolsa de residuos.

—Callate la boca, Saverio, a ver si te ubicás por una vez en tu vida.

Álvaro daba pasitos cortos, seguía temblando. Miraba al eviscerador maniobrando con la bolsa, le bajaba sudor por la espalda, se le arrebataban las mejillas. Vio que la bolsa salía de la heladera, que caía sentada hasta el piso, Saverio la equilibraba y comenzaba a desanudarla, dio un tirón, la bolsa cayó y Álvaro desvió la mirada.

—¿Qué ve? —preguntó mirando al techo.

—Es una mujer —dijo Casero.

—Es un vivo bárbaro el doctor —dijo Saverio—. La mujer es joven, eso ya lo sabe, oiga, don, ¿por qué no mira usted y me alivia el trabajo?

Álvaro encaró hacia la mujer que estaba sentada frente a él, la cabeza caída le velaba el rostro.

—Álcele la cabeza, por favor —pidió.

Saverio tomó la cabeza de los pelos y la levantó.

—Más despacio, espere, ¿qué tiene en la cara?

—Heridas, mordeduras de perros, también le dije eso. ¿Reconoce algo?

—No, no sé, la ropa no se distingue, está muy sucia. ¿De qué color es

el pantalón?

—Parece marrón, podría ser rojo.

—¿Rojo? ¿Puede ser?

—Saverio, por qué no te fijás en el dobladillo del pantalón, eso se conserva mejor.

—Porque tengo que sacarla entera y quiero ver si el señor se decide.

—La camiseta tampoco está bien. ¿Es una camiseta?

—Podría ser un buzo, una camiseta, qué sé yo.

Álvaro miró las manos, pero estaban destruidas, se veían las mordeduras, faltaban algunos dedos. Pidió verla desnuda.

Saverio resopló, la sacó de la bolsa y la recostó en el suelo.

—Me va a disculpar que no la ponga en un mesón, pero están todos ocupados —gruñó Saverio.

—Está bien. ¿Les molesta salir un momento?

—No, viejo, haga tranquilo.

Salieron. Álvaro se arrodilló junto al cadáver, conteniendo las arcadas. Le retiró la poca ropa que tenía puesta, miró el dobladillo de los pantalones, pero no distinguió el color, la camiseta era un resto informe de tela devastada, el cuerpo no decía mucho, una mujer tal vez joven, pálida, pringosa, con la sangre muerta depositada en el punto de apoyo, el rostro inaccesible, el cabello sucio y embarrado que impedía cualquier familiaridad.

Nada, no había un anillo conocido, no estaban las sandalias ni tampoco una leve cicatriz en la destruida mejilla izquierda.

Se fue calmando, mirando con ojos más duros, buscó detalles, evocaciones, alguna arruga, el pliegue de su cuello, la mínima señal de un lunar, nada le dijo que esa mujer podía ser Alicia. Se puso de pie y llamó.

—¿Cómo la reconocieron? Yo no encuentro nada.

—Debe ser por descarte —supuso Saverio.

—A mí me parece otra cosa, ellos quieren que se lleve este cadáver. Con un poco de buena voluntad podría ser la primera dama también —comentó Casero.

—No es mi mujer —decidió Álvaro, y no supo si eso lo aliviaba.

—Entonces hay que irse a casa, no son horas de andar dando vueltas.

Álvaro apuraba el paso volviendo a la pensión. Miraba el cielo y la noche caía veloz, se le abalanzaba. Tuvo la impresión de estar en alguna mala versión de *Drácula* y se sintió desamparado. Hubiera preferido tener de amigo al Dr. Van Helsing, Casero le seguía pareciendo un espécimen poco fiable. No había estado inyectándose insulina, eso le parecía seguro, y no le interesaba lo que decía en el frasquito, la insulina nunca se inyectaba en las venas, eso apuntalaba el comentario de Mainieri. No sabía qué estaba haciendo. Se dejaba llevar por la opinión de un tipo que no merecía el respeto de nadie y que le contaba historias delirantes, compraba el cuento de los mongólicos y la cacería nocturna, ¿quién iba a creer esos disparates?

Caminaba y su cabeza trabajaba sin consultarlo. Ahora se daba cuenta de que, a pesar de la desconfianza que les tenía, le estaba dando crédito a las opiniones de la Policía. Y

también le molestaba eso, ellos eran tan poco honestos como Casero. Se sintió un pusilánime, hubiera preferido creer en la versión oficial, quedarse con ese cadáver irreconocible, llevárselo a casa y salir de aquella agonía. Si podía ser la primera dama, también podía ser Alicia.

CAPÍTULO X

HOSTIAS

Vociferaciones y destellos

En la pensión lo estaba esperando Fabiana, su cara era la previsible; Álvaro buscó al Tolo con la mirada, pero no andaba cerca.

—Se va a tener que ir de acá —le comunicó Fabiana. Tenía el candado roto en la mano.

—Tiene razón, mañana a primera hora me voy. Yo le voy a pagar lo que diga, usted no tiene la culpa de nada.

—No entendió, se va ahora —dijo Fabiana, y su rostro era de mármol.

—Ahora no, su marido me dijo que no hay que salir de noche.

—No es mi problema, yo no quiero a la Policía en mi casa, agarra sus cosas y se va ya mismo.

—¿Y mi auto?

—Vaya al taller, el Tolo suele dormir allí, pídaselo a él.

Álvaro tomó sus cosas y corrió hasta el taller, el auto estaba estacionado en la puerta, con las llaves puestas. La persiana metálica estaba cerrada, golpeó y la voz del Tolo no demoró en contestar, ni siquiera preguntó quién era.

—Métase en su auto y quédese dentro. No vaya a salir y no deje que lo vean, el auto no está listo, así que no le dé encendido porque no va a andar, lo único que va a conseguir es que lo escuchen.

—¿Qué mierda pasa? ¿Por qué me hacen esto?

—No es por usted, es por nosotros. Agáchese y todo va a salir bien.

—¿Quién no me va a ver? ¿Por qué no me abre? —Golpeaba en la persiana metálica y hablaba alto, el ruido retumbaba en la cuadra.

—Deje de hacer tanto barullo, lo van a escuchar —contestó el Tolo detrás de la persiana; se abrió una ventana alta, alguien reclamó silencio con un insulto y volvió a cerrar.

Álvaro se dio vuelta, entró al auto, trabó la puerta por dentro, intentó calmarse, miró adelante, miró atrás, encendió un cigarrillo y puso la radio: Frankie Lane cantaba *16*

toneladas y nada se movía, no se escuchaba gente, nadie pasaba. Bajó el volumen y dio una pitada, el aire se enrareció y le lloraron los ojos, se sofocó y bajó un poco la ventanilla, entró una lámina de aire frío y sus ojos se aclararon. Se arropó con su campera de cuero y se acomodó en el asiento, la avenida amarilla no hacía más que parpadear. La brisa arrastró algunas hojas y cuando Frankie Lane terminó de cantar, sonaron las hamacas.

«Buenas noches, amigos de Los Huemules, dijo la radio, ésta es LUK76, FM de Las Casas, transmitiendo para todos los trasnochados, para esos solitarios, y para los que trabajan hasta el amanecer, nuestros hermanos que velan la noche por nosotros, los farmacéuticos, los médicos, los policías. Bueno, puedo incluirme en esa lista, con toda modestia, aquí estamos en nuestro teléfono de siempre, llámenos, estamos listos para escuchar su pedido, como ustedes saben mi nombre es Charlie Bodoque o, al menos, así me dicen. Recién pasábamos a Frankie Lane con *16 Toneladas*, un clásico de los cincuenta, esos años amados, aquella buena época que volverá, que está volviendo, claro que sí, todos juntos de la mano lo haremos posible.

Están escuchando LUK76, FM de Las Casas**,** su radio amiga.

¿Y qué anda ocurriendo en Los Huemules? Como ustedes saben, el intendente Dupree está empeñado en lanzarnos al país y al mundo, porque es hora de que nuestro pueblo salga del anonimato y se sepa que aquí estamos trabajando y esforzándonos, todos juntos de la mano: mejorar la educación de nuestros niños, dotar a nuestro querido hospital zonal de medicamentos, gasas, equipamiento quirúrgico, y dar a las fuerzas de seguridad toda la infraestructura necesaria para que este pueblo siga siendo el más tranquilo del país, son los objetivos de nuestra intendencia. Y que se sepa, vecinos de Los Huemules, que trascienda que aquí su hija puede salir sola de noche que nada le va a ocurrir, porque éste es el pueblo de las familias, el más seguro. Aquí la gente se educa y se sana, ése es nuestro empeño, y el intendente es fiel expresión de nuestros más caros sentimientos. Les cuento que hoy se inauguró la segunda escuelita primaria que incluye dos computadoras, veinte pupitres nuevos y todos los útiles necesarios para que el aprendizaje de nuestros niños siga adelante, sin tropiezos ni desmayos. Y también sin tropiezos ni desmayos, mañana el intendente hará entrega de un nuevo tomógrafo para la sala de niños del hospital, porque todo nuestro esfuerzo es por ellos. Finalmente, para este fin de semana se pondrán en manos del comisario Ayala dos patrulleros dotados

con los últimos equipamientos necesarios para una mejor y más eficaz vigilancia, para que nuestros hijos puedan salir en paz y seguridad. Será una verdadera fiesta y tocará la banda municipal, valdrá la pena acercarse a la comisaría, al final del acto habrá empanadas y vino. Bueno, amigos, éstas fueron las noticias del día, y ahora nuestra sección de música y mensajes: Manuel, el panadero, todos lo conocemos, por supuesto que sí, anuncia que mañana pondrá a la venta sus deliciosas roscas de Pascua, a prepararse para saborearlas porque viene esa maravillosa fiesta de recogimiento y recordación de nuestro Señor Jesucristo. Manuel nos pide un tema de Frankie Lane: *16*

toneladas. Claro que sí, Manuel, para él y esperando que se acuerde de nosotros y nos acerque una de sus exquisitas roscas, aquí vamos con el tema solicitado, es Charlie Bodoque quien les habla y ésta es la LUK76».

La voz sonó arrulladora, mientras Álvaro se preguntaba si no acababan de pasar ese mismo tema, no podía asegurarlo, le parecía raro eso y miraba al fondo de la calle, donde la avenida discurría amarilla y silenciosa. El volumen apenas audible no ocultaba el poderoso silencio de la ciudad. Álvaro esperó, cerró los ojos y durmió, o eso creyó, y nunca se lo volvió a preguntar porque de pronto los tenía muy abiertos, seguía sentado en su auto, Charlie Bodoque anunciaba otros mensajes o acaso era siempre el mismo y Frankie Lane todavía cantaba suave y adormecedor y entonces Álvaro escuchó un ruido como de cascos suaves, una liviandad que se aproximaba por la avenida. Se incorporó, abrió la puerta, caminó hasta que la luz amarilla lo tomó y, entonces, justo enfrente suyo, vio un huemul. El animal pastaba junto a un árbol, trotaba un poco, se detenía, alzaba su cabeza y Álvaro notaba por las astas que era joven, y no creía lo que veía, el huemul giraba hacia él, su hocico se abría, venteaba a Álvaro, cabeceaba y volvía a pastar.

Nada más ocurría, el silencio era definitivo, los suaves cascos del huemul sonaban sobre el asfalto y acaso Frankie Lane, desde un punto lateral y distante, le cantaba a esa aparición.

Entonces, como suele irrumpir el miedo, sonó un estampido y Álvaro volvió a abrir los ojos: una cara desesperada se estampó contra la ventanilla de su lado. No pudo salir de su sueño o su sueño había tornado en pesadilla. La cara era una espeluznante máscara de horror y deformidad, un muchacho retacón que suplicaba auxilio y babeaba desde su lengua gorda y torpe. Álvaro negó con la cabeza y el oligofrénico, que pareció entender que ésas eran las inviolables reglas

del juego, huyó balando de miedo, se perdió en la oscuridad. Álvaro se agachó y ya no quiso ver más. Sonó otro disparo y vinieron voces urgentes, enérgicos pasos de hombres que acaso calzaban botas. Ladró un perro, luego varios más, los ladridos venían hacia Álvaro; después, una jauría se detuvo junto a la puerta del auto, olfatearon, las fieras se irguieron y Álvaro vio las

patas y los morros de los dogos deslizando por la ventanilla y el parabrisas; treparon al capó y al techo, gruñendo bajo, conteniendo la ira cazadora; las patas y los morros buscaron y bufaron alrededor y arriba de Álvaro, que se pegaba al respaldo y hundía la cabeza entre los hombros, acaso siendo visto por los furiosos ojos, espiaba las fauces y los colmillos que chocaban contra el vidrio y el metal y marcaban una música crispada entre espumarajos y lenguas atroces. Como transmitiendo desde otro planeta, Charlie Bodoque felicitaba a alguien porque su hija cumplía quince años. Los perros aullaron, llamaron, denunciaron el rastro para que las botas y los gritos se acercaran retumbando, cargando las armas, hurgando con las linternas; al fin la jauría desistió del auto y se alejó detrás del exacto camino de su presa; y detrás corrieron los hombres, varios, muchos, tal vez veinte hombres llamaron y anunciaron la dirección que seguían los perros y todos se hundieron en la sombra. Álvaro oyó los ecos que se alejaban cuando Frankie Lane comenzaba —otra vez— a cantar *16 toneladas*, ahora a pedido de alguien cuyo nombre no registró y —mientras se preguntaba aturdido si en aquella radio pasaban un solo tema—, como en su sueño del huemul, o acaso su vigilia, abría la puerta, manoteaba su cámara y caminaba en el mismo sentido de los perros y los hombres. Fue y aunque sabía que no debía ir también sabía que allí iba a encontrar el sentido que buscaba; dobló la esquina, escrutó la oscuridad y encendió la cámara, percibió el movimiento de voces y aullidos. Cazaban.

Vociferantes luces de linterna herían la noche allá en el fondo negro de la avenida, disparaban a lados diversos, alumbraban árboles y arbustos, hacia adelante y luego hacia atrás, parecían confundidos, la presa se movía sin astucia, desandaba sus pasos y volvía a recorrerlos, sólo los perros entendían el rastro inesperado que serpenteaba y parecía no hallar salida. Un disparo estalló y sonó el alarido de un animal herido.

Alguien insultó a alguien por la vida de su perro baleado y la respuesta fue un insulto peor, seguido de risas e improperios. Álvaro se acercó hasta el borde de la sombra, ya percibía las presencias

dispersas de los hombres, la cámara captaba figuras oscuras y ramas quebradas por las botas, un bufido pasó ignorándolo por la vereda de enfrente y regresó un instante después, una linterna se agachaba y alumbraba un bulto que aún respiraba, el bulto parecía blanco, Álvaro creyó ver un dogo herido. Y su cámara grababa y no se detenía, lo que hubiera allá lo registraba: una corrida, destellos, un lamento, un disparo, dos; era posible que apenas quedara grabado un tumulto de fantoches vociferantes, pero Álvaro seguía registrando. Más allá, la cacería no aflojaba, ahora otras luces seguidas de voces roncas corrían, parecía que en círculos. Álvaro se metió en un jardín, la casa tenía puertas y ventanas clausuradas hasta el indudable amanecer y comprendió eso también; escondido detrás de un arbusto, decidió que ese arbusto era su vida y, también, lo más lejos que iría en esa noche donde los animales

nunca descansaron y los cazadores persistieron hasta que al fin encontraron, quizás una hora después, tras una furiosa descarga de balas, al trofeo aún babeante y ya herido para morir. Sonó el tiro de gracia y hubo alaridos y victoria, botellas descorchadas y la marcha del final en dirección al desierto cargando el cuerpo de la presa en el baúl de un auto negro y grande. Allí lo iban a dejar, comprendió Álvaro, porque allí estaban los perros cimarrones y ellos hacían el trabajo sucio, acababan limpiamente la tarea.

Álvaro apagó la cámara y no supo cuándo se durmió.

2) **Encuentro en el taller**

Lo despertó una escopeta. Abrazado a su cámara, dormido y aún aterrado, hecho un ovillo detrás del arbusto del jardín de la casa de las ventanas cerradas, tardó en abrir los ojos para, al fin, encontrarse con la mirada hostil de los dos caños interesados en su frente y con los percutores ansiosos por disparar.

Las puertas de la casa ya estaban abiertas, notó, desde la ventana lo espiaba un chico que un momento después fue retirado por la mano de su madre. Álvaro dio explicaciones mirando a la escopeta, supo inventar un desmayo, aquello era una enfermedad de los nervios, argumentó, dijo epilepsia y también pérdida de la conciencia. Declaró a la escopeta no saber cómo había llegado a ese lugar, pidió todos los perdones del mundo, insistió en disculparse hasta que los caños apuntaron al cielo y el arma preguntó si se sentía bien, pero el tono aún era de severa distancia. Dijo que sí, sí señor, ya estaba mejor, tartamudeaba y se esforzaba por incorporarse, los caños volvieron a bajar un poco, pero no lo suficiente, Álvaro estiraba los brazos con las

palmas bajas sin dejar de explicar que, no podía caber ninguna duda, lo que iba a hacer ahora mismo era ir a ver a un médico, a la vez que ofrecía lealmente sus documentos de identidad para que el dueño de casa terminara de desconfiar, lo que todavía demoraría un rato demasiado largo en ocurrir, y como no era cuestión de dedicar la vida a una empresa tan pobre, los caños se mantuvieron atentos y la voz del hombre nunca dejó de ser dura y hostil, señalando al fin el conocido camino de la puerta, la escopeta misma marcaba el rumbo, como era lo adecuado, ese hombre abrazado a su cámara debía ser el famoso marciano recién llegado de los cielos del desierto, un extraño inclasificable, una repugnancia molesta y preguntona, alguien en quien no había que confiar nunca, ni aunque estuviera dormido.

Álvaro siguió el rumbo que le indicaba el arma, agradeció tanta generosidad al señor feudal de la casa invadida por tan detestable persona y volvió a pedir disculpas, hizo un gesto melindroso, evocando un servil campesino de alguna película de Kurosawa, sintiendo que su miseria tocaba un desconocido fondo.

Al salir notó que se había orinado y de un modo miserable se alivió porque casi no había mentido: es lo que les ocurre a todos los epilépticos.

Fue hasta su auto, que estaba otra vez en el taller. Las piernas engrasadas del Tolo seguían asomando por abajo, ya parecían parte del auto. Abrió la puerta, sacó el bolso y el Tolo preguntó quién estaba.

—Yo —contestó Álvaro y se metió en el baño. Se lavó, se cambió los pantalones, salió, se sentó en el único banco y esperó hasta que el Tolo acabó de incorporarse. Se le había cruzado agarrar al mecánico por las solapas y cagarlo a trompadas hasta que hablara y pidiera perdón, pero se detuvo cuando vio la llave —una pico de loro de un tamaño impresionante— que el hombre tenía en su mano derecha. Pero su furia siguió viva.

—Hijo de puta, me dejaste afuera toda la noche —dijo con los dientes apretados, mirando la herramienta.

—No podía hacer nada, entiéndame —contestó el mecánico con cara de desconsuelo, mientras ponía la pico de loro en el suelo.

—¿Qué tengo que entender? En este pueblo matan gente y todos cierran las puertas.

Tengo que entender que están todos cagados, ustedes son una manga

de hijos de puta, cabrones de mierda, me podía haber comido un balazo y nadie hubiera hecho nada.

¿Quién es el que está detrás de esto? ¿Quiénes tiraron anoche del gatillo? ¿Por qué la Policía no los mete presos a todos?

—Baje la voz. —El Tolo hizo un gesto: pasaba el patrullero, manejaba Mainieri, que desviaba la vista hacia Álvaro y continuaba su marcha. El Tolo sacó un cartel que decía CERRADO POR ENFERMEDAD y bajó la persiana metálica—.

Todavía no entendió nada usted —susurró al fin.

—¿Qué cosa no entendí? Anoche mataron a un débil mental, el pibe tenía la cabeza como un coquito. ¿Entiende eso? Era un oligofrénico, un pobre pendejo sin cerebro que ni podía defenderse, lo cazaron con perros y escopetas, y después que lo remataron, lo cargaron en un auto negro y lo tiraron al desierto, no hay nada que entender. En este pueblo están todos locos, a la noche matan a la gente y al día siguiente salen a trabajar.

¿Qué está pasando acá? ¿Usted sabe dónde está mi mujer?

A nadie le importa un carajo, el único que me tiró una soga es Casero, que vive drogándose —contestó Álvaro, sofocando la voz, pero no el tono.

—Nadie le va a ayudar, lo mejor que puede hacer es rajarse ya mismo. Su auto está listo

—le informó el Tolo con la voz afónica.

—Usted es un miserable. Yo no me voy a ningún lado, primero quiero saber dónde está mi esposa —cuchicheó Álvaro.

—Mire —suspiró el Tolo—, esto no es nuevo y no se trata de niños ricos ni de policías distraídos. Acá cada cual hace su trabajo. Ya sé que no es claro, pero así funcionó siempre. Al cotolengo le dicen *el criadero*.

—¿Y qué dice la madre Aurora?

—No puede hacer nada. No sé si le interesa tanto, le digo la verdad, si se pusiera difícil, digamos, si usara sus contactos con el Vaticano, si es que existen y no son cuentos de ella, y suponiendo que de allá le contestaran, habría que ver cuál sería la respuesta.

¿Qué se imagina? ¿Una investigación de la Iglesia en un pueblito perdido en medio del desierto? ¿De veras cree que un estado se va a enfrentar a otro por un par de pibes con la cabeza chica? Lo primero que harían sería dejarla a ella fuera, un traslado para

"protegerla", póngale cuatro comillas a la palabra. ¿Adónde podría ir? No tiene más que el Hogar, los oligofrénicos son su vida, son los hijos que nunca tuvo. —El Tolo hizo una pausa, pareció medir lo que seguía—.

A veces uno cierra los ojos por un hijo perdido, y eso sólo para no perderlos a todos.

Ella se limita a escandalizarse un poco.

—¿Y los registros del cotolengo? Debería saltar algo por ese lado.

—No hay registros, sólo anotan a los intocables. El hijo de Dupree, por ejemplo.

—Usted cómo sabe.

—Yo cazaba —contestó el Tolo mirando su pico de loro en el suelo.

Álvaro retrocedió un paso.

—Venga. —El Tolo caminó hasta un patio trasero. Álvaro reconoció el auto negro estacionado bajo la parra.

—¿Por qué me muestra esto?

—Lo guardan acá. Todavía soy de confianza, según parece.

La verdad es que son unos mentirosos, antes decían que era una cruzada, una misión del cielo. El padre Dupree tenía fuego en sus palabras, nos enseñaba que había una maldición, que debíamos trabajar para salvar al pueblo. La maldición eran los débiles mentales, los mestizos, gente que nacía de uniones prohibidas. Padres conviviendo con sus hijas, eso es lo que más se ve, también hay muchos casos de hermanos entre sí, hubo casos en que una madre quedaba embarazada de su propio hijo, a veces no se podía saber ni de qué hijo se trataba. No sé, tal vez se trate de algo de los indios, la gente del pueblo trae mucha mezcla con ellos, serán taras genéticas. Esas cosas siempre fueron muy comunes en el pueblo, así que hubo que reglamentar con dureza, erradicar esas porquerías y limpiar la sangre. Si lo piensa bien, no era mala la intención, era bastante

civilizadora. Ellos, los tontos que nacieron, encarnaban al diablo, ¿lo ve? Como al principio de la historia, había que luchar contra el Mal. El Mal se vestía de pobre diablo, pero era un diablo al fin. Le suena fuera de época, está claro, en realidad parecía todo un gran camelo, pero en este pueblo son muy dóciles. O será que les interesa sólo su conveniencia.

No sé si alguien se la creyó, supongo que hubo gente que lo tomó en serio; mire, yo mismo quería pensar que estaba haciendo lo que había que hacer. Y además, la familia Dupree es demasiado poderosa y no parecía muy sensato descreer de las palabras del jefe. Había una idea extravagante: insistían en que el diablo estaba organizando a sus legiones, pero eso no era oficial, ¿se da cuenta?, era un secreto a voces, las huestes del demonio eran los pobres pibes esos y agitaban el fantoche de que estaba por nacer el anticristo —se detuvo un momento—. Sí, da pena pensarlo. Así que el cotolengo se convirtió en un centro de detención de abortos del infierno, les decían así, como el primer Dupree. Era un criadero, los guardaban hasta que estaban a punto. Yo creía en eso, creía que la Iglesia nos apoyaba cuando, en realidad, lo que hacían era mirar para otro lado. Cuando entendí qué era lo que estaba pasando, pedí que me relevaran, aduje problemas de salud.

Yo era marino y temía perder mi trabajo, así que me miraron con desconfianza, me hicieron preguntas como para confundir al más despierto, pero, mire, supongo que entendieron que yo había sido un colaborador y que nunca se me iba a ocurrir destapar nada, porque de todos modos nadie me iba a creer. No soy un tipo fiable, se entiende, yo estuve allí, apreté el gatillo y después dejé a los chicos en el desierto.

¿Sabe cuántas veces manejé este auto? Yo creía que era un héroe, pero la verdad es que soy un asesino y nunca voy a ir preso. Me dieron las gracias por los servicios prestados, me condecoraron y me dejaron ir. Desde entonces me dedico a navegar y cuando estoy en casa, arreglo motores.

—¿Y por qué los cazan ahora?

—Aquello, nos dijeron, era una guerra, pero nunca declararon la paz. En realidad no sé con quién iban a firmarla y además, supongo, les quedó el hábito. Como los tigres, probaron la sangre humana y quedaron cebados. La verdad, si quiere saberla, es que yo todavía sigo creyendo en aquello. Es lo único que hice en mi vida, lo único realmente importante. —Los dos hombres callaron. Álvaro encendió

un cigarrillo, miró un bulón caído, las huellas de grasa que lo rodeaban, la persiana que filtraba luz por debajo.

Tragó saliva y retuvo las lágrimas.

—¿Sabe algo de mi mujer? —preguntó, y en su garganta había una roca atascada.

—No.

Álvaro caminó hasta su auto, le dio al encendido y el motor fue el mismo de siempre.

—¿Cuánto le debo?

—Nada.

Álvaro lo miró, luego sacó un billete cualquiera del bolsillo, lo hizo un bollo y lo tiró al suelo engrasado, cerca del bulón.

Después se metió en el auto y salió.

3) **Los muchachos en el bar**

Se alejaba del taller, por el espejo retrovisor observaba la imagen invertida del Tolo, parado junto a la puerta, viéndolo irse. Dio la vuelta, cruzó la avenida y cuando pasaba frente al bar lo miraron desde las mesas, pensó que alguien allí podría darle... algo, no supo bien qué podía esperar, un poco de aliento, solidaridad pueblerina; sintió hambre: no comía desde el día anterior, ya ni recordaba cuándo. Entró al bar y el silencio fue idéntico a las miradas, las previas y las actuales: ahora volvían a detener todo para verlo entrar, paraba el truco y el aguardiente, los porotos congelaban su tránsito desde un montón al otro, algunos vasos detenían su marcha hacia los labios de los parroquianos, otros volvían a la mesa intactos o ya bebidos, el mozo trapeaba una mesa vacía y su limpieza se hacía fugazmente lenta, una voz ronca bajaba y se hacía cuchicheo, la risa de un tambero se interrumpía, un chiste quedaría sin su remate: todos mirando, menos Romano, que guardaba su vista en algún punto fijo de su vaso de ginebra.

Álvaro pidió algo rápido y una gaseosa. Le trajeron dos empanadas y CocaCola y los parroquianos se codearon, sonrieron, cuchichearon, uno rio bajito, otro pidió vino tinto.

Tardó más de lo necesario para terminar su comida, quizás diez

minutos. Y durante esos, quizás, diez minutos, los parroquianos se codearon, sonrieron, cuchichearon, rieron bajito, pidieron vino. Álvaro pidió la cuenta, le dijeron una cifra desde atrás del mostrador, dejó el dinero sobre la mesa y se fue.

Romano nunca levantó la vista de su vaso.

4) **El intendente flotaba en un lago de cenizas** Detuvo el auto frente al gran portón y se le acercó alguien de Seguridad, pero no necesitó explicar nada, hubo un llamado del guardia y un momento más tarde abrieron. Estaba nublado y no había nadie en la pileta, pero la vigilancia discreta no se había movido. Las ruedas crujieron por el camino de grava hasta las escalinatas blancas. La mucama con su cofia y su uniforme lo guio por los pasillos de cabezas de huemules y cuadros de auténticas firmas desconocidas, aunque esta vez dobló por algún vericueto inexplorado y lo hizo pasar a otra sala: en el centro había una bañadera del tamaño de una piscina mediana, a Álvaro le pareció que era de oro, aunque quizás sólo fuera un enchapado de buena calidad; detrás de la cabecera había un bar y delante una pantalla de TV igual a la que había visto en la entrevista anterior. Debía ser otra, pensó, le costaba creer que el gordo hubiera trasladado aquel televisor tan sólo para darse un baño: una gran mole blanca y lampiña —se descubrió extrañando a Gregory Peck, alucinado y rengo, dispuesto a morir en el combate contra Moby Dick— haciendo la plancha entre vapores, las tetas de Dupree se hamacaban en las postrimerías del gran vientre, coronadas de espuma de sales de baño, seguramente francesas, calculó Álvaro sin demasiadas razones, y un pequeño lago se sostenía con desgano en la cúspide donde se explayaba el apacible y extenso ombligo. A la vera del gran cetáceo blanco un cigarro humeaba prendido de la boca de un patito asombrosamente estable y plástico y amarillo; el lomo del pato se excavaba de modo de ser, también, cenicero y, de un modo vago, eco visual del ombligo. El gordo, plácido y perezoso, la boca conservando restos de comida en sus alrededores, masticaba mientras miraba su pantagruélica TV, y sonreía con gesto ausente. Cuando notó a Álvaro parado a un costado se sobresaltó, luego recobró la compostura y suspendió el sonido: jugaba la selección de fútbol y la voz del relator se cortó en un gol que amenazaba con eternizarse.

—¿Qué quiere ahora? —extendió el brazo y tomó el largo y grueso cigarro. El patito tembló, pero conservó heroicamente su estabilidad.

—Saber si averiguó algo.

—¿Fue a los lugares que le indiqué?

—A algunos.

—Adónde.

—Usted lo sabe, Dupree. Fui a preguntar a la Policía, pero su comisario no parece ni demasiado interesado ni demasiado inteligente: me dijo que el cadáver de mi mujer estaba en la morgue, fui allá, pero no la reconocí. Explíqueme cómo la pudo haber reconocido él. Ayala es un prepotente, me quiso entregar cualquier cadáver con la cara destruida para que me la llevara a casa, lo cual lo convierte además en un boludo, si quiere mi opinión. ¿Esa es la gente honesta que va a defender a la patria?

—Debería cuidar su impertinencia —aconsejó Dupree, y sacudió un grueso fragmento de ceniza en el pato, que comenzó a oscilar de lado—; si el comisario Ayala le dijo que ese cuerpo era el de su esposa, yo no tengo derecho a dudar de su buena intención, pero pudo equivocarse —admitió el intendente.

—Desconozco los reglamentos locales, pero en el resto del mundo, a los cadáveres los reconocen los deudos o los allegados, nunca la Policía. Y los documentos de Alicia los tengo en mi poder, por si no queda claro el punto —respondió Álvaro, y Dupree apagó el cigarro en el lomo del pato, que comenzó a escorar. La ceniza se volcó al agua y oscureció la espuma, el cigarro flotó en las inmediaciones llevado por oscuras y delicadas corrientes interiores. El intendente se movió, grácil y distinguido, y generó algún oleaje más bien sobrio hasta que, al fin, quedó sentado en el fondo de su bañera.

Álvaro miraba el culo del pato flotando irremediable hacia arriba y se sentía ahogar.

—En todo caso debió dirigirse nuevamente a él y preguntarle al respecto.

—¿Después de meterse en mi propia habitación y registrar mis cosas? ¿Después que se puso a mirar mis videos íntimos sin mi autorización? Si había orden de allanamiento no la exhibió. ¿Usted cree que la tenía? Yo lo dudo, aunque no creo que eso importe. Y

además del empujón que me dio, me amenazó.

¿Debería presentar una denuncia por brutalidad y amenazas en su comisaría? ¿Qué me aconseja, Dupree? ¿Qué hace usted con alguien que atropella su intimidad? —preguntó Álvaro, deseando rabiosamente que el pato sacara la cabeza del agua.

—Joven e indiscreto visitante de mi pueblo, usted, que es un brioso intelectual de ciudad, con ideas tan renovadoras y dudosos antecedentes policiales, no haga lo mismo que critica, no atropelle mi intimidad, se lo estoy suplicando —contestó Dupree muy

lentamente, parecía deletrear cada palabra, mirándolo desde la inmensidad de su bañera, entre cenicientas burbujas de espuma y olas que iban y venían generadas por los movimientos del gordo. El pato debía estar ahogado para siempre.

—Supongo que en este lugar la intimidad es un bien preciado y difícil de adquirir.

—Supone bien. Usted se metió en mi casa, aceptemos que por error, y, como es bien sabido, un hombre es rey en su propia casa, aunque si quiere saber la verdad, yo acá decido algo más que un simple rey, mmm, casero, digámoslo de este modo sencillo. Es mi responsabilidad como dirigente, usted entenderá que no puedo dejarme llevar por meras pasiones personales, yo debo volar como las águilas y tener una visión del panorama, que es el buen modo de hacer política. Puede ser que a Ayala no le guste usted por un problema de carácter, o de localismo si quiere, pero no me parece algo trascendente.

Estamos para asuntos más significativos, mi joven amigo y, tal vez, debería pensar mejor antes de apoyarse en gente que hasta ayer ni conocía. Esa monja, por darle un ejemplo, no está bien de lo único que tiene, que es su cabeza y, para serle sincero, dudo de su continuidad en un cargo de tanta responsabilidad, aunque eso, claro está, no es de mi competencia. Y el abogado ese, en fin, muchacho, no se precisa mucha lucidez para saber que es alguien que perdió el rumbo. Malas compañías las suyas pero, claro, usted es un hombre libre y responsable y puede hablar con quien guste, de todos modos soy el único que puede ayudarle, se lo digo yo, que no suelo hablar con desconocidos. Su caso me preocupa, está en juego el prestigio de mi pueblo, eso vale mucho aquí en Las Casas. Y coincidirá conmigo en que lo más importante para usted sigue siendo el destino de su mujer. Vaya tranquilo, joven, y ármese de paciencia, no se fije en pequeños roces que no van a cambiar el fondo de la cuestión, en todos los pueblos la gente suele ser desconfiada y nosotros no somos demasiado pulidos. A veces se nos va la mano y parecemos más malos de lo que somos, pero éste es un pueblo de trabajo, es buena gente, un poco tarambanas, ya se lo dije, pero fieles y creyentes, la lealtad es una virtud de mis vecinos. Recuerde eso y vuelva a su pensión.

—No puedo, me echó la dueña, la visita de su comisario fue

demasiado para ella, y créame que la entiendo. No tengo adónde ir.

—Bueno, no desespere, ya va a encontrar algún lugar. Hay gente sencilla y generosa que le puede alquilar la habitación del fondo por poca plata. Por centavos. O por nada.

Éste es un pueblo cristiano y la solidaridad es un bien común a todos los cristianos.

Usted es católico, ¿no?

—No.

5) **El ángel caído**

Miraron la grabación. La videocasetera del abogado era vieja y el tracking se desacomodaba: las imágenes resultaban confusas, se veían demasiados bultos oscuros, fogonazos acompañando los disparos, voces que a Álvaro no le decían nada y que Casero reconoció sin vacilar: Mainieri, varias veces, sonaba descontrolado, Ayala, por supuesto, insultando a su escribiente por balearle el dogo.

—Nerón —dijo el abogado.

—¿Quién? —preguntó Álvaro.

—Nerón, el dogo —aclaró Casero en el momento en que aparecía la voz de Romano, infaltable por supuesto y, más bien, corroborando el mando en su tono; venían más bultos que corrían y pasaban, y sonaban lamentaciones, las ramas del arbusto donde se cobijaba Álvaro no dejaban de tapar la escena, sonaba una familiar y furiosa descarga de balas, había celebraciones, aullidos victoriosos, el auto negro se abría, tiraban un bulto dentro del baúl, ahora pasaba frente a la cámara, allí estaba la cara redonda, distante y difícilmente reconocible de Ayala al volante, el auto doblaba a la derecha, se veía la placa, pero sus números no, brotaban risotadas y algunos disparos al aire: un tradicional son de festejo.

Casero retiró el cassette de la máquina y se sirvió un *whisky*, después encendió un cigarrillo y se sentó. Fumó, bebió y volvió a fumar. Guardaron silencio.

—Esto es muy fuerte, pero como prueba me parece pobre.

¿Se podrá mejorar la imagen? —preguntó Casero al rato.

—El audio no está mal y hay modos de mejorar la imagen si se la trabaja bien, yo de eso entiendo; una isla de edición y una computadora potente me ayudarían y si tuviera una placa digitalizadora de video... —Álvaro se detuvo—. ¿Usted cree que se podrá conseguir algo de eso por acá?

—Por supuesto —sonrió Casero—, el almacén de ramos generales tiene de todo, delo por hecho, nada más fácil que conseguir tecnología punta en medio del desierto. ¿De qué color quiere la computadora?

—La madre Aurora ayer me habló de no sé quién que entra a Internet y después patea débiles mentales.

—Ah, sí, ése…, es el hijo de Romano, seguro que está en la cinta. ¿Quiere pedirle ayuda a él? Puedo darle el número de teléfono. —La sonrisa del abogado se volvió radiante.

—Deme soluciones, Casero, yo no conozco este lugar —suplicó Álvaro.

—Está ese pibe, Charlie Bodoque, muy fiable no es, pero vende una computadora buena, creo, hay que ver si acepta ayudar.

—¿El de la radio? ¿Cómo le voy a dar esto a ese chupamedias?

—Acá todos son chupamedias, m'hijo. Menos yo, que soy el único renegado oficial, aunque no siempre fue así. A mí me perdonaron la vida, hasta ahora al menos. Le voy a contar algo, para desasnarlo un poco nomás, a ver si se orienta: en otras épocas hice grandes negocios con los Dupree; muchas veces con papeles falsos. —Casero bebió un trago y siguió diciendo—: Los del hijo del cura, por ejemplo; ésos no fueron los únicos papeles, ni tampoco los únicos negocios, claro, pero eso fue hace bastante y duró hasta que caí en desgracia.

Usted se dio cuenta de que no era insulina lo que me estaba inyectando el otro día, ¿no es cierto? No es tan boludo como parece, entenderá que no me es fácil blanquear estas cosas ante alguien que apenas conozco, más sencillo sería arreglar el vidrio de la puerta.

Son tantos años con los vidrios rotos, trabajando a la vista del primero que asome, que ya ni lo noto. Esta desidia es sólo en parte gracias a la morfina, que es dulce y muy compañera, y que, en realidad, eso es algo clásico, cuando viene se queda y cada día pide más, es una esposa insaciable y un poco mentirosa. Usted la prueba y conoce la gloria, pero sólo al comienzo. Al final uno se conforma con que no le duelan hasta los pelos del culo. Y ni hablar de trabajos de alto compromiso; ni de bajo compromiso tampoco, tengo que decirle. Yo estaba en lo más

alto y me fui a la mierda, eso es una caída, Álvaro, y es, supongo yo, lo que me volvió poco fiable para ellos. Sólo eso, eh, soy un turro, pero no soy un traidor. Al final se pudrieron y me tiraron por la ventana, milagro que no me tiraran al desierto.

Digamos que soy un ángel caído y mi sucesor es Charlie, que también hace sus negocios con los dueños del paraíso. Él tiene esa radio y hace propaganda oficial, pero eso es para los giles. Es un asunto difícil de captar, ¿por qué algunos se vuelven fiables sin tener demasiado en las manos?, será que él nunca hace preguntas y en cambio siempre da respuestas oportunas, cosa que yo dejé de hacer cuando la morfina se me puso

demasiado cara; por lo que sea, allí estuvo Charlie, que siempre fue un ratón y que de golpe y porrazo se les hizo digno de crédito, y entonces, lógico, le compraron a él. Y el intendente Dupree es buen pagador, realmente pone los billetes que hagan falta.

Además, el negocio de Charlie es más amplio, él vende de todo, ¿entiende?, cuando digo todo quiero decir *todo*, minitas para las fiestas de los herederos, y también varoncitos, que son muy buscados en Los Huemules y se cotizan tan bien; y si quieren cocaína, Charlie les trae de primera calidad y sin cortar, por supuesto que eso es carísimo, pero dinero no falta para las ocasiones importantes.

Y no es que sea un simple fiestero el muchacho, no vaya a creer, algo de tráfico de armas también hace, si se necesita, pero de bajo perfil, eso sí, a nivel pueblerino, entiende, una UZI por acá, alguna pistolita para Romano, un par de granadas para el de más allá, chucherías para la gilada que merodea al gordo, para que estén contentos no más, usted les pone algún fierrito en el cinturón y ya tiene gente leal a su cargo, todo muy livianito, eh, porque Charlie, ah, Charlie, Charlie, él no se mete con los pesados, apenas intermedia, lo que lo confirma como un tipo fiable. Si el cliente paga, él le consigue cualquier cosa, pídale que le muestre el depósito, seguro que allí hay algo de utilidad, computadoras, videocaseteras, tiene lo que le pida. Ahora me consigue la morfina, que nunca fue su especialidad, y me saca un ojo de la cara por cada frasquito porque él es el intermediario del intermediario y eso sube los precios. Además me la vende rebajada, pero eso podría considerarse un favor a mi salud. Yo tenía mucho dinero en esa época, este edificio, por ejemplo, y una chacra en Arizmendi, criaba cerdos para reproducción, llegué a tener un semental premiado y todo, por ahí debe andar el diploma. Y tenía reservas en el banco, bastante, yo estaba como quería.

—Volvió a detenerse con gesto soñador; siguió un trago, luego una pitada, un silencio, tosió un poco, miró a Álvaro y siguió contando—: Casi todo se lo llevaron ellos, porque eso es así, Dios da y Dios quita. Y lo que me dejaron ellos se lo está llevando Charlie, no porque la morfina sea tan cara, no vaya a creer, es que no le puedo comprar a nadie más

¿Entiende eso? Es un negocio protegido y yo soy lo que se llama un cliente cautivo.

Hasta ahora conservo mi estudio, pero pronto se me va a acabar esto también y después, quién sabe, vendrán los perros cimarrones. Por eso me gusta este quilombo.

No sé si con esto vamos a lograr que aparezca su mujer, espero que sí, se lo digo con el corazón, pero yo no creo que haya otro camino para encontrarla. Hay que poner una bomba en el centro de la plaza y hacer volar todo a la mierda, entonces puede ser que alguien diga adónde pusieron a Alicia. Véalo a Charlie de mi parte, por supuesto que va a cobrar por adelantado. —Casero apagó su cigarrillo, sacó unos papeles de un cajón y se los extendió—. Usted dele esto, es mi último título de propiedad, eso lo va a convencer de mis buenas intenciones, dígale que podemos hacer la hipoteca mañana mismo, va a alcanzar para los juguetes que busca y para un tiempo más de mis frasquitos.

Total, después no levanto ni el primer pagaré y él se queda con el departamento, así es el juego y la verdad es que me importa un carajo, yo ya estoy jodido. Y, por favor, que le dé toda la morfina que tenga, dígale que mañana yo arreglo con él los números, igual me va a cagar. Antes de llevarse la cinta hágame una copia, no, mejor haga dos, una la tengo yo y la otra va a mi caja de seguridad en el banco —dijo Casero y anotó algo en un papel—. Tome, es el número de la caja, por si las brujas. A propósito de brujas:

¿usted sabe de quién es el auto negro?

—¿Del intendente?

—Del padre Dupree.

6) FM de Las Casas, la voz del pueblo.

La computadora de Charlie estaba apisonada por varias cajas y todas tenían un sello:

«Secretaría de Salud Pública, Hospital Municipal de Los Huemules: Morfina al 2%, para uso medicinal». En el depósito había cartucheras, cámaras de fotografía, trípodes, un televisor grande debajo de un horno de microondas, varias lectoras de CD, un catalejo, aparatitos indescifrables, videocaseteras, *handies* y teléfonos celulares, cartones de cigarrillos importados, cajas de licores y vinos, *whisky* y champán sobre todo, y por ahí asomaban un par de paquetes compactos de polvo blanco.

—Mucho no te cuidás —comentó Álvaro. Estaba en cuclillas inspeccionando la PC.

—¿De qué? —preguntó Charlie, hojeando el título de propiedad de Casero.

—¿Es cocaína eso? —Álvaro cabeceó hacia los paquetes.

—A vos qué te importa. —Charlie se había detenido entre dos hojas y lo miraba.

—Supongo que nada. ¿Puedo probar esta máquina?

—Claro, anda bien, pero el cliente tiene sus derechos. ¿Para qué la querés con tanto apuro?

—Es para un laburo, tengo que digitalizar un video.

—Un video —repitió Charlie con aire distraído, nuevamente abocado al estudio de la escritura—. ¿Qué video?

—Es privado.

—Quiero verlo.

—No podés. —Charlie alzó la vista y dejó caer los papeles a los pies de Álvaro.

—Tomá la escritura, pichón, y llevásela al abogado, yo no hago negocios que no entiendo —contestó Bodoque y se incorporó para salir.

—Es algo íntimo, ¿qué vas a mirar, el polvo que nos echamos con mi mujer?

—Me importa un carajo tu intimidad, nene, putas me sobran, así que no me dedico a mirar boludeces, pero si no sé lo que hay en ese video, no hay arreglo; corta y sencilla.

Álvaro bajó la cabeza y le dio la cinta. Charlie se puso de pie y dijo:

—En un rato estoy con vos, mientras tanto conectá tu máquina y mirá si te sirve, no sea cosa que me la quieras devolver. La escritura, por favor. —Extendió la mano, sonreía amablemente.

Álvaro se la entregó y cuando se cerró la puerta se sentó en el suelo, temblaba. Encendió un cigarrillo y trató de calmarse. Charlie le parecía imprevisible: era bastante sucio como para entregarle la cinta a Dupree, pero también se reservaba espacio para sus negocios privados y no hacía preguntas, eso era lo que le había dicho Casero; sin embargo, acababa de hacerle la peor pregunta, la más desafortunada. Decidió que no había retorno y se puso a preparar la máquina. Revolvió entre aparatos, detectó lo que buscaba, conectó y probó. Era una máquina aceptable y aunque la plaqueta de video no era muy veloz, tenía programas útiles. Eligió una videocasetera y la dejó conectada al equipo.

Charlie no volvía, encendió otro cigarrillo, buscó más aparatos, encontró elementos para hacer una isla de edición precaria. Eso lo puso contento, pero entonces se reprochó sentirse así cuando Alicia seguía sin aparecer. Después pensó que estaba haciendo algo que podía ayudar a encontrarla y volvió a alegrarse. Y al rato recomenzó el ciclo.

Charlie no volvía. Comenzó a inquietarse, miraba la computadora y se sentía ridículo: un aparato como ese, ahí, listo para hacer un trabajo que normalmente le daba placer, lo conocía por su experiencia en video clips, se había divertido como loco preparando esas producciones. Y ahora se angustiaba, ya no se sentía seguro de lo que estaba haciendo y empezaba a pensar: se metía en terrenos ajenos, a él no le gustaban las situaciones peligrosas, su mujer no estaba, tenía miedo de aceptar que podía estar muerta, no tenía a quién recurrir y el abogado seguía siendo el único apoyo. Abrió una caja de morfina y sacó un frasco: era igual al que había visto en lo de Casero. Dentro de la caja había una

pila de etiquetas atadas con una banda elástica, todas traían la inscripción *Insulina* escrita a máquina.

Charlie abrió la puerta. Venía como endemoniado.

—Esto te va a costar —informó.

Álvaro estaba pálido.

—¿Cómo que me va a costar? Ya te di la escritura.

—Mirá, titán, con el sucucho del abogado ni empezamos a hablar. Esto vale un montón.

¿Qué más tenés?

—Tengo mi cámara.

—No me hagas reír. Cuánto vale tu auto.

—Menos que la cámara.

Charlie pensó un momento, dio un par de vueltas alrededor del cuarto y dijo:

—Para empezar, decile al abogado que no hay más falopa, ni un frasco, y conseguí diez mil dólares para mañana.

—No tengo modo, por favor, no me hagas esto —imploró Álvaro.

—Oíme, hermoso, esto es un cañón —dijo Charlie sacudiendo el video en la nariz de Álvaro—. ¿Vos te creés que me vas a arreglar con dos mangos? ¿Te das cuenta que esto es un riesgo para mí? Si salta que te estoy facilitando el trabajo, termino en el basurero.

Tu amigo tiene recursos, no creas todo lo que dice, cuando le falte el dulce va a hacer brotar guita de la arena.

—Mi amigo —contestó Álvaro desgranando despacio cada palabra, oyéndose decir

«amigo» y, de un modo que se le escapaba, afirmándose de una manera nueva— no va conseguir más plata, se le acabó el rollo y, la verdad, no conviene joder cuando un tipo está tan jugado. Vos estás exprimiendo una tuerca, me parece que es mal negocio.

—¿Eso fue una amenaza? —preguntó Charlie con una sonrisa encantadora.

—Te la hago corta y sencilla, como te gusta a vos, Bodoque, voy captando por qué te dicen así, vos podés quedarte con ese video y mostrárselo al gran jefe o a cualquiera de sus lameculos, pero yo tengo dos copias. Es fácil, salgo de acá, me subo al auto y antes de que levantes el teléfono ya voy a estar a los pedos por la ruta, lejos de los cazadores y de los perros cimarrones. Y te juro que entonces vas a tener que ponerte las pilas y hacer algo por tu vida porque se te va a

poner muy negra. ¿Captás, hermoso?

—¿Y vas a dejar a tu minita acá?

—¿Qué sabés de ella?

—Yo conozco muchas delicias de este pueblo.

—¿Dónde está?

—Ni idea, fiera, pero hay gente que sabe.

—Quién.

—Conseguí las diez lucas. —Charlie lo miraba.

Álvaro tragó saliva, se puso colorado, el pecho se le volvió una tumbadora, aspiró y dio el salto:

—¿Está viva?

—La guita, nene, la guita.

7) **Una esquina estratégica en el centro mismo del pueblo** Parado en la esquina de la plaza, en diagonal al bar y de espaldas a la iglesia, Álvaro hablaba con Casero desde un teléfono público, le explicaba lo que había pasado con Charlie y miraba. Pasaba la gente y ahora Álvaro notaba que aquel pueblo realmente era extraño. Sí, sí, veía a los famosos deformes que casi ni había notado hasta ahora, a las madres que pasaban llevando de la mano a sus hijos rengos y babeantes. Vio una Traffic anaranjada que circulaba despacio por la avenida, del otro lado de la plaza, en dirección a la iglesia, iba la Traffic rebosante de caras que sonreían como desde otra galaxia.

¿Adónde iría?, se preguntaba Álvaro, oyendo al abogado del otro lado de la línea. En el interior de la Traffic se aplastaban jubilosas caras contra las ventanillas chorreadas de saliva, y los ojos orientales bizqueaban mirando las mismas, reiteradas, novedades que cada día señalaban festivamente con sus cortos dedos gordos. La Traffic se acercó lo

suficiente y Álvaro pudo leer la inscripción en su flanco: *Agnus Dei*, escrito en letras alegres como burbujas.

Pasó por la vereda de enfrente un hombre de edad indefinida y gesto reconcentrado, saludando a la gente, a los perros, a los postes telefónicos, y se detuvo frente a los carteles del cine, pegado al bar, en

diagonal a Álvaro. Algo le dijeron los carteles, calculó Álvaro, porque el hombre reconcentrado hizo un ademán, una negativa radical y decidida, dio media vuelta, saludó a un poste telefónico y se alejó en la dirección opuesta a la que había llegado.

Pasó también la mujer del intendente, cretina como siempre, casi enana, con su crochet en una bolsita de red, asomaban hilachas y agujas blancas; ni miró a Álvaro y entró a la iglesia detrás de una señora de pañuelo blanco en su cabeza.

La Traffic se había detenido y ahora bajaban los niños expósitos, se dispersaban por el arenero, se agrupaban y comenzaban con sus juegos que por momentos resultaban claros, como rondas, manchas y piruetas, pero que, de pronto, se volvían extravagancias que no terminaban de cuajar. Surgieron banderas de alguna parte, los chicos se agruparon, cantaron en extraños tonos extrañas letras y rieron como los extraños niños que eran. Algunos más, que no venían de la Traffic, comenzaron a acercarse, el arenero se llenó de alegres y bizarras caras; otros que cruzaban tironearon de las manos de sus madres hacia allí, lograron desviar el rumbo originario, se agregaron a los juegos. Hubo globos multicolores, más

cánticos

incomprensibles —pero ellos parecían

comprenderlos, porque los disfrutaban a carcajadas y babeando—. Pasaron algunos síndromes de Down —tan rasgados sus ojos, tan asiáticos, aunque sus pieles fueran blancas—, conversando distraídos con un par de microcéfalos y todos ellos eran adultos

—si se puede decir que alguien así es alguna vez adulto en su vida—, y pese a las diferencias de edad se mancomunaron estúpidamente y se acercaron al arenero, tomaron algunas banderas y algunos globos, cantaron con todos.

Pese al creciente bullicio, Álvaro hablaba, miraba a la gente y la hora. Veía cómo aquel extraño grupo crecía en número y en ruido, continuaban bailando y canturreando bajo la estricta mirada —siempre oculta debajo de las viseras— de las monjas del cotolengo que los cuidaban, celaban por ellos como las celadoras que eran. Pronto iba a oscurecer y Álvaro no tenía dónde dormir. Vaya al hotel, dijo el abogado. Le pareció mala idea a Álvaro. Vaya al otro hotel, sugirió entonces Casero, pero tampoco prosperó, ese lugar le producía una intensa angustia.

No venga a mi estudio, le advirtió el abogado, ya no es buen lugar para dormir, hay alimañas, ¿entiende? Álvaro no entendía: pasaba una señora llevando de la mano una

hermosa niña rubia como el sol; sería un doble sentido eso de las alimañas, imaginaba Álvaro, y observaba las doradas trenzas de la hermosa niña que pasaba de la mano de la madre, el primoroso vestidito blanco de pequeñas flores celestes y amarillas, su anacrónico cuello de organdí; la niña gritaba y forcejeaba, trataba de morder la corteza de los árboles y la madre la tironeaba de la mano; quizás ese mismo día, u otro no tan lejano, acabara sacándole el brazo del hombro. Al fin la niña arrastró, como los otros antes, a su madre hacia el arenero, logró soltar su brazo y se dedicó, dichosa, a masticar un nogal. Los niños expósitos y sus agregados cantaron, hicieron cabriolas, jugaron a la ronda y a una especie de rayuela sin rumbo ni mapa de acceso al cielo; desangelados como eran, acaso ni les interesara el destino celestial, sólo reservado a los genéticamente puros. Y tanto ruido hubo en esa plaza, tanta vocinglería lunática, que alguien de la municipalidad se asomó al balcón, quizás para ver qué ocurría. Hubo un súbito silencio; como guiadas por una sola voluntad, las caras de los deformes giraron hacia el balcón y las banderas y los globos quedaron —como testigos enmudecidos del abrupto vacío generado— flotando encima de las polimorfas cabezas.

Álvaro calló, acaso atraído por tanto silencio, tal vez por ese inesperado sentimiento de pudor que se genera cuando todos guardan silencio y uno continúa hablando, se pone en evidencia su voz, el tema que trata, algo de una intimidad que se ventila y que queda solapada entre voces, cuando las voces están.

El hombre que se había asomado al balcón parecía saber qué hacer, esperó aún más y la expectativa creció. Todos habían callado y por un momento se oyó el ruido de las hamacas, la brisa que pasaba, el lejano eco de las gaviotas trabajando en el basurero, a tres cuadras de allí; se oyó la voz del abogado que aún brotaba del teléfono y que parecía el único y desautorizado sonido en aquel lugar, un leve murmullo metálico y vacilante. Qué pasa, preguntó la vocecita de Casero. Shh, dijo Álvaro y tapó el teléfono.

El hombre del balcón, ya dueño definitivo de la escena, dejó escapar un momento más y, al fin, sonrió, alzó los brazos, saludó a los chicos y entonces estallaron gritos y risas y se agitaron alegremente los globos y las banderas y todo volvió a la normalidad.

Entonces dígame un lugar, retomó la conversación Álvaro, necesito

una cama para dormir, no estoy dispuesto a correr riesgos otra noche. Y el abogado sugería el cotolengo. Eso a Álvaro le parecía un disparate, pero cuando decía esto y una anciana se desplomaba a su lado echando espuma por la boca y nadie la socorría, lo pensaba mejor y creía que al menos debía averiguar si era factible que acaso hubiera alguna clase de habitación privada; estaría dispuesto a pagar por eso, a hacer una desinteresada contribución a la organización de bien público, qué creía el abogado. El abogado creía que era buena idea, total la madre Aurora siempre estaba y, dado que ya se conocían,

eso facilitaba las cosas, por lo que Álvaro pasaba al otro tema importante que era, efectivamente, si valía la pena negociar con Charlie, que aunque le había devuelto el video, el asunto era que ya lo había visto y eso resultaba peligroso. No importa, replicaba el abogado, Charlie estaba seguro de haberlo agarrado de las pelotas. A quién, preguntaba Álvaro, distraído con el paso de una especie de bicicleta horizontal donde reposaba el cuerpo sin piernas de un hombre robusto y excesivamente cubierto de pelos; el hombre se impulsaba activando un ingenioso sistema mecánico con sus dos gruesos brazos y cantaba La Morocha. A usted, contestaba Casero. Cómo a mí. Y, si le dijo eso de su mujer, indicó Casero. Ah, claro, entiendo, entendió Álvaro, observando a otras dos monjitas que se dirigían seguramente hacia el cotolengo con sus hábitos grises, sus viseras anchas y sus rostros ocultos. Pasaban como emanaciones del desierto cotorreando en, le pareció, otro idioma. A propósito, preguntaba Álvaro recordando al padre Dupree, por qué el cura da misa en latín, yo creía que ya no se usaba. Porque es conservador, reaccionario y preconciliar, claro, y su postura es de un efectivo retorno a Cristo, lo que sea que quiera decir eso, agregaba zumbón el abogado, de todos modos usted debe estar asistiendo ahora a la peor pesadilla del padre Dupree.

A qué se refiere, preguntó Álvaro. Al intenso grado de polución genética de este pueblo, Álvaro, lo que usted ve en este momento ocurre todos los días, le explicó Casero. Y Álvaro lo estaba viendo: Ayala daba una vuelta a la plaza en su nuevo patrullero, dotado de todos los adelantos técnicos necesarios para garantizar la seguridad de los hijos del pueblo; tal vez se había referido a los hijos sin deformidades aparentes o acaso ocultas, una especie distinta de gente, una casta privilegiada que al crecer se sumaba a las huestes de cazadores deportivos que limpiaban los malos genes venidos de vaya uno a saber cuál de los infiernos. Él sabe dónde está Alicia, especuló Álvaro, sin seguir el hilo de la conversación o retomándolo tras mirar a los ojos a Ayala, que en ese momento exacto pasaba muy cerca de él, levantando el pie derecho del acelerador, lo miraba duro y algo le

advertía, o eso parecía. Álvaro, que casi estaba seguro de ese gesto, se lo comentaba a Casero y preguntaba si Charlie ya le habría contado del video. Podría ser, aunque eso le pondría el negocio en riesgo, claro, igualmente era muy probable que hablara después de recibir ese dinero, por lo que él consideraba que tenían algo de tiempo y a fin de cuentas era cierto que él, Casero, tenía recursos, podía conseguir la plata, pero ya no devolverla. En fin, eran malos tiempos, la madre Aurora le podía hacer un préstamo, era un asunto delicado y le recomendaba abstenerse de decirle a ella nada de eso si era que estaba decidido a pedirle asilo y ¿sabe algo?, preguntaba primero para indicar luego, si lo vienen a buscar allí es probable que no puedan entrar, porque nada debería ocurrir sin autorización y el padre Dupree no está dispuesto a allanar sus propias sedes, entiende, así que no es mala idea acercarse a ese lugar y esperar. Una cosa, explicaba el abogado, es secuestrar a un deficiente mental y otra es ingresar a sangre y fuego, bueno, es un poco exagerado, pero es como le digo,

dijo Casero, y Álvaro le agradeció conmovido el dato y ya no dudó, cortó y encaró hacia el cotolengo.

CAPÍTULO XI

SANCTUS

1) Las advertencias

El mural de los infiernos guardaba detalles que se ramificaban y derivaban en nuevos detalles, generándose una arborescencia donde la síntesis parecía imposible; una trama que se tejía en revelaciones escondidas y, a medida que la mirada recorría los ángulos y los recovecos, se iban revelando nuevas escenas que contenían, por los bordes, o en cambios suaves de perspectivas, otros momentos, previos, simultáneos o posteriores; como breves argumentos instalados allí, sucediendo todo el tiempo, pero cobrando significado sólo al ser descubiertos. Unos daban sentido a los otros o lo recibían de los anteriores, armándose a la vista escenas que se desplegaban en una quietud saturada de movimiento, convocando a continuar la exploración, lo cual demoraba al observador y podía retenerlo sin una clara definición del tiempo transcurrido: Un hombre con los ojos cerrados, en una actitud que tanto podía entenderse de pasional como de extremo sufrimiento, que en el gesto alojaba una sonrisa crispada, encadenado a un mástil de madera ardiente, era castigado por una figura vindicadora que se ensañaba con el desdichado: le insertaba una daga —otra más—, de una serie infinita de dagas ya clavadas en el vientre del atormentado. Las dagas, finas y filosas, llevaban una inscripción en la hoja: *confutatis maledictis.* Junto a la cabeza del alma sufriente, en un plano en perspectiva, por detrás y ajena a él, se desarrollaba otra escena: un enorme huevo se quebraba y de su interior surgía una serpiente de maléficos ojos rojos que se abocaba a hincarle los colmillos a un cabrito de aire ingenuo. De la boca del cabrito brotaban negros seres alados, quizás murciélagos, que se alejaban en dirección a una torre cercana, se iban metiendo entre las almenas. En un balcón de esa torre, una mujer

—morena y deseable, sus ojos veladamente aindiados, su melena lacia y oscura se derramaba sobre sus hombros— sonreía mirando hacia abajo, donde yacía de espaldas, recién caída, una figura masculina que aún alzaba sus brazos en dirección a ella. Se le adivinaba al hombre un lúbrico gesto de ansia contrariada; tal vez el infortunado se había derrumbado tras un vano intento de penetrar en aquel recinto, acaso tras haberlo conseguido. La sonrisa de la mujer no decía de una actitud virginal, más bien de cierta malicia. Debajo del horizonte, en un hoyo donde ardía el fuego y en una perspectiva distinta, una figura demoníaca —pero su cara era similar a la de los expósitos que jugaban en el patio del cotolengo— reía insaciable. En lo alto, y fuera del

infierno, dos ángeles de tez clara y cabellos rubios vigilaban desde el cielo y asistían a lo sucedido derramando lágrimas de congoja por los desgraciados destinos de las criaturas de Dios.

El gesto de los ángeles parecía ser el de quien impone un castigo ejemplar a un hijo

amado, padeciendo del dolor de herir la carne de su carne. Parecía que el hombre caído al pie de la torre y el hombre martirizado por el demonio eran en verdad el mismo hombre, culpable del pecado de fornicación. Acaso su muerte había ocurrido tras aquel encuentro con la mujer y por eso estaba ya en el infierno pagando sus culpas.

Era lógico pensar que ella lo había empujado y, si era así, entonces, aquello se trataba de un asesinato, algo asombroso para un mural pintado en un edificio eclesiástico. Parecía que la mujer llevaba las de ganar, se podía deducir que ella debió participar activamente del momento de seducción; su gesto evidente y su cabello desmelenado así lo sugerían: una perra del infierno y sin castigo.

Lo cierto era que la advertencia estaba puesta en el suplicio y en la personificación del demonio, controlando los hechos con su cara de bestia irredenta y ojos orientales. La lengua del demonio, gorda y chorreante, asomaba de su boca en un gesto fácil de reconocer.

2) **Soplar y desplazarse**

Había ingresado al cotolengo ya avanzada la tarde. Era la hora del recreo, de modo que los expósitos andaban por todos lados, jugando sus rondas y danzando sus juegos.

Guiado por la monjita de turno y de cara inaccesible, caminó entre mareas de niños deficientes y monjas que iban y venían dando correctivos y ordenando a los pupilos: algunos se aglutinaban a su alrededor y le dedicaban las más estentóreas risas, lo acariciaban y abrazaban con manos teñidas de innobles colores y de incalificables sustancias que les espesaban la piel y borraban sus uñas, lo besaban con húmedos y generosos labios, le lamían las mejillas dedicándole sus peores alientos, los más indecibles aromas que emanaban de sus cuerpos regordetes, le pedían reciprocidad, caramelos, noticias del mundo exterior, preguntaban si la improbable mamá les estaba cocinando la torta de cumpleaños, cómo era la casa donde nunca habían vivido, cuántos años tenía él y cómo se llamaba, también preguntaban por el nombre de su madre.

Anastasia, contestaba Álvaro por dar cualquier respuesta, queriendo

huir, daba un paso y volvía a florecer la pregunta, esta vez era Manuela, luego sería Josefina.

Otros, en cambio, le dedicaban una indiferencia que Álvaro agradecía en silencio.

Y ahora, parado frente al mural de los infiernos, bajo la atenta mirada del Cristo observador, esperando ser atendido por la madre superiora, Álvaro trataba de entender los nudos y las redes de alusiones más o menos veladas que entregaba aquella pintura

con pretensiones renacentistas, cuando se abrió la puerta y lo hicieron pasar al salón oscuro de sor Aurora.

La monja estaba sentada en su sillón de ruedas, de espaldas a la puerta, miraba por una ventana que daba al patio, donde ahora volvían a salir al recreo los niños desamparados.

—Acérquese —invitó la mujer.

Caminó hasta ella y se paró a su lado mirando al patio. La mujer no iba a desviar su mirada y Álvaro no se sintió autorizado a girarla para hablar de frente, de modo que hablaron sin mirarse, excepto por algunos vistazos furtivos de él, durante los momentos en que la monja contestaba a sus preguntas.

Hubo un recuerdo: era una *kermesse*, Álvaro iba de la mano de su padre, se habían parado frente a un lugar donde se veía una cabeza de mujer colocada sobre algo que su memoria insistía en recordar como un florero, aunque quizás fuera una caja diminuta.

Álvaro había apretado la mano de su padre, no podía sostener la vista puesta en aquello y, buscando lugares para desviar la mirada, iba de aquella cabeza incongruente a los otros espectadores y luego volvía a mirar a la mujer, pero por poco tiempo: aquello era insoportablemente atractivo, un dulce martirio que no lograba soslayar. Álvaro ni miraba ni dejaba de mirar. La horrorosa imagen moderaba su atrocidad cuando la mujer, o más bien su cabeza, sonreía al público mientras el anunciador voceaba el extraordinario milagro de ese cuerpo femenino metido dentro de un florero —que quizás fuera una caja diminuta—, y a un tiempo el don de aquella inconcebible dama de predecir el futuro. Pasen y vean, anunciaba el hombre que, le parecía recordar, tenía una galera amarilla. Vean a la extraordinaria sibila, invitaba a través de su altavoz.

Conozca su futuro, sepa qué le depara el destino, la sibila se lo dirá,

pasen y vean, señores, pasen y vean. No habían entrado al recinto, Álvaro se negó pese a la insistencia del padre: aquella visión que se sostenía en el tiempo era de una potencia turbadora que volvía a presentarse cada tanto. El recuerdo incluía también un dato que se reiteraba: ahora Álvaro no miraba a la cara de sor Aurora y se distraía, sin ver, las evoluciones de los niños expósitos allá abajo.

—¿Por qué vino? —preguntó la superiora.

—No tengo donde dormir —contestó Álvaro.

—Ya lo están buscando —dedujo Aurora.

—No estoy seguro, es posible. Creo que hice una macana, podría ser que ahora estén enterados de que tengo pruebas.

—¿Qué pruebas? —La cabeza permanecía estática, los ojos clavados en sus hijos huérfanos.

—Grabé un video de una cacería. Aparece el comisario manejando el auto negro.

—¿Lo vio alguien? —preguntó la monja.

—Charlie, fui a negociar con él un sistema para mejorar la imagen, porque no es muy clara y Casero dijo que no le alcanzaba para probar nada. Y también me dijo que Charlie era muy discreto, pero insistió en ver la grabación y no tuve opción, cuando lo vio pidió más dinero y no estoy seguro de que no me delate de todos modos.

—¿Cuánto pidió?

—Mucho, diez mil dólares —dijo Álvaro, recordando con un asomo de incomodidad que Casero le había recomendado ser discreto en ese punto y dejarlo manejar el asunto del dinero a él.

—Ése no es el problema. Pero igual lo va a delatar, no creo que valga la pena pagarle.

No le conviene quedarse, le aconsejo que se vaya con esa cinta y haga lo que tenga que hacer lejos de acá.

—Ya me propusieron algo así.

—¿Quién?

—El Tolo, dice que no es seguro estar acá.

—El Tolo, ya veo. Le habrá hablado de los viajes al desierto —supuso la monja.

—No.

—Antes, hará unos veinte años, quizás más, no remataban a mis chicos, los metían en el baúl del auto negro, los llevaban vivos, agonizantes o inconscientes, y cuando llegaban al desierto los dejaban allí. Se decía que aquello era dejarlos librados a la mano de Dios, como en las antiguas ordalías, si alguno sobrevivía eso indicaba que era un puro de espíritu, aunque fuera un tarado genético y por eso Dios le permitía vivir. Pero si estaba muerto al amanecer, si aparecían los restos devorados por los perros, se confirmaba la

tesis inquisitorial. Eso lo hacían siguiendo estrictamente las instrucciones que daba Jean Dupree en su manual: en el desierto, Dios decide, a esto póngale letras góticas y se entiende mejor. Es algo retorcido de explicar, hoy parece incomprensible, pero esas cosas ocurren, los países más avanzados han llegado a esas situaciones, no creo que la cultura cambie nada, son fenómenos que suceden todo el tiempo, de uno u otro modo, y los jóvenes o los niños suelen ser un blanco que se reitera. Es la historia de los santos inocentes, una aniquilación que se concluye de las profecías y sólo sirve para mantener en el poder a Herodes, un rey paranoico.

Aquí, en proporción, sucedió la misma historia, la idea del extermino necesario flotaba sobre el pueblo y la gente callaba, algunos decían no saber nada y otros lo justificaban más o menos en silencio. Si usted insiste desde el púlpito con la idea de una guerra silenciosa, velada, si desdeña a los tibios y exalta a los supuestos combatientes que dicen arriesgar sus vidas por una causa mayor, al fin la gente toma sus argumentos, por desidia o por simpatía; también callan por miedo, porque nadie está exento de parir hijos deformes. Los chicos no tenían ninguna posibilidad de intentar una defensa, los mataban los perros o el frío. Pero eso era al principio, una simple práctica de exterminio, algo difícil de sostener sin quebrarle la moral a los propios sicarios. Que es lo que le pasó al Tolo, justamente, no lo soportó, entrevió la locura mezclada con la política y se sintió abandonado; él era un guerrero de Dios, se había aferrado a la idea de que estaban luchando por algo superior, que aquélla era la forma de rescatar las tradiciones y acabar con el flagelo de los hijos malparidos, pero dejarlos morir de esa manera sórdida fue demasiado para él. No lo disculpo, sólo digo que él creía que un asesinato realizado por una causa justa no era un asesinato, era una reparación, era avanzar sobre un ideal supremo, mantener limpia la sangre. Sigue siendo un hijo de puta, con perdón

de las putas, pero ahora nadie lo respeta.

Finalmente abandonaron aquello para dar paso a algo más consistente, ahora los cazan, porque cazar tiene otra mística, pero al final los rematan, son «humanitarios», es un gesto piadoso; y todo se volvió más clandestino por una cuestión de formas, pero no demasiado. Y además, nadie cree que los perros cimarrones sean los guardianes de Dios o alguna mierda parecida.

Álvaro quedó callado un momento.

—¿De dónde salieron esos perros? —preguntó.

—Eran perros de caza mayor, pero en el desierto degeneró la raza, ya eran fieras entonces, ahora son más peligrosos que los tigres. En la época de Jean Dupree los usaban para cazar huemules, que era un deporte perfectamente legal, una fiesta

popular; mucho después los huemules se fueron extinguiendo o emigraron, y nunca quedó claro por qué los perros fueron quedando en el desierto, simplemente los dejaron allí y por alguna razón nunca volvieron. No hay modo de pararlos, o a nadie le interesa, es otro motivo para no salir de noche. Pero de día es más fácil. Váyase, Álvaro, aquí no hay nada que hacer.

—Me está echando.

—Le estoy sugiriendo que haga lo más seguro para usted.

—No sé nada de mi mujer todavía, no puedo irme. Ese video podría servir, Casero tiene copia.

Sor Aurora guardó silencio, miraba al patio. Sonó una campana y las monjitas salieron a arrear a los chicos. Se produjo una escena singular: al menos veinte monjas indistinguibles, como un pequeño ejército de religiosas, corriendo detrás de los pupilos que no se dejaban capturar, forcejeaban, se escondían, hacían toda clase de cabriolas para huir de las celadoras, chillando de gusto o de espanto.

—¿Le resulta familiar? —preguntó la monja.

—Se los ve acostumbrados, ¿juegan con eso?

—Los chicos siempre juegan, y éstos son chicos para siempre; son tan dóciles… es una cuestión de dulzura y buen trato.

Ellos, así, jugando, se los llevan. A propósito, Casero me pidió una investigación, no pude averiguar demasiado, pero lo que veo desde aquí es que me falta Anselmo, tenía trece años, era un microcéfalo, debe ser él. ¿Aparece en su película? —quiso saber la monja.

—Muerto y muy borroso. Pero yo lo vi de cerca. Retacón, corpulento, parecía mayor, usaba buzo amarillo, algo rengo, creo.

Sor Aurora guardó silencio y Álvaro la espió: lagrimeaba y nada en ella se movía, el busto de una cabeza llorando, la mujer de la *kermesse* congelada y con el antiguo gesto alterado. La monja era una pitonisa que podía adivinar el pasado.

—¿Cuándo desapareció su mujer?

—El lunes a la noche.

—Fue cuando me faltaron Fermín y Lucila. ¿La buscó?

—Donde pude, pregunté en los lugares que me indicaron.

—Le estoy preguntando si la buscó, no si hizo trámites.

Álvaro sintió un ramalazo de angustia.

—No.

—Entonces lo tiene que hacer.

—¿Cómo hago?

—No sé, camine, husmee con discreción. Salga de noche, aléjese si oye corridas y trate de no tropezar con los perros. No es sencillo, pero usted tiene motivos para tomar riesgos.

—¿Estoy buscando el cadáver de mi esposa?

—Véalo de este modo, Álvaro, acá nunca pasó esto, no se me ocurre que la tengan en alguna parte. ¿Para qué la iban a secuestrar? Y cuando sepan de su video las cosas se van a acelerar, no creo que dé para mucho más. Si quiere quedarse acá puede dormir en la torre, pero tiene que saber que esto no es un asilo, es un hecho que alguien va a hablar. Y van a venir por usted.

—Dice Casero que Dupree no allana sus sedes.

—Es verdad, pero usted cambió las reglas. De todos modos, Charlie no

va a hacer nada hasta que aparezca el dinero.

—Pero él podría hablar y cobrar igual. Conque yo no sepa, alcanza, cobra y después me vienen a buscar.

—No importa, igual lo van a esperar, no creo que ellos quieran arruinarle el negocio, él deja dividendos para todos, eso le da un poco de tiempo. ¿Para cuándo quiere ese dinero?

—Para mañana.

—Le voy a dar una parte, véalo y explíquele que está juntando el resto, trate de ganar tiempo. Y roguemos por que muerda. Venga conmigo. —Sor Aurora tomó con la boca un tubo que estaba fijado junto a su mejilla, conectado a un motor detrás de la silla.

Sopló una vez, la silla hizo un zumbido y retrocedió.

—Yo la ayudo, madre.

—No es necesario, esto funciona bien. —Continuó soplando y maniobrando, fue al escritorio y señaló un cajón. Álvaro lo abrió y encontró un fajo de dólares, parecía bastante dinero—.

Ahí hay suficiente, tome la mitad. Charlie se va a engolosinar, es posible que espere. En cualquier caso, le ruego que use ese dinero sin olvidar para qué se lo doy. Toque ese botón, por favor.

Álvaro presionó el botón y apareció una monjita, otra o la misma de antes, la superiora le dio instrucciones a ella y a Álvaro las buenas noches.

—Es temprano —dijo Álvaro.

—Que descanse. Y bajo ningún concepto encienda la luz de la torre —lo cortó la Madre Aurora.

2) Una noche clara en una torre oscura Pero Álvaro no iba a descansar. Ni aquella noche ni las siguientes, porque a fin de cuentas sólo se descansa cuando se puede dejar que el tiempo corra, ya por la mañana retomaremos nuestra actividad normal, se sabe, eso ocurre cuando no hay razón para preguntarse por la vida o, al menos, por el cuerpo sin rastros de la mujer que se ama, ni tampoco para detenerse a pensar si habrá uno cometido tantas torpezas juntas en su vida para ponerla en riesgo, confiar como un infante en el mítico poder de la Chevy, capaz de soportar una marcha forzada sin agua, sin aceite y,

por qué no, sin nafta, y confiar en la indicación sin duda errónea del abogado de negociar con un inmoral como Charlie, y también en que las sedes eclesiásticas son inviolables, pese a la advertencia de sor Aurora, así como confiar en que Charlie callaría para preservar su negocio, del cual comenzaba Álvaro a temer que le costaría la vida, lo que tal vez no fuera tan importante, pensaba, no había que subestimar a un hombre jugado, le había advertido a Charlie, creyendo que era un momento donde la partida se inclinaba a favor suyo, otra ingenuidad, pensaba, y se daba vuelta en el camastro, miraba por la ventana de la torre y las estrellas estaban altas, se vislumbraba el resplandor de la luna fuera del marco de la ventana, estaba allí nomás, la luna, como vigilando la marcha de las estrellas, la esfera del cielo, velando

por el espacio abandonado por el sol, como todas las noches desde que el mundo existía, cuando Álvaro podía descansar y su sueño pesado se desplegaba sosegado, soñaba tan hondo y bonito y amaba tanto ese sueño que alimentaba sus ideas y le entregaba guiones casi enteros al despertar y que, por ese mismo amor, tal vez, por haber sido un tesoro que nunca se agotaba, el más precioso tesoro, no se afectó ni cuando Alicia dejó la cama extraña del extraño hotel del desierto con nombre de ave marina, sí, ella se levantó y él siguió así y ya no hubo más Alicia y quién sabe si la habría, qué sería de ella, estaría en alguna parte, encadenada y esperando a que llegara él a liberarla, esperando al Álvaro de la *road movie* de Álvaro, a sus pasos secos de chapa y piel de víbora, a su 38 con las 13 marcas en sus cachas nacaradas y a su navaja filosa como para cortar un cable de alta tensión. Álvaro se hacía estas preguntas y se sentía estúpido, un ingenuo irremediable, pero pese a todo porfiaba en dejarse llevar con las preguntas de sus sueños: estaría escondida, jugando un juego siniestro, esperando el momento para aparecer, quizás dándole una lección por sus estupideces y sus ingenuidades, justamente, y, en ese caso, qué valor tendría eso ahora que él se había metido en otro juego, más siniestro aún, de creer que la estaba buscando. Álvaro se sentía un duro en el momento de inventar a un duro que sabía qué hacer en cada situación, porque saberlo era siempre cuestión del tiempo que requería el guión y si uno no encontraba las respuestas hoy las podía encontrar al día siguiente o en el próximo mes y entonces, qué estaba haciendo allí, en esa torre oscura y fría desde donde podía ver casi todo el pueblo y, también, a dos cuadras de allí, el edificio que alguna vez había pertenecido a Casero cuando su gloria estaba intacta, con la única luz encendida que indicaba que el abogado estaba en su estudio, quizás durmiendo su sueño de morfina, acaso poseer los dos únicos edificios altos de un pueblo minúsculo tuviera algún misterioso valor

que había unido a Casero con Aurora, dos deformes, después de todo, la cabeza, ella y el rengo, él, extraña yunta que no sabía bien adónde lo conducía, a él, a Álvaro, aliado con esta gente, confiando en ellos, y si acaso era otra ingenuidad, *confutatis maledictis,* otro modo de creer en los Reyes Magos, en el vigor indomable de su mítica cupé, otra daga en el vientre, ahora que él reposaba en lecho ajeno, pero vacío, en una torre que podía muy bien ser la torre del mural de los infiernos, sólo faltaba la morocha desmelenada e impune que viniera a empujarlo para ser recibido por un demonio débil mental. Al menos era un hecho que Aurora no sería esa mujer, ya era un avance y al rato se quedó dormido. O cabeceó un momento y abrió los ojos y vio las estrellas en su sitio, pero bien podía ser que se hubieran corrido, qué sabía Álvaro de las estrellas en el desierto, al sur del mundo, nada, por lo tanto se levantó y se asomó a la ventana, pero la luna estaba alta y era seguro que había dormido, pero no descansado, porque cuando uno duerme con una idea potente en la cabeza, al despertar nota que su sueño ha sido febril y arrebatado, abre los ojos y es como si todo siguiera allí, durmió, sí, pero no soñó, siguió pensando como un delirio, preguntándose dormido por su ingenuidad, y es un modo lacerante de preguntarse o de dormir, estar en el mismo tema

que sigue sin resolución, las preguntas machacan queriendo sacar del pensamiento un jugo que nunca brota porque el pensamiento está hecho de piedra y dolor, de remordimiento y de un imposible deseo de retroceder en el tiempo, comenzar de nuevo y esta vez evitar errores e ingenuidades, un suplicio que, a fin de cuentas, es apenas dar alocadas vueltas sobre el mismo asunto, al infinito, repetir preguntas y soluciones nunca encontradas, volver como se vuelve en las pesadillas a los lugares abandonados con alivio, decir llegué y a un tiempo darse cuenta que se volvió al punto de partida, es decir, que nada cambió en ese breve lapso, como las estrellas en la ventana que, sin embargo, se habían movido, eran otras estrellas y otros fulgores, pero ningún descanso, lo podía atestiguar su cuerpo que ya dolía de estos días febriles de los que este sueño escaso era un ejemplo.

Miró hacia abajo y notó movimiento en el patio y, como la luna alumbraba, distinguió una entrega: una monjita sin identidad llevaba de la mano a dos deficientes, cruzaban el patio que daba a la entrada bañados por la claridad leprosa de la luna. Debían ser las tres de la madrugada, los deficientes iban dóciles hacia el portón verde, el portón verde se abría, un auto oscuro y con las luces encendidas esperaba detrás, las siluetas negras de tres hombres corpulentos se recortaron en el marco alumbrado por los focos del auto, los deficientes se ponían de puntillas para alcanzar la oscura mejilla de la monjita, que se inclinaba para facilitarles la tarea, metían las caras

seguramente babeantes dentro de la visera tenebrosa, le daban el húmedo besito de las buenas noches, salían ahora de la mano de los hombres y era posible que sonrieran, el portón verde se cerraba.

Álvaro no dudó, bajó las escaleras a los trancazos, de a dos y tres escalones, giraba como la rueda de la fortuna, iba a atrapar a aquella monjita entregadora, por una vez alguien iba a pagar esta miseria en que estaba sumido y esta atrocidad de entregar a los deficientes mentales, bajaba y se golpeaba los flancos contra las paredes redondas de la torre, afirmándose como podía porque no había barandas y la luz era escasa, bajaba Álvaro desestimando caídas como el hombre lúbrico del mural de los infiernos, tomado por una ira acaso sagrada, jadeando y vociferando y en algún punto aún oscuro de su conciencia sabiendo que el momento de actuar acababa de esfumarse tras la partida de los débiles mentales, era tarde y hasta reprochable correr detrás de una justicia ya pusilánime.

Llegó a la planta baja, giró, a su derecha alcanzó a vislumbrar a la monjita entregadora que se deslizaba por un pasillo, del otro lado del patio, y corrió hacia allá. El pasillo era largo y a lo lejos adivinaba a la religiosa, que se alejaba a paso rápido.

No vaciló y se lanzó a correr detrás de ella, con lo que la monjita se detuvo, giró y Álvaro pudo adivinar una mirada de alarma sumida en la oscuridad de su cara oculta,

la había advertido con sus pasos y decidió que era tarde para lamentarse, seguía torpe, ingenuo y ahora pusilánime, era el momento de correr a la culpable, al menos eso, ganó distancia porque ninguna mujer corre tanto como un hombre jugado y menos ésta, vestida como iba con sus incómodos hábitos, él achicaba la distancia, pero la monja no se detenía, entonces Álvaro la llamaba, venga, hermana, no se asuste, quiero hablar con usted, pero la pérfida hermanita huía, alzaba sus faldas y aumentaba su velocidad, conservaba la distancia, giraba a la derecha, ingresaba en otro corredor, cuatro trancazos y Álvaro ya estaba allí detrás de ella que, ahora, a escasos metros, se metía en un cuarto, cerraba la puerta pero no echaba llaves, claramente notaba Álvaro la falta de precaución y, acaso sugestionado por sus guiones o por sus sueños, se preguntaba mientras corría si no estaría yendo hacia una trampa, pero si era así ya nada le importaba, decidido como se sentía, avanzaba urgente hasta la puerta de roble, agarraba el picaporte y abría sin más, entraba a un salón con bancos alargados y un atrio al fondo: una breve multitud de hábitos grises, viseras anchas y rostros ocultos giraron hacia él cuando irrumpió al lugar donde todas las monjas del cotolengo se preparaban para rezar maitines.

CAPÍTULO XII

BENEDICTUS

1) Las astas o la cola

A la mañana lo tenía decidido: iba a negociar con Charlie, en primer lugar; después, cuando tuviera algo en la mano, iba a consultar con Casero, y al final, quizás ese día o al día siguiente si había sacado algo en limpio, vería a Dupree. Él era el verdadero objetivo de todo este asunto, a él tenía que llegar con algo más firme. Si lograba procesar la cinta iban a tener que negociar, estaba dispuesto a entregarla a cambio de saber de Alicia.

Lo que importaba era ganar tiempo, aunque todavía no veía bien adónde iba, sabía que el tiempo era fundamental. Salió del cotolengo temprano, la monja que lo guio a la salida no habló, como siempre, iba detrás de ella, medía el riesgo del episodio de la noche, él podía haber perseguido a esta misma monja, cómo saberlo y, de todas formas, qué cambiaba si era o no la misma. La que había perseguido, al menos esa, era la traidora que buscaba la madre superiora, así que esa mujer ya tenía que haber hablado, concluyó, el riesgo era definitivo, no había espacio para más ingenuidades.

Dio toda la vuelta a la manzana, iba en dirección a la radio cuando pasó frente a la iglesia, se detuvo un segundo y todos sus planes cambiaron, decidió mandar a la mierda a Charlie y sus negocios y al poco tiempo que andaba mendigando.

Tenía la grabación, tenía el número de la caja donde estaba una de las copias y Casero guardaba la tercera, era lo que importaba.

Entró a la iglesia, su pensamiento corría más rápido de lo que podía entender; no había oración, algo que le pareció raro, fue al confesionario, entró y se sentó a esperar. Al rato se corrió la tapa de madera y detrás de la ventanilla cribada asomó la cara del sacerdote.

—Perdóneme, padre, porque he pecado.

—¿Qué has hecho?

—He perdido a mi mujer.

—¿Has hecho algo para que eso ocurra?

—No le puse agua al radiador.

—Me temo que no te entiendo. —La voz dura del sacerdote indicaba la alerta.

—El motor se recalentó y fundí biela, tuve que dormir en un hotel del pueblo, mi mujer no amaneció a mi lado y ya no supe más nada de ella.

—Eso no es un pecado.

—Sí, claro, y también filmé la cacería de Anselmo.

—Ya veo. —El cura se aclaró la garganta.

—Y el comisario Ayala aparece con bastante nitidez, padre.

De todas formas, hay imágenes indudables de este pueblo y de un auto negro, que guardan en la casa del Tolo, exsoldado de Dios.

—No parece que esto sea una confesión —dijo al fin el cura.

—Pero lo es y, para serle franco, espero que lo acepte de ese modo, porque estoy negociando con usted y si tiene un resto de dignidad no va a ser tan cabrón de romper el secreto de confesión, padre, porque eso es un sacrilegio, me parece, y si no, es una definitiva mierda para alguien que da misas en latín y se proclama salvador de la sangre pura de su pueblo. No se olvide de las grabaciones, padrecito. Quiero saber dónde está mi mujer —casi gritó Álvaro.

—Silencio, estamos en un lugar sagrado —exigió Dupree sin mentir.

—Tiene razón, padre —continuó Álvaro, quiso bajar la voz que, se veía venir, iba a subir por su cuenta—, pero me importan un carajo usted y los hijos de puta que le lamen el orto, son unos asesinos disfrazados de santos, usted es peor que Satanás y todos sus secuaces, ustedes son los demonios, padre, no los infelices que matan cada noche, y no se olvide que mis cintas están a buen resguardo, no estoy jodiendo, estoy hasta las pelotas de que me toquen el culo, ¡quiero saber adónde está mi mujer!

—explotó Álvaro, los ecos de su voz rebotaron en toda la iglesia, perdida ya la débil compostura del comienzo, temblaba y estaba a punto de atravesar la ventanilla cribada para estrangular al cura. Notó el vuelo de las palomas allá, en lo alto de la cúpula.

—Usted está blasfemando. Creo que la situación justifica hablar en otro lado.

—Me da lo mismo hablar acá.

—En otro lado —le exigió el cura, poniéndose de pie—.

Sígame.

Salieron del confesionario, tres mujeres de pañuelo blanco en sus cabezas desviaron la mirada hacia Álvaro, que seguía al cura. Caminaron hasta una puerta lateral y entraron al despacho de Dupree.

—Tome asiento —dijo, señalando una silla frente a su escritorio.

Álvaro se sentó y encendió un cigarrillo con el Zippo de Alicia.

—Le ruego que no fume —sugirió Dupree.

—No se preocupe por mi salud, padre. Cuando termine el cigarrillo enciendo otro con el pucho de este. Voy a seguir fumando hasta que terminemos de hablar.

—Usted se confunde de enemigo —comenzó a explicar el cura—. Si algo le ocurrió a su mujer, nosotros no somos responsables, acá nadie sabe nada de ella. Y no crea que no sé de su caso, es muy difícil que alguien se atreva a ocultarme algo, usted maneja suficiente información para saber eso. En mi opinión, usted ha errado el rumbo y se impregnó de cuestiones que no le competen. Es probable que su esposa haya visto algo que no debía, pero allí pasó algo distinto a lo que usted supone.

Podría ser que al asistir a esa terrible escena haya intentado huir, cualquiera se asustaría de ver lo que su mujer vio, eso no es una visión para almas sensibles, allí estaban sucediendo cosas que sólo los hombres de armas pueden tolerar. Yo mismo jamás asisto a esos momentos porque soy un hombre piadoso, exijo que se cumplan mis indicaciones, rematar al enemigo es un acto de humanidad, pero eso lo implementan los que están preparados. Nunca un Papa estuvo en las cruzadas, ¿por qué razón iba a estar yo? Para eso se necesita otro temple. Es razonable pensar que ella estuviera aterrada por no comprender lo que veía y haya confundido el rumbo. Me dicen que corrió hacia el desierto, allí su destino escapa a mis manos.

—Claro, en el desierto está en manos de Dios. Muy bíblico todo. Y ustedes son la reserva moral de la humanidad, entiendo, estamos ante una cruzada de incomprendidos que no se detienen a pedir apoyo para cumplir con sus destinos.

¿Voy bien, padre? —contestó Álvaro chupando furiosamente su cigarrillo.

—No tan mal, pero no veo adónde quiere llegar.

—Padrecito, mi mujer estuvo esa noche en el hospital, la llevaba Romano, le suplico que deje de mentirme, no estoy para cuentos de hadas. —Tal como había prometido, Álvaro encendió el segundo cigarrillo con el pucho del anterior, después buscó un cenicero y como no lo encontró aplastó el pucho contra el piso de madera lustrada.

El cura parecía sorprendido, tamborileó sobre el escritorio.

—¿Tiene pruebas de eso?

—Todo pensamiento conduce a la turbulencia, padre, son sus palabras, también dijo que nadie sale vivo de aquí. Son palabras duras. ¿Quién va a abrir la boca? Y, de todos modos, todavía no estamos en un juicio, así que no hablemos de pruebas, acepte mi hipótesis y veamos adónde nos conduce.

—Dígamelo usted.

—Se les fue de la mano, padrecito, eso es lo que creo, ella vio cuando cazaban a Fermín y Lucila, ésos eran sus nombres, se lo comento por si no maneja el dato, Alicia salió a la calle y les hizo frente, porque ésas son cosas de ella, es muy sanguínea mi mujer, y puedo imaginar la escena, sale y se les va encima, y ella no se contenta con palabras gruesas Va y pelea, mi esposa es capaz de trompearlos sin mirar mucho el tamaño del otro o las armas que exhibe, y hasta es probable que se interponga entre los débiles mentales y las escopetas de sus cazadores; los que estaban allí eran Romano, Tanco y Mainieri, puede ser que hubiera alguien más, pero no fue Romano el que disparó, tampoco me parece que haya sido Tanco, aunque ganas no le debían faltar, debería haber visto cómo le miraba las tetas a mi mujer, ese viejo de mierda, y finalmente estaba Mainieri, que tiene el gatillo fácil, dicen que por pelotudo y atolondrado, pero yo creo que hay una mayor perversidad en eso, así que entonces Mainieri le mete bala y la hiere. ¿Voy bien? Es sólo una hipótesis, padre, no sé cuánto la hiere y tal vez no sea grave, seguro que Tanco mira para otro lado, y Romano le recrimina con la severidad de una madre, entonces la agarran, la meten en el auto negro y la llevan al hospital; allí trataron de ayudarla, pero no hicieron nada, porque ya no había nada que hacer o por algún motivo que aún no capto, así que se fueron, pero tampoco sé adónde.

Al rato pasó Ayala diciendo que estaba de ronda y, padre Dupree, me va a aceptar que un comisario no hace rondas nocturnas, aunque sea en un pueblo de mierda como éste.

¿Qué fue a hacer al hospital su comisario, padre? ¿Fue a ver si estaba todo en orden? ¿Si alguien había hecho preguntas? ¿Fue a amedrentar testigos? ¿Usted podría decírmelo?

Y todavía tengo otra duda, me pregunto si no la habrán violado antes de todo eso; de Tanco no me sorprendería y en la guerra ocurren estos excesos, cada soldado elige su

botín, aunque sea una guerra santa, será el modo que el Señor elige para pagar merecidas bonificaciones. Si usted no lo sabe, entonces sus combatientes de Dios lo están engañando, es una hipótesis que me seduce porque habla de su decadencia, pero para serle franco, yo no compro más globos de colores, padre, creo que usted también miente, esas cosas no suceden en Las Casas sin que usted se entere. Y no quiero olvidarme de su hijo, Casero arregló los papeles, pero no la memoria de la gente, y a pesar de todo, algunos son capaces de susurrar sus fraudes.

Dupree parecía a punto de explotar, estaba rojo y seguía tamborileando. Se puso de pie, fue hasta la biblioteca y trajo un libro que dejó sobre el escritorio: *De Verum Naturae,* era el título. Y una extensión en letra gótica: *Tratado de Demonología, historia natural ilustrada de Satanás y sus legiones de abortos, de su origen celestial como ángel de la luz, de su traición a Dios y su caída posterior, de categorías, de príncipes y nobleza infernales, de sus aspectos y sus mentiras, de las variantes que utiliza el Enemigo para entrar en el corazón de los puros*.

Abajo estaba el nombre del autor y la fecha de edición: *Jean Dupree, 1743, Basilea, Suiza.*

Álvaro echó una ojeada breve: allí estaban los deformes del pueblo, las caras regordetas de los mongólicos, las babas del diablo cayendo de sonrisas maléficas, los cráneos en punta, los ojos extraviados, mezclados con patas de cabra, caras bifrontes, culos amenazantes y otras maldiciones del Señor. Dejó caer el libro con una sonrisa cínica.

Realmente ese cura estaba loco de remate.

—Yo jamás miento, impertinente joven, debería saberlo. La palabra de Casero está vacía, él puede dar fe de que ese deficiente es hijo mío, es más, yo lo acepto aquí mismo y si cree que eso me desacredita, entonces vuelve a equivocarse, porque todo eso no vale un centavo.

Aún no se da cuenta de quién soy yo. No obstante, me parece que sus razones guardan cierta lógica, entreveo en su relato la posible finta de algún pícaro y eso, se lo aseguro, no quedará impune. Porque esto no es una mascarada. Usted puede tomarlo con la gravedad que amerita o burlarse, pero aquí, en estas páginas, está la verdadera razón, es por esto que lo hacemos. Si el mundo está ciego, nosotros tenemos los ojos bien abiertos —dijo Dupree, dando golpecitos con el índice derecho en el grueso volumen.

—Usted se va del asunto, ahora quiere venderme su evangelio. ¿Realmente cree que me interesan estas supercherías?

No vine para entender lo que piensan usted y sus trastornados, ni a meter la nariz en sus asuntos de faldas, por mí podría ser padre de todos los mongólicos del mundo, lo único que demuestra es que su sangre tampoco es tan pura y ese, con toda franqueza,

no es mi problema. Lo que creo es que esta locura tiene que terminar. Puede ser que yo caiga con ustedes, pero ya está fuera de control, y las cintas van a llegar a donde corresponda para que esto se le venga abajo. Ya están en camino, todavía depende de mí, pero no por mucho. Si me ocurre algo, tarde o temprano alguien las va a mirar

—mintió Álvaro, algo exaltado, preguntándose si estaba agarrando al toro por las astas o al tigre por la cola—. ¿Lo está entendiendo, o cree que yo vengo acá en nombre del diablo? No me venga con cuentitos medievales, dígame qué hizo su hermano con mi mujer y quizás me calme —terminó de decir Álvaro, ya con los dientes apretados y conteniéndose: su mente se llenaba de imágenes, saltaba encima del viejo, lo ahorcaba, le pegaba con su libraco hasta que le partía el cráneo, le clavaba las dagas del infierno, le pisaba la cara. El cura no se defendía.

—Mi hermano es un idiota, ¿o no lo notó todavía?, ni ponerse de pie puede. Él se limita a satisfacer su gula, es una inmundicia que crece sin límites, un estigma familiar que me avergüenza y me obliga a seguir mi lucha hasta el final. Y yo espero que muera pronto por el bien de todos, él es un descarriado, pero es cristiano y es mi sangre, tan sólo por eso lo sostengo. Sépalo, joven, en este pueblo, Dios soy yo. —Después de un silencio Dupree, alzó la voz con gesto tenebroso—. Aunque vengan de fuera esto no se va a detener, porque sólo depende de mí. Aquí vive quien yo decido que viva y quien muere es por mi voluntad. No hay lugar para pedir socorro, nadie va a escuchar su llamada, esto está sólo en mis manos hasta el límite que marca la línea del desierto. Más allá, habla Dios, los perros son sus

instrumentos.

Todo esto que ve es algo superior y trascendente y es claro que usted no comprende los alcances de lo que estamos viviendo, está aún muy lejos, irremediablemente descarriado. Usted es un sordo que ha entrado por error a una fiesta y no puede entender qué hacen los que están danzando. —Finalizó la exégesis, abrió un cajón del escritorio, sacó una caja de cartón y se la acercó a Álvaro—. ¿Es ésta su herramienta de justicia?

Álvaro quedó aturdido. Tomó la caja, la abrió temblando y allí estaban las dos cintas.

—¿Qué pasó con Casero? —alcanzó a preguntar, y el temblor se redobló.

—Está en manos de Dios.

2) Muerte y libertad No entendió por qué razón después pudo levantarse, caminar hasta la puerta del despacho de Dupree, abrirla, atravesarla, recorrer toda la iglesia y salir a la calle sin que el sacerdote intentara detenerlo. Había sido un golpe muy fuerte y sin embargo, seguía de pie y vivo. Y lo sorprendente de seguir vivo era porque, antes de

irse, ya sin contener sus palabras, y sin tener clara conciencia de lo que decía, anunció que no había terminado, que no era tan idiota como había pensado el padre y que ya iba a recibir algunas sorpresas. ¿Qué sorpresas podía darle él a ese monstruo medieval?

Había salido aferrado al video que aún conservaba en su campera y que le parecía más un mensaje en una botella que una herramienta de justicia. Anunciarle sorpresas al cura era sentarse a esperar que vinieran a buscarlo.

Caminó derecho, no se animaba a cruzar la calle, aquello no tenía ningún sentido, pero el cordón de la vereda se le aparecía como un límite inaccesible y la sola idea de acercársele comenzaba a llenarlo de pavor. De modo que fue hacia la izquierda, caminando como un anciano, despacio, llegó hasta la esquina, miró al bar donde Romano tomaba su ginebra junto a Ayala y los dos lo observaron, más allá, Mainieri montaba guardia en la puerta de la comisaría y también lo miraba. Llegó Tanco en bicicleta y se detuvo al verlo. El Tolo estacionaba la chata frente a la municipalidad, veía pasar a Álvaro y ya no tenía nada que decir, cerraba la puerta —Álvaro percibió el lejano portazo como un chasquido arrastrado por el viento— y se

dirigía al bar, entraba, se sentaba con Ayala y Romano, pedía una ginebra y se sumaba al coro de observadores.

Con diez ojos en la nuca, dobló por la esquina en dirección al cotolengo, daba pasos vacilantes, iba noqueado, inestable; si había sogas en el *ring*, él ya no sabía dónde estaban, faltaba alguien que tirara la toalla, estaba solo, confundido, y lo iban a matar.

Caminó toda la cuadra notando que uno no se aleja de la mirada, apenas si se sale de foco. Y si la marcha es lenta, entonces es posible que los mirones no pierdan detalle. El detalle era éste: un hombre joven, de aspecto derruido, con una campera negra de cuero que le daba cierta dignidad por la nobleza misma del cuero, no por quien la llevaba puesta, caminando a paso lento y como si le doliera mover apoyar sus pies, desplazar la ya adelgazada masa de su cuerpo, con las manos en los bolsillos, el pelo sucio y revuelto, la cabeza inclinada, vigilando el terreno donde daba sus doloridos pasos.

Podía intuirse un vago temblor, aunque eso era más una inferencia que una verificación, no era que temblara sino, más bien, que estaba acabado y, en todo caso, el temblor que se percibía indicaba algo de ese estado del animal herido que sabe que en cualquier instante viene el remate, la plena conciencia de que se está viviendo el momento previo a la definición, entregado, seguro de que ya no hay más por hacer, la lucha ha cesado y el instinto de supervivencia, si es que existe, ha retirado sus posesiones, porque ya ha cumplido, si no con su faena de mantener vivo al ser donde se aloja, al menos con el sentido de esa función en particular, que es un cometido signado por el fracaso desde su origen mismo, y ya ha acudido a rescatar a algún otro con mejores posibilidades, lo que sin duda trae un estado de desconocida paz, incluso de

cierta ansiedad porque finalice la historia de una vez, que cese cualquier expectativa, que termine el esfuerzo, que suene el balazo que tarda en venir, la eternidad de las almas es una idea insoportable: una conciencia encendida por siempre, fluyendo, asistiendo a la historia, sabiendo sin límites, ese horror indecible, saber es un acto de dolor extremo y un saber infinito sólo cabe en el peor círculo del infierno. Entonces la muerte es la única libertad.

Esto es lo que hubieran respondido los observadores, de habérseles pedido la opinión, mientras Álvaro avanzaba penoso en dirección a la esquina, un objetivo de humildad tal resultaba conmovedor, no era tanta su pretensión, después de todo, dar ese paso y no más, la esquina era un ciclo mínimo, una etapa famélica, era apenas la

posibilidad, la noción misma de posibilidad ya era destacable, de que algo viniera luego, algo que era sin duda el cotolengo, su último refugio, con el mural de los infiernos, la torre oscura y la compañía de sor Aurora. Pero llegar allí era aún una meta prematura, debía recorrer mucho para conseguirlo, eran cien agobiantes metros, cien terribles dimensiones de un desfiladero que se estiraba angustioso, incoherente, abrumador. Los observadores dirían en este punto que eso iba más allá de cualquier racionalidad, podía interpretarse el gesto como el del perro que acaba de ser aplastado por un auto, está caído de lado, vomita sangre, sus ojos ya están nublados y, sin embargo, mueve la cola. ¿Podría decirse que eso indica alguna clase de celebración por parte del perro? ¿De vitalidad?

¿Algún deseo de continuar? ¿Cómo se congenia una hemorragia interna brotando de la boca con ese inconfundible gesto de alegría? ¿Y qué decir entonces de este casi imperceptible cambio en la actitud de Álvaro que ahora que apuraba el paso, se lo veía, descontaba esos metros, arribaba a la esquina antes de lo que suponían todos el momento previo? ¿Habría que pensar que aún guardaba alguna clase de esperanza, que el famoso instinto de supervivencia no lo había abandonado después de todo, que seguía de pie y noqueado y que en verdad lo que se imponía era un definitivo golpe de gracia, un *cross* a la mandíbula, para continuar con la metáfora del boxeador que se había instalado en la mente de Álvaro, o un tiro en la nuca, yendo más al lenguaje del cazador, propio de aquel pueblo de guerreros, un piadoso gesto del campeón invicto que pusiera fin a aquella desgarradora agonía? Hombres de fe, los observadores creían que si Álvaro aún porfiaba en su actitud era porque aquello ya se había estirado más de lo aconsejable, lo mejor era dejarlo ir, si era que iba a llegar a alguna parte, que claramente era el cotolengo con su mural del infierno, su torre oscura y la tal sor Aurora, y seguir esperando, que la paciencia es la máxima virtud del cazador, ya habría tiempo de rematar al obcecado y dar por terminada aquella triste historia.

Que un hecho resultaba seguro y era que de ninguna forma ellos gozarían de ese desenlace, no se disfruta la derrota de un luchador, se lo honra y se le da cristiana sepultura.

Y queda por siempre en la memoria de los sobrevivientes.

3) Ver y decidir

Llegó al portón verde y llamó. Mientras esperaba, Álvaro espió varias veces por encima del hombro, pero nadie hubo a sus espaldas, ni tampoco vinieron las monjitas a abrirle, por lo que volvió a llamar,

golpeó, probó el picaporte y el portón se abrió. Adentro jugaban los deficientes, caminó entre ellos, lo saludaron y los saludó, avanzó por un territorio que ya le era familiar, lo único familiar en aquel pueblo. No vio tantas monjas como era habitual y eso le llamó la atención, pero no se sentía en condiciones de preocuparse por asuntos ajenos. Fue hasta el mural de los infiernos, siempre bajo la perseverante mirada de Cristo, observó de pasada al supliciado y le pareció un viejo amigo, se detuvo frente a la gran puerta de madera, golpeó dos veces y la voz de Aurora —ese cobijo—

lo invitó a pasar.

—Usted debe encerrarse en la torre y esperar, ya el tiempo se acabó. Aún es posible que no quieran ingresar aquí, ya lo ha visto, por ahora ellos sólo llegan hasta la puerta.

Podrían hacerlo, de hecho el portón está sin cancela, y nadie los va a detener porque tampoco es un asunto de fuerza, pero es posible que ya den por concluida la batalla, usted y su mujer han sido un mero accidente y si Dupree tiene las cintas, usted ya está perdido —dijo Aurora tres escuchar el relato de Álvaro.

—Todavía conservo una copia. Casero tenía dos y yo guardé la original —musitó Álvaro, mirándose las Nike Air: estaban tristes.

—¿Y qué podría hacerles? No parece un gran negociador usted.

—La cinta es mala, podría intentar grabar algo más, salir a buscar detalles, ir al desierto, todavía es temprano, puede ser que encuentre algo que valga la pena. Podría simular mi partida, irme con el coche y después volver. No puedo irme así, mi mujer está por aquí, en alguna parte, podría estar viva.

Ayúdeme, hermana, no puedo dejarla acá sin pelear hasta el final.

—¿Y qué le hace suponer que éste no es el final?

—Esto sólo se va a acabar cuando encuentre a Alicia —respondió Álvaro. Parecía firme, o también terco.

—O cuando lo maten a usted. Ellos no son estúpidos, no van a creer esa charada, si se va no vuelva. Van a estar vigilando sus pasos. Sígame —indicó Aurora, y sopló el tubo neumático en dirección al fondo del salón. Allí, detrás de una cortina, se disimulaba un corredor bajo y mal iluminado que desviaba hacia la derecha, sor Aurora ingresó por allí y avanzó, Álvaro la seguía de cerca, la monja parecía

tener más aire que él. La silla rodó hasta el fondo del corredor donde había una puerta—.

Abra —indicó.

Álvaro abrió y pasaron a un cuarto pequeño, sin ventanas, donde había una silla y un camastro. Allí descansaba un pupilo.

—Éste es Patricio Dupree, sólo usted sabe que está aquí.

Ni su padre conoce la existencia de este cuarto. La monja que se ocupaba de él se fue hoy y me era leal, por eso la obligué a irse. Todas se están yendo, lo habrá notado. Yo también estoy perdida, si tengo suerte me trasladarán a otra diócesis, pero no es tan seguro. Llegado el caso, este chico puede ser una carta fuerte, espero que la use con mesura. ¿Usted es cristiano?

—Sí.

CAPÍTULO XIII

AGNUS DEI

Esa noche, en la torre, Álvaro guardó sus armas: dejó conectada la cámara, cargando las baterías, revisó los videos que tenía para usar, dudó en borrar las tomas para su próxima película hasta que decidió que seguía pensando estupideces.

El único video que no iba a tocar conservaba las imágenes de su mujer hasta el final, los demás estaban disponibles. Si ellos lo cazaban ya nada iba a importar, así que todo estaba claro.

Desde la ventana veía oscurecerse el patio, a medida que el sol caía y la luz declinaba, los chicos de sor Aurora iban raleando solos, se metían en sus cuartos, lo que era extraño de ver, casi no circulaban las monjitas de rostro impenetrable, y el orden se mantenía sin necesidad de celadoras.

Sor Aurora había insistido en que esperara en la torre mientras ella se quedaría en su eterno salón en penumbras, observando por la ventana lo mismo que él estaba viendo en ese momento. Álvaro alzó la vista hacia el Huemul I y notó que una luz seguía encendida: ni siquiera habían tenido la gentileza de apagarla cuando le cayeron encima a Casero. Ya iba a venir alguien a tomar posesión y se iba a ocupar de eso, pagar la cuenta de la luz era una bicoca comparada con el precio cero de esa oficina. Se llenó de rencor y de golpe tuvo la extraña compulsión de correr a apagar aquella luz. ¿Cuánto había hasta allí? Dos cuadras, como máximo. ¿Qué tenía de raro que saliera al atardecer a dar un paseo? Ya estaba harto de jugarla de Phillip Marlowe, ¿qué era eso de buscar a su mujer haciéndose el duro?, se mortificaba. El resultado estaba a la vista. No era bueno para negociar, había dicho sor Aurora, y era cierto, era un fracaso absoluto, un inútil, no había hecho nada bien. Ni la grabación que conservaba servía para nada y, además, esa fantasía de procesarla para mejorar la imagen era una verdadera pajería, porque para ser franco —y le costó pensar esto, fue como dar un paso a ciegas, tembloroso, sin saber si iba a pisar suelo o vacío—, él la guardaba porque en el fondo conservaba la esperanza de volver y contar la historia, un deplorable modo de trascender como director de cine. Se sintió un roñoso, su mortificación crecía como un espantapájaros acusador, era cierto, se había dejado llevar por las fantasías más mezquinas, pero también sabía algo: si todo eso estaba ocurriendo y nunca había trascendido más allá del pueblo, si nadie había venido a preguntar nada, entonces cualquier denuncia, y más con una grabación pobre y oscura, iba a ir a

parar al tacho de

basura. ¿O realmente había creído que mostrar la cara borrosa de un gordo fofo manejando un auto irreconocible alcanzaba para hacer saltar aquella locura?

La verdad era que Casero ya estaba demasiado perdido con tanta morfina, estaba jugando una carta absurda y lo que buscaba era sacarse la sangre del ojo. A él lo habían dejado caer y su única intención era que le permitieran volver al paraíso de los Dupree, todo lo demás era simple especulación. Así y todo, el abogado no se merecía un final así, ni tampoco un homenaje póstumo y ridículo, pero Álvaro no sabía hacer las cosas bien, vivía metido en un mundo de celuloide, veía la vida como cuando iba al cine, desde su butaca y comiendo pochoclo.

Decidió ir a apagar la luz.

Bajó al patio vacío, lo cruzó sin percibir señales de movimiento, entornó el portón de metal verde y salió. La calle estaba vacía, el cotolengo reproducía puntual el ritmo de Las Casas. Pronto iban a venir por los chicos y la ciudad iba a ser zona liberada otra vez.

Caminó hacia el centro tratando de ir por lugares vacíos, alegrándose porque sus zapatillas no hacían ruido, como cuando era chico. Iba casi contento, tuvo ganas de tararear, era la dulce inconsciencia en que había vivido, aquello no era una película, pero era lo único que sabía hacer, ser un idiota inofensivo que se divertía con sus propias invenciones. Un artista, eso era, y la verdad era que los artistas no jodían a nadie, apenas si dedicaban sus vidas a perseguir el sueño loco de satisfacer un agujero gozoso que reclamaba nuevas ideas. Si alguien se ofendía con eso, no implicaba que el artista fuera peligroso, aunque tal vez lo fueran sus creaciones, y era dudoso pretender que el que hacía esas cosas fuera responsable de ellas. Un artista producía por un mandato que lo excedía, era apenas un instrumento, un deficiente mental jugando sus rondas en el patio del cotolengo. Caminaba y amaba a esos chicos, se sentía más amigo de sor Aurora que nunca.

Llegó al edificio, trepó los cinco pisos jadeando y jurando dejar el cigarrillo cuando terminara aquella desgracia. Entró a la oficina y se encontró con Romano. Estaba en la silla de Casero, revisando cajones del escritorio.

—Ahá, llegó el héroe de las películas, cómo le va, muchacho, ya sabía

yo que iba a venir por acá, no sé por qué no me jugué la apuesta con el Tanco. Él estaba seguro DE que usted se volvía a casa hoy mismo y yo le decía, mirá que el pibe es cabeza dura. Un boludo soy, no me tuve fe —explicó sonriente el puntero, a modo de bienvenida.

—Apuesta, ¿de qué habla?, ni yo sabía que iba a venir —preguntó Álvaro, desconcertado.

—Uno no nació la semana pasada, ¿se da cuenta? Y a usted acá le tenía que quedar algo por terminar, estaba cantado.

Apagar la luz, aunque más no fuera. No, eso fue un chiste, no se me ofenda, pero por algo vino y aunque yo no esté muy seguro, puedo suponer. A fin de cuentas, usted vio las cintas en lo de Dupree, pero no su contenido, calculo que no había una videocasetera a mano. ¿Me equivoco?

—Por favor, siga hablando.

—A Casero le sacamos una copia, una solita, pero tiene que haber otra, el tipo no era tan ganso como para conservar todo su capital encima. Él guardaba las cosas de valor en el banco, pero fue vivo, mientras estuvo vivo, claro, y nadie sabe el número de la caja. No es tan difícil conseguirlo, pero eso demora, y la realidad es que Dupree jugó al póker con usted, lo único que quiere es que se vaya del pueblo y no le rompa más las pelotas.

Después, cuando todo se normalice, ya va a tener tiempo de encontrar esa cinta.

—¿Y usted qué quiere?

—Calculo que el número de cuenta se lo debe de haber dado a usted, un modo de salvaguardar la mercadería contra posibles accidentes celestiales —dijo Romano y agregó—: Usted todavía tiene una carta, puede farolear un poco, yo lo puedo ayudar.

—¿Usted entregó a Casero?

—Por qué dice eso.

—Sí, fue usted, eso explica que estemos hablando acá. Yo soy un paria, casi estoy muerto y ahora me quiere ayudar, no es tan buena persona, Romano, o quiere alguna tajadita o me está por hacer cagar del todo.

—Se me ha vuelto desconfiado el hombre. —Romano lo miró derecho y agregó—: La verdad es que yo podría llevarlo ahora mismo al campo, le meto un balazo y me voy a cenar a casa.

Es obvio que fue Charlie el que habló y le digo más, me juego los zapatos a que él sacó su propia copia mientras usted esperaba en el depósito, nunca confíes en los fariseos,

hermano mío. Lo único que quiero es darle una mano, siempre es más saludable que a uno lo ayude alguien del riñón, si me sigue.

Y si podemos hacer un negocio, ¿cuál es el pecado? Quién sabe si me estoy volviendo bueno, tanto machacar con la piedad y el amor al prójimo.

—Adónde está mi mujer, Romano.

—No sé, se lo juro por mis hijos —contestó el otro con gesto angelical.

—¿Por qué fue aquella noche al hospital?

—Estaba herida, la rozó un balazo. Nada grave, no se asuste.

—¿De Mainieri?

—Ahá, se está volviendo astuto.

—Qué pasó después.

—La llevó Tanco.

—Adónde.

—Tampoco lo sé. En Las Casas hay preguntas que no conviene hacer.

—¿Fue con Mainieri?

—Muy bien, segunda deducción acertada. Pero Mainieri se rajó y lo dejó solo con ella.

—¿Y después?

—No apareció más. Pero despreocúpese, acá el que manda es Tanco, él es el segundo de Dupree y nadie lo toca. Yo soy un cadete, sirvo para los mandados nomás.

—Él la violó —preguntó o confirmó Álvaro temblando.

—Podría ser, ganas tenía y su mujer demostró ser brava.

Viera la patada en las bolas que se comió el viejo ese de mierda —comentó Romano divertido.

A Álvaro se le arrugó el corazón, amó a Alicia con toda su alma, se sintió orgulloso de ella. Se le cayeron dos lágrimas y desvió la cara hacia la ventana: desde ese lugar veía el patio del cotolengo, una cajita pequeña y blanqueada por la luna creciente, detrás estaba la torre oscura donde se cargaban las baterías de su cámara. Divisó el auto negro que circulaba por la calle del cotolengo, el auto se detenía enfocando el portón verde.

Descendían las siluetas oscuras de algunos hombres, esta vez cruzaban el portón, entraban más siluetas, se dispersaban, al rato volvían con varios chicos. Bajo la luna blanca creyó ver que alguien empujaba una silla de ruedas. Aquello se había vuelto grande. Comenzaba el deporte favorito de los huemulenses.

—¿Cómo les dicen a los nacidos en Los Huemules?

—Huemules, así nos dicen. Ni huemulenses ni huemulinos, por favor. Los huemules somos nosotros, siempre fue así, desde que empezó el pueblo.

—Sí, y también están desapareciendo, me doy cuenta —contestó Álvaro, abstraído con la escena que veía como en una maqueta. Había un movimiento diminuto allá en el patio y aunque era difícil distinguir, tampoco era necesario: ahora salían las monjitas de caras escondidas, cruzaban el portón.

—No vaya a creer, nosotros somos duros y Dios es un huemul. Vea, muchacho, le propongo un negocio, usted va al banco y saca la copia, yo me hago el distraído y le cubro la retirada, nos encontramos en Arizmendi y le vendemos la cinta a la televisión.

Como está el mundo, en dos días van a venir hasta de la CNN. Podemos hacer guita para vivir tranquilos por todo el resto, hasta podemos filmar su película.

Se produjo un silencio, Álvaro seguía mirando por la ventana. Se dio vuelta, miró al puntero y sacó el papel con el número de cuenta.

—Mirá lo que hago con tu negocio, hijo de mil putas —dijo Álvaro, mostrándole el papel, y se lo comió.

Romano quedó estupefacto. No se levantó, no hizo ningún movimiento y no dijo nada.

Cuando Álvaro salió de la oficina escuchó la voz frenética del puntero llegándole desde las alturas:

—Más te vale esconderte dentro de la concha de tu madre, pendejo, porque te voy a hacer mierda con mis propias manos.

Y enterate, a tu mujer me la cogí yo, ¿me estás oyendo? Le rompí el orto toda la semana y hace dos horas le metí el plomo en la nuca. ¿Oíste eso, cornudo? Y agarrate bien fuerte, porque ya estás jugando tiempo de descuento.

Bajó corriendo las escaleras, aturdido, frenético, aterrado de que Romano lo persiguiera, no tenía cómo defenderse; sin embargo, siguió solo hasta que llegó a la salida del edificio.

El puntero no tenía apuro, podía cazarlo después o mañana, contaba con todo el tiempo y el poder del universo. Álvaro se paró a un lado de la puerta y esperó. Al rato oyó pasos serenos, el hombre venía silbando. Lo vio pasar a su lado, lo dejó dar un paso más hasta que estuvo delante de él y entonces lo agarró del cuello. Lo tumbó de espaldas, le pegó un puñetazo en la cara, y después siguió pegando; Romano parecía no entender de dónde salían esos golpes y no se defendía. Le pegó más, se le montó a horcajadas sobre el vientre, lo agarró de las orejas y comenzó a golpearle la cabeza contra el cordón de la vereda, vio el gesto de sorpresa y espanto de Romano y gozó como un salvaje, vio sus ojos cerrados y su boca abierta sin gritar, se enardeció, eso dolía y derrotaba: Álvaro lo estaba matando y ya no se iba a detener, no era su voluntad la que castigaba, algo brutal e incontrolable lo estaba llevando por delante. Golpeó y tiró y arrancó sin fijarse demasiado en lo que iba quedando enredado entre sus dedos. Fue una extraña batalla silenciosa y de un solo contendiente, el caído nunca atinó a comprender lo que estaba ocurriendo ni tampoco intentó resistencia. Álvaro no habló, ni gritó, todo era un gruñido colérico que acompañaba sus movimientos. Sentía el cuerpo del puntero corcovear bajo sus piernas y seguía pegando. Descargó todos los mazazos que su cuerpo le ordenó, pegó y pegó hasta que Romano se tranquilizó. Entonces se puso de pie, empapado con la sangre del criminal, casi sin aire, trastornado y exhausto.

Miró alrededor, pero todas las ventanas estaban cerradas, como debía ser. Lo revisó, le sacó el revólver, lo guardó en el cinturón, después lo tomó de los hombros y lo arrastró al interior del edificio, abrió la

puerta tijera del ascensor y dejó caer el cuerpo en el hueco, había un par de metros hacia abajo, a lo sumo, descontando los resortes de seguridad y la basura acumulada. Cuando Romano golpeó en el fondo, Álvaro escuchó un gemido. Se extrañó, aguzó el oído y percibió una sibilancia, un jadeo estertoroso.

Cerró la puerta y se fue.

CAPÍTULO XIV

LUX AETERNA

El cotolengo parecía vacío. Corrió hasta la habitación de la torre, que seguía a oscuras y sin tocar, tomó su cámara, el bolsito de Alicia, bajó hasta el patio, fue a la sala de sor Aurora, pero la monja ya no estaba allí. No se iba a detener a averiguar nada, la suerte estaba echada. Cruzó la cortina del fondo, fue a la habitación de Patricio y lo despertó.

El chico se sobresaltó al ver a ese hombre desconocido y ensangrentado.

—Hola, Patricio —le mostró la cámara—, yo soy de la tele. ¿Te gusta salir en la tele?

—Álvaro encendió la cámara y lo miró a través del visor. El chico sonrió y se dejó hacer.

Ronroneaba.

—¿Cómo te llamás? —preguntó Álvaro, grabándolo.

—Me llamo Patricio, ¿y vos? —La cara de Patricio estaba iluminada.

—Yo me llamo Álvaro, quiero que bajemos a la calle y vengas conmigo, hoy vamos a hacer una película. ¿Tenés ganas?

—Vamos. ¿Es una del espacio? ¿Es de *La guerra de las galaxias*? ¿Está Arturito?

—preguntó radiante el chico, que tenía la cabeza grande en la frente y aplastada a los costados. No parecía un oligofrénico profundo.

—No, esta es de tiros, pero vos no te asustes porque yo te voy a cuidar.

Cuando salieron ya se oían algunas explosiones en el fondo oscuro de la avenida, donde estaba la estancia de Dupree. No se veía movimiento cerca y caminaron sin dificultad hasta el auto, que estaba estacionado a media cuadra. Álvaro sentó a Patricio a su lado, le puso el cinturón de seguridad, verificó que las ventanillas estuvieran cerradas y las puertas trabadas, preparó la cámara, prendió la luz interior de la cabina, puso luces largas, dio encendido y avanzó en dirección al ruido. La cupé era una seda, el motor apenas se

escuchaba.

Llegaron a un cruce y cuando vinieron sonidos comenzó a grabar: delante de los focos, como en una escena de vodevil, pasaron dos nenas corriendo, iban tomadas de la mano, con sus camisones blancos, una más rubia, la otra morena, a esa distancia no se distinguía si eran deficientes o no y parecían más un sueño que aquella pesadilla: un instante después, cuando las nenas salieron del foco, pero sus camisones indicaban

todavía en qué arbustos mirar, los perros cruzaron como flechas frente a la cupé y todo fue grabado; también cuando sonó un disparo desde la derecha, aún fuera de plano, hacia la izquierda, donde las nenas ya estaban arrinconadas por los dogos; luego vino otro tiro igual, que la cámara registró, implacable. Patricio gemía y Álvaro le tomaba la mano. Entonces Mainieri entró en el plano desde la derecha, venía con una escopeta y disparó por tercera vez y, por tercera vez, su disparo fue capturado, ahora con la imagen de él en el exacto momento en que notaba, primero, la luz y, luego, a Álvaro dentro del auto. La cámara tomó el detalle del gesto, que corrió de la sorpresa primero, al ver a Álvaro, a la furia después, cuando giraba hacia él, alzaba el arma, le apuntaba y avanzaba hacia el auto. Hubo un *zoom* y un primerísimo plano del arma y, detrás, al abrir la lente, del rostro estupefacto de Mainieri, de sus gestos amenazadores: algo decía que no se iba a entender, aunque era claro de qué se trataba. Patricio se agitó.

—Tranquilo, no te va a hacer nada —lo tranquilizó Álvaro, y sacó el revólver de Romano.

Mainieri caminó algunos pasos y se detuvo. Se agachó un poco, sin bajar el arma, y reconoció a Patricio, sus ojos se abrieron, miró alarmado a Álvaro, que apuntaba a la sien del chico con el revólver, y volvió a mirar a Patricio. Álvaro siguió grabando cuando Mainieri se agachó, tomó su gesto de asombro al ver el rehén que traía, y cuando bajó su escopeta lo registró, y cuando dio media vuelta y cuando se alejó corriendo hacia la fronda oscura.

—¿Ya está? —preguntó Patricio. Estaba aterrado.

—Todavía no. Vení conmigo. —Álvaro guardó el arma.

Bajaron del auto, corrieron hasta la esquina y se escondieron detrás de un paredón casi destruido que daba a un baldío.

—Calladito ahora, Patricio, enseguida van a venir más señores con

armas, ellos no nos van a ver, pero nosotros sí, y vamos a filmar todo para la tele. ¿Sí?

—¿Qué está pasando?

—Parece que cazan a tus amigos del hogar, pero es una película, nada más. ¿Ves? Mirá allí.

Álvaro hizo un *zoom* de ochenta metros y tomó a Ayala, apareciendo bajo la luz de la luna y cruzado por los focos de la cupé; era una imagen fantasmal, obesa y feroz que llegaba con tres hombres más; el comisario llevaba de los pelos a un mongólico gordo y

petiso que berreaba y forcejeaba. Álvaro entendió que se habían desencontrado con Mainieri, eso le daba un poco más de tiempo. El deficiente no dejaba de forcejear, lo arrastraban y chillaba, pataleaba y manoteaba hasta que el comisario sacó su revólver de la cartuchera, se lo puso en la frente y gatilló: la cámara registró la cabeza que estallaba y la sangre salpicando su rostro y su camisa.

—¿Es de verdad? —preguntó Patricio llorando.

—Silencio ahora —ordenó Álvaro. Patricio se comió las lágrimas y los mocos.

Venían más hombres y confluían hacia Ayala, que ahora se fijaba, asombrado, en la Chevy de Álvaro. Recién en ese momento llegó Mainieri, atolondrado, privado de estrategias, se acercó al comisario y se puso a hablarle; señalando el auto hablaba y el comisario apenas escuchaba y pisaba las palabras del escribiente, le preguntaba, lo interrumpía, le ponía caras, entonces Mainieri le daba explicaciones, muchas, todas las que le eran exigidas y, mientras explicaba y volvía a explicar y a gesticular indicando los sucesos en el auto, la expresión de Ayala cambiaba, ese hombre no podía creer lo que estaba oyendo, zamarreaba al escribiente, le ponía un duro índice en el pecho, el índice lo machacaba por debajo de la placa de policía, lo desacomodaba, lo hacía retroceder mientras el comisario preguntaba y reiteraba la pregunta, después lo insultaba y miraba a los otros hombres; quería corroborar las vacilantes explicaciones de Mainieri, pero las caras de los hombres eran inexpresivas y serviles. Entonces, el cuerpo fofo se envaraba y ahora parecía un soldado decadente, bizarro y culón, ya era la cara misma de la zozobra, porque al fin entendía que el hijo del cura había sido visto con Álvaro, su rostro era una composición exacta de miedo y rabia, de garantía pulverizada.

El comisario desatendió a Mainieri y los hombres se pusieron en

marcha; aprensivos, fueron acercándose lentamente a la cupé; con sus armas listas y sus linternas ansiosas, llegaron, registraron el auto y enseguida descartaron la pesquisa, se pusieron a discutir algo; después Ayala increpó a Mainieri, que retrocedió un paso mientras los hombres miraban a los alrededores. Las linternas fueron y vinieron, giraron y revolvieron en las sombras apretadas, quisieron ver, pero sus luces fueron escasas y la búsqueda improbable; al fin hubo un gesto del comisario y todos se alejaron.

—Vamos, Patricio, vení conmigo.

Álvaro tomó de la mano al chico y corrieron hasta el auto, otra vez el cinturón de seguridad, las trabas, las ventanillas cerradas, entonces Álvaro dio encendido, giró en U

y encaró hacia la salida del pueblo. Las gomas chirriaron, el motor bramó y los hombres regresaron. Sonó un balazo alto, luego dos a los costados, uno rebotó en el techo y se desvió hacia arriba, otro voló el espejo externo del lado derecho. Álvaro sólo aceleraba y

rogaba por sus neumáticos. Pasó bajo las luces parpadeantes de la avenida, vagamente supo que a su izquierda la plaza quedaba atrás, a su derecha estuvo por un segundo el taller del Tolo, luego se alejó la pensión de Fabiana, dos cuadras después cruzó, como en una pesadilla, frente a La Gaviota, intuyendo las luces rojas aceleró más, tomó la curva y se metió en el camino del basural.

Ellos iban a venir, ya no había más tiempo, había que escapar, sólo escapar, nada más que eso. Aceleraba y ganaba metros, se estaban yendo, los cazadores quedaban atrás.

Pero entonces clavó los frenos.

Delante del auto estaban los cimarrones.

Si Álvaro había imaginado unos cuantos perros malos y carroñeros merodeando por los alrededores del pueblo, esto que ahora les cortaba el paso tomaba la envergadura de un sueño detestable: calculó al voleo, serían cien perros, pero podían ser cien mil y tal vez lo fueran, era imposible saberlo.

Aturdido y vagamente fascinado, estaba asistiendo a una desquiciada muestra de poder donde los ojos encendidos por los focos del auto marcaban, apenas, la línea externa de la jauría. Sin quitarles la vista de encima, Álvaro tanteó en el tablero hasta que apagó las luces; sólo entonces tuvo por delante una descomunal masa, enmarañada y

atenta, de siluetas pardas apenas indicadas por la luna, una sola fiera incalculable que se esparcía al frente, hacia arriba y por los declives.

Aquella brutalidad de ojos, colmillos y espumarajos colgantes se congregaba frente a la irrupción de los intrusos. Álvaro vislumbró un abismo de cabezas asomando entre lomos apiñados, una legión sin mesura donde se perfilaban vagas siluetas de orejas altas y filosas, de fauces ávidas y hocicos enardecidos; los perros eran los amos definitivos de aquel territorio, habían sido invadidos y allí estaban, listos para caerles encima; aquel desvarío de fieras anhelantes llegaba hasta donde podía alcanzar la vista y, peor aún, seguían viniendo más desde el desierto. Por detrás, una topadora se elevaba como una malsana pirámide cruzada en el camino. Contra el resplandor de la luna, se recortaba la enorme, apabullante sombra negra del líder parado sobre el techo: una desmesurada bestia, hierática y vertical, celosa de su jauría, con las vastas orejas dirigidas hacia el zumbido de la cupé.

Como quien sueña el sueño más temido y acude a sus hábitos para conjurar ese terror, Álvaro había tomado la cámara y la había encendido, acaso pensando en grabar su

propia muerte, lamentándose por la inadecuada luz, estaba registrando aquella inexacta multitud de depredadores. En ese momento, desde atrás, llegaron ruidos de motores y Álvaro salió del ensueño, soltó la cámara, miró a Patricio y se decidió, giró el volante hacia la derecha, hundió el acelerador hasta el fondo y salió disparado, aplastando montones de desechos, se metió en el basural traqueteando, atascándose y volviendo a salir, avanzó sin rumbo, acelerando y oyendo los motores, primero a sus espaldas, después a su derecha, otra vez atrás, ahora a la izquierda, por delante. Estaba dando vueltas, no salía hacia ninguna parte. Estuvo a punto de chocar contra un montón alto de desperdicios y frenó en seco: los montones de basura se elevaban como montañas a varios lados, y por eso aún no veía las luces de los autos que, sin embargo, sonaban cerca. Entre las elevaciones había espacios bajos, breves vacíos donde se adivinaban llanuras no muy distantes: en alguna tenía que estar el camino. Había conservado las luces apagadas, guiándose por la claridad de la luna para no ser detectado por los hombres, pero decidió que era un riesgo necesario y las volvió a encender.

Entonces encontró a Alicia.

Se hubiera dicho que estaba recostada durmiendo una siesta imposible; su cabeza descansaba sobre una bolsa rota de desperdicios, girada hacia un lado. Parecía distraída, como mirando algo en el horizonte. La cara había sangrado por la frente, pero los denodados rulos negros —tan aplastados y tan húmedos— permanecían sin tocar; hundida a medias entre restos de comida que caían sobre un hombro, pero no sobre el otro, con la pierna derecha apoyada, como al descuido, en un neumático que impedía verle el pie; la izquierda, flexionada casi en un paso de baile, aún conservaba su sandalia. Estaba caída boca arriba, más oblicua que horizontal, sus brazos abiertos, una palma miraba hacia arriba, la otra hacia abajo. Tenía puesto su pantalón pescador rojo y en su camiseta todavía se podía leer Alicia.

Álvaro bajó del auto. Patricio lo vio ingresar en el haz de luz y acercarse a aquella mujer que parecía descansar; lo vio abrazarla y acariciarla, vio cómo le arreglaba el pelo y le besaba la frente, la estrechaba contra su pecho, y vio su gesto que pasaba del dolor a la ira, de la ira a la desesperación, de la desesperación a la serenidad. Lo vio llorar y volver a besarla, vio su cabeza apoyándose en el pecho de la muerta y vio que aquella cabeza se sacudía como diciendo sí y luego como diciendo no. Y supo que esa mujer era alguien importante y que aquello no era una película.

En ese momento, a su izquierda, una luz pasó sobre el horizonte plano y se alejó hacia el norte. Patricio comprendió que allí estaba el camino que buscaban.

Los cimarrones los habían seguido, ya estaban llegando al auto y comenzaban a rodearlo, iban avanzando despacio, cautelosos, en silencio. Patricio vio al líder trepado sobre un montón de basura, ese animal vigilaba todo lo que ocurría porque era, bastaba con verlo, el dios de los perros. Cuando estuvieron rodeados, vio que Álvaro giraba y se encontraba con aquellas fauces pegadas a sus piernas, vio su gesto petrificado, lo vio retroceder e intentar un ascenso con los talones sobre el montón de basura, deseó con toda su alma que lo pudiera hacer y se desesperó al ver que resbalaba y que los perros podían subir esa cuesta mejor que Álvaro. También notó que los perros casi no se movían. Miró al líder y atisbó alguna relación con esa extraña calma, se esforzó por entender, veía que los perros vigilaban a Álvaro y que el líder los vigilaba a todos; era como si el mundo entero dependiera de aquella terrible bestia. Pensó que se estaban entendiendo de un modo que no captaba bien, ahora lo podía ver, el líder estaba quieto y los otros ni pestañeaban, atentos, atentos, y si eso cambiaba, si ese animal se enojaba con ellos, entonces les iba a dar una orden, les iba a decir a

los cimarrones que se comieran a Álvaro y a la mujer muerta. Y a él también, comprendió, aunque se quedara adentro del auto. Los animales contenían sus gruñidos, olisqueaban, mostraban los dientes, pero no se movían.

Álvaro se agitaba, Patricio veía su pecho sacudirse como un corazón y se alarmó cuando, de golpe, les dio la espalda. Pensó que se necesitaba el valor de un gigante para hacer eso; después lo vio arrodillarse y alzar a la mujer; luego se irguió con ella en brazos, volvió a girar enfrentando a los cimarrones y avanzó dos pasos; se detuvo y la depositó en el suelo, allí mismo la puso, con unción, sirviéndola al alcance de los perros; después retrocedió los mismos dos pasos y esperó. Hubo una vacilación, un momento de intensa rabia contenida. Álvaro esperaba y nada ocurría, los perros permanecían en sus lugares y él seguía allí, quieto como una estatua, esperó Álvaro y los perros esperaron, hasta que, de golpe, parecieron entender. Entonces fue como un trueno, un descomunal tumulto cayó sobre el cuerpo de la mujer, y comenzaron a oírse los estragos; hubo arrebatos voraces, tironeos y gruñidos furiosos, amenazas y dientes coléricos, una aniquilante vorágine convergía en frenéticos borbotones, en estallidos de dolor y triunfo, de animales que progresaban hacia el centro y de otros que salían despedidos y derrotados. Ahora el fenómeno mutaba y se producían breves riñas por los bordes, algunos sucumbían y sangraban y la sangre enardecía a los contrincantes que se les abalanzaban, ya desatados en aquella bestial furia; los más grandes caían sobre los heridos y el basural se volvió un campo de guerra y aullidos de muerte. Y por esos mismos bordes, Álvaro avanzó, rodeó el vendaval de perros; se fue sumergiendo en aquel mar de fauces, esquivaba fieras, daba pasos mínimos, un paso y una pausa, otro más y vuelta a detenerse, despacio, despacio, casi sin pisar el suelo, sin rozar, sin desplazar el aire, sin existir. Los perros apenas lo notaban, algunos recelaban, mostraban los dientes, y en tanto él se alejaba del centro se desentendían de su

presencia, lo vigilaban de reojo, husmeaban su aire, gruñían y forcejeaban entre ellos, más interesados en la pelea por ingresar al círculo donde se apiñaban los más voraces.

Álvaro se acercaba. Patricio lo vio venir como en un sueño, le pareció que sonreía, vio que ya llegaba al auto, venía demudado, con los ojos fijos en cada movimiento que hacía, tembloroso. Se detuvo frente a la puerta: algunos animales merodeaban cerca del auto y se podían meter adentro cuando él abriera; bastaba que la puerta tocara a alguno y que eso los enfureciera. Sudando, tratando de controlar el temblor de su mano, Álvaro agarró la manija y accionó el mecanismo.

En ese momento llegaron los hombres.

Vinieron por la derecha, el horizonte se llenó de luces largas, frenaron autos y camionetas, se pusieron en fila y los alumbró con potentes focos. Mil lomos erizados giraron como un solo amasijo de pelambre y rabia; tensadas frente a aquella irrupción, las fieras vieron que de las camionetas descendían los hombres, pero no se movieron, y vieron luego que también aparecían los dogos. Un fulminante bramido llegó desde lo alto. El atroz coloso se irguió hasta casi rozar la luna con las orejas, sus mandíbulas se abrieron como palas mecánicas y comenzó a rugir, sus ladridos retumbaron en todo el desierto, pareció que soplaba un huracán y cuando la jauría respondió a esa llamada, el mundo comenzó a flamear. Una sola bestia de mil caras aullantes como una legión de abortos del infierno se lanzó en estampida hacia las luces, allí donde estaban los dogos que les ladraban furiosamente. Los hombres ensayaron algunos disparos y se metieron en sus vehículos, pero los dogos quedaron abajo. Los cimarrones se desentendieron de la cupé y corrieron hacia allí, el lugar quedó libre. Mientras llegaba un demencial coro de rugidos y los dogos chillaban de dolor metidos en el centro de la vorágine, cuando los motores se alejaban en dirección al pueblo y se percibían los graznidos de las gaviotas espantadas sobrevolando el basural, Álvaro se metió en el auto.

Temblaba, sus dientes chocaban entre sí, sus ojos estaban perdidos en algún punto del horizonte, había entrado al auto, pero parecía que seguía allí afuera, y siguió temblando mientras Patricio le explicaba su hallazgo, le decía por dónde estaba la ruta, de a poco entendía y se iba recomponiendo. Miró aturdido hacia donde le señalaba el chico y parpadeó, pareció que nuevamente se extraviaba, volvió a mirarlo y sus ojos se aclararon un poco, giró la cara otra vez al horizonte, Patricio repetía que allí estaba la ruta y entonces, por última vez, verificó el cinturón de seguridad y las trabas de las puertas, tomó al chico por los hombros, le dio un beso en la cabeza, le dijo nos vamos, dio encendido, aceleró con más miedo que ganas, el auto se puso en marcha, giró a su izquierda y encaró hacia la ruta, avanzó por el último tramo de basura, la cupé trepó el terraplén y se afirmó en el asfalto. Entonces pisó el acelerador hasta que el tablero marcó 150 kilómetros por hora.

Al rato, Patricio preguntó:

—¿Vos sos mi papá?

Álvaro tardó cien kilómetros en contestarle:

—Sí, Patricio, yo soy tu papá.

FIN

A los 30.000, que todavía esperan